



## CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año IV. Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Baño, núm. 1, 3.º Madrid 8 de Enero de 1861. Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado. Núm. 21.

<b>DIRECTOR PROPIETARIO,</b> <b>DON EDUARDO ASQUERINO.</b>	Sres. Bona (Félix). Borao (Gerónimo). Bordallo (F. M.). Borrego (Andrés). Braga (Alexandre). Breton de los Herreros (M.). Biester (Ernesto). Brederode (A. de). Bulhao Pato (R. de). Bruschy (Dr.). Calvo Asensio (Pedro). Calvo y Martin (Pedro). Caicedo (J. M. Torres). Campoamor (Ramon). Camus (Alfredo A.). Canalejas (Francisco de P.). Cañete (Manuel). Castelar (Emilio). Castello Branco (Camillo). Castillo (Antonio F. de). Coelho de Magalhães (J. E.).	Sres. Cesar Machado (Julio). Castro (M. Fernandez). Canovas del Castillo (A.). Catalina (Severo). Castro y Serrano (José). Corpancho (Nicolás). Corradi (Fernando). Colmeiro (Manuel). Carvalho (Tomaz de). Cueto (Leopoldo A. de). Sra. Coronado (Carolina). Duran (Agustin). Eguilaz (Luis). Elias (C. Fernandez). Escalante (Alfonso). Escosura (Patrio de la). Eulate (Manuel). Estévez Calderon (S.). Estrada (Luis). Ferner. Fernandez Cuesta (Nem).	Sres. Fernandez y Gonzalez. Ferrer del Rio (Antonio). Figuerola (Laureano). Flores (Antonio). Gana (Guillermo B.). García Gutierrez (A.º). Gayangos (Pascual). Gomes d'Abreu (Dr.). Gomes d'Amonin. Goñi (Facundo). Gener (José). Gomez Marin (Manuel). Gonzalez Bravo (Luis). Gonzalez (Marcial). Graells (Mariano de la Paz). Güell y Renté (José). Hartzbusch (J. Eug.º). Herculano (A.). Janer (Florencio). Jimenez Serrano (José). Lafuente (Modesto).	Sres. Larrañaga (G. Romero). Lastarria (J. U.). Lasala (Manuel). Latino Coelho (J. M.). Lemos (Joao de). Lobo (Miguel). Lobato Pires. Lopes de Mendoza (A. P.). Lorenzana (Juan). Madoz (Pascual). Magalhães Continho (J. E.). Mendes Leal Junior (J. das). Montesino (Cipriano). Mañé y Flaquer (J), Bar.º. Martos (Cristino). Matta (Guillermo), Chile. Mora (José Joaquín de). Molins (Marqués de). Muñoz del Monte (Fr.º). Navarro (Cárlos). Ochoa (Eugenio).	Sres. Olavarria (Eugenio). Oliveira Marreca (Ant.º). D'Oliveira Pimentel (J. M.). Olózaga (Salustiano). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacio (Manuel del). Palmeirim (L. A.). Palha (Francisco). Pereyra da Cunha (A.). Paula Madrazo (Fr.º de). Pasaron y Lastra (Ramon). Pi Margall (Francisco). Rancés y Villanueva (M.). Rebello da Silva (L. A.). Ribot y Fontseré (Ant.º). Rios y Rosas (Antonio). Retortillo (J. Luis). Rodriguez Sampayo (A.). Rivera (Luis). Rivero (Nicolás María). Romero Ortiz (Ant.).	Sres. Rosa Gonzalez (J. de la). Ros de Olano (Antonio). Rosell (Cayetano). Ruiz Aguilera (Ventura). Sagarminaga (Fidel de). Sampier (José María). Selgas (José). Silva (Inocencio F. da). Silva Tullio (Ant.º da). Simonet (F. Javier). Sanz (Eulogio Florent.º). Segovia (Antonio María). Serpa Pimentel (A. de). Torres (José de). Trueba (Antonio). Vega (Ventura de la). Veiga (E. da). Velaz de Medrano (Ed.º). Viedma (J. A.). Visconde de Gouvea.
---	--	--	---	---	---	---

### SUMARIO.

Revista extranjera, por M.—Aranjuez, (continuación), por D. Antonio Benavides.—El Imperio de Austria, por D. Emilio Castelar.—Variaciones económicas (art. 3.º), por D. José Joaquín de Mora.—Montes: Cuestión internacional, por D. A. B.—Reforma municipal de la isla de Cuba: conclusión, por el Excmo. Sr. D. José de la Concha.—Reforma de la Constitución Argentina, por D. P. Argüelles.—Estudios literarios: Arte dramático, (III) por D. Javier de Ramirez.—Odas del poema Mighilievitz, por D. José Güell y Renté.—Cómo se transforma un drama en 82 años: Emilia Galotti (1772): Un duelo a muerte (1860), por D. Guillermo Matta.—Sueltos.—Sucesos de Italia.—Correspondencia de Ultramar.—Revista de la quincena, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.

## LA AMÉRICA.

### REVISTA EXTRANJERA.

Si no tuviéramos tan cerca la gran cuestión de Italia, de la cual están quizás pendientes los destinos de Europa, los sucesos de que recientemente ha sido teatro el mayor imperio del mundo absorberían toda nuestra atención y serían el inagotable asunto de nuestros comentarios. Que un estado de trescientos millones de habitantes se haya dejado imponer la ley por diez mil extranjeros es un suceso único en los anales de la humanidad. Juzgando esta expedición por su aspecto puramente militar, es preciso confesar que en su feliz éxito han influido, tanto como la fortuna, el valor, la habilidad y la disciplina del ejército aliado. Si el general tártaro creyó realmente el 18 de setiembre que había cogido en sus redes a las tropas europeas, la facilidad y el arrojo con que estos rompieron las mallas, debió convencer al defensor del Imperio Celeste de la inutilidad de sus esfuerzos y de sus amanos. La fácil conquista de Pekín ha sido un hecho que se miraba como imposible por el Emperador y sus cortesanos. Habíanse erigido formidables baterías en torno de la ciudad imperial, y pocos días después, ondeaban en ellas los pabellones de Inglaterra y Francia. Ha sido consumada tamaña empresa con insignificantes pérdidas de las huestes vencedoras. Estas se retiraron de una posición que, en los meses de invierno, podría inspirar serios temores, aunque no es creíble que dejen en entera libertad a los chinos, para que, según su costumbre, se burlen del humillante tratado que se les ha impuesto. Las condiciones de ese pacto son en alto grado favorables a la causa del cristianismo y de la civilización, y es natural que se hayan tomado las precauciones necesarias para asegurar el pago de los doscientos cuarenta millones de reales que en aquel documento se estipula. Las inauditas crueldades de que han sido victi-

mas los prisioneros europeos, no han sido suficientemente vengadas con el despojo del palacio de verano del Emperador, bien que sea una lección severa al increíble orgullo de este personaje y a la sagrada inviolabilidad de que se creía revestido.

Pocas frases bastan para condensar los principales sucesos de esta guerra memorable. El 16 de agosto desembarcaron las tropas inglesas y francesas en Pehtang, en frente de los inexpugnables fuertes de Takú. El 12, se encaminaron, con el fango hasta las rodillas, hacia Sinho, de cuya ciudad se apoderaron, colocándose de este modo entre aquellos fuertes y Pekín. Volviendo en seguida hacia el Este, avanzaron y ocuparon a Tang-Kow, preparándose al ataque de los fuertes, por el río y por tierra. El general inglés, Sir Hope Grant, se decidió a empezar por el fuerte llamado del Norte, el más importante de todos, y cuya posesión abriría la puerta a la toma de los otros cuatro. Este golpe de mano tuvo el deseado éxito, y ocasionó la única pérdida de alguna consideración que han experimentado los invasores en todo el curso de la campaña. Cerca de cuatrocientos ingleses y de doscientos franceses quedaron muertos ó heridos en la acción, cuyos resultados fueron por otra parte los más satisfactorios, pues no solo se rindieron los otros cuatro fuertes sin disparar un tiro, sino que la embocadura del Jeihou quedó abierta a las escuadras aliadas, y expedita la comunicación por agua con lo interior, circunstancia muy favorable para el transporte de todo lo que el ejército podría necesitar. La marcha de cerca de cuarenta millas, desde la costa del mar hasta la gran ciudad de Tien-tsin, se verificó sin el menor tropiezo a fines de agosto. Allí los chinos, por un golpe de su astucia y engañosa política, lograron detener algunos días a las tropas, entablado con los embajadores una negociación infructuosa, dado que carecían de poderes los comisarios imperiales. Descubierta el engaño, volvieron a ponerse en movimiento las tropas, y siguiendo el curso del río, llegaron a Tungchow, que era el sitio señalado por los embajadores Lord Elgin y el baron Gros, para abrir seriamente las negociaciones. Sin embargo, dejando guarnecida aquella ciudad, parte del ejército avanzó algunas millas. Otra vez intentaron los diplomáticos chinos burlarse de los europeos, en insignificantes conferencias, sin ánimo de hacer la paz, y con el solo designio de dar tiempo a la llegada de las fuerzas tártaras mandadas por su general Sang-Ko-lin-sig. Entonces fué cuando cayeron en manos de un cruel enemigo el intérprete Parkes y sus compañeros de infortunio. Los tártaros fueron completamente vencidos y obligados a huir ignominiosamente, en las batallas del 18 y 21 de setiembre, cuyo resultado fué el avance de los aliados hasta distancia de seis millas de Pekín. La gran capital se en-

tregó a los aliados el 13 de octubre, habiéndola evacuado pocos días antes el Emperador y su corte, y puestos en marcha con dirección a Tartaria. En medio de tan satisfactorias noticias, la opinión pública en Inglaterra y Francia abrigaba muy serias inquietudes con respecto a la suerte de aquel puñado de hombres, perdidos, digámoslo así, en una inmensa población tan sanguinaria como perversa. La historia enseña con terribles ejemplos, y especialmente con el de la campaña de los franceses en Rusia, que la invasión es muchas veces más fácil que la ocupación y la retirada. Por fortuna, llegó un telegrama de San Petersburgo anunciando que el Emperador se había detenido en su fuga, que se había negociado un tratado de paz, tal como los diplomáticos europeos lo habían dictado, y que las fuerzas inglesas y francesas empezaban a retirarse de Pekín. Ignórase todavía cuáles serán las garantías que aseguren la ejecución de este tratado, y especialmente el pago de los sesenta millones de francos que en una de sus cláusulas se estipula.

Hace algunos años que los ingleses emprendieron una campaña contra Pekín y fueron enérgicamente rechazados. El triunfo que en la presente ocasión han obtenido se debe en parte a la cooperación de los franceses, y, más aun, al mayor conocimiento de la geografía del país, a la diestra diplomacia de Lord Elgin, y, sobre todo, al portentoso alcance y otras cualidades superiores del cañon Armstrong. Los ingleses mismos confiesan que la caballería tártara, valiente, bien montada y no falta de disciplina, los habría puesto en negros apuros, sin el terror que produjeron en sus filas los estragos causados por aquel terrible invento.

La moral de toda esta historia se reduce a que las naciones europeas no deben volver a pensar en hacer la guerra a los chinos. Además de los obstáculos que oponen a estas empresas la enormidad de la distancia, los inconvenientes del clima y la necesidad de transportar grandes provisiones de víveres y pertrechos, queda en pie la justa desconfianza que debe inspirar una nación profundamente inmoral, y cuyas costumbres rechazan todas las prácticas y ventajas de la verdadera civilización.

La cuestión anglo-americana camina apresuradamente a una ruidosa solución. Extraña cosa es que tanto en Europa como en los Estados-Unidos se hable y se escriba como si la federación existiese íntegra y compacta, cuando en realidad es difícil conocer en qué se distingue su estado actual de una disolución completa. El gobierno federal no ejerce en la Carolina del Sur ninguno de los poderes que componen la soberanía. Allí no hay jurisdicción federal, ni administración federal, con la única excepción del ramo de correos. La bandera de la Union ha desaparecido de los edificios públicos, y no se ha omi-

tido ningún acto ostensible de independencia, considerando como condescendencia insignificante el dejar en manos de las tropas federales la fortaleza que domina la bahía de Charleston. En las dos cámaras legislativas, los senadores y representantes de los Estados del Sur hablan de la separación, unos como de una medida conveniente, otros como de un hecho consumado. El mensaje del presidente Buchanan no ha satisfecho á ningún partido, no descubre un sistema adoptado. Esto era lo que debía aguardarse de su posición. Como jefe del gobierno, le incumbe sostener la autoridad que ejerce, y estorbar el fraccionamiento del cuerpo político cuyo gobierno preside. Como hechura y cliente del partido democrático, no puede renegar las doctrinas que este profesa, sin exponerse á los odios encarnizados que allí se desarrollan, contra todo hombre público que no se declara abiertamente ciego partidario de la esclavitud y enemigo irreconciliable de los republicanos del Norte. El presidente afirma, sin embargo, que carece de poderes para restablecer la autoridad del gobierno central en los Estados que la desconocen, de modo que, entre el desconocimiento de la soberanía federal por la Carolina del Sur, y la confesión de impotencia en boca del jefe del poder ejecutivo, la integridad de la federación norteamericana ha quedado reducida al estado de ficción. El presidente declara que no encuentra en el texto de la constitución la autorización necesaria para forzar á la obediencia á un Estado rebelde. Este argumento es menos convincente que el que se saca de la imposibilidad material de la coerción. Si tiene razón en opinar que la constitución prohíbe la separación de un Estado, aunque se ejecute por medios pacíficos, toda tentativa de separación debe considerarse como acto de traición contra la república, y el derecho de anular y castigar tamaño exceso debe ser uno de los atributos del gobierno federal. Pero el presidente confiesa que, si la Carolina del Sur, ó cualquier otro Estado, quiere separarse de la Unión, no hay más remedio que dejarlo obrar á su modo. El único medio que posee el gobierno de subyugar la Carolina del Sur, sería el llamamiento de las milicias de los Estados del Norte, y esto sería una declaración de guerra civil de incalculables consecuencias.

Rodeado de tan serios conflictos, el presidente Buchanan recomienda al Norte tres grandes concesiones que juzga necesarias, tanto para restablecer la obediencia al gobierno central en el Estado disidente, como para evitar que otros, situados en la misma región, se contaminen con su ejemplo. Quizás el Norte no hallaría gran inconveniente en ceder á la primera de estas sugerencias, que consiste en enmendar la legislación vigente en aquellos Estados sobre esclavos fugitivos, declarando que todo esclavo fugitivo, refugiado en un pueblo del Norte, sería devuelto á su dueño, ó abonado su valor á costa del pueblo en que se asiló el prófugo. Pero las otras dos medidas propuestas son tan irritantes como absurdas. Una de ellas es el reconocimiento solemne, en un acto constitucional, de la legalidad de la esclavitud, y la otra es la declaración que es obligación del Congreso proteger la propiedad de esclavos en los territorios, hasta que entren en la federación, elevados á la categoría de Estados. Esto sería chocar de frente con los sentimientos bien arraigados, y hasta con las ideas religiosas de la parte más rica, más ilustrada y más juiciosa de la nación; sería aconsejar al vencedor que abandonase los frutos de la victoria y sometiese el cuello al yugo del vencido. Sería el más extraño de los sucesos en la historia de los Estados Unidos, que, habiendo conseguido, después de ocho años de ardiente polémica parlamentaria, religiosa y periodística, sancionar el principio que la esclavitud no traspasara sus límites actuales, los Estados libres consintiesen en adoptar el principio opuesto, que es el que con tanto ardor han defendido, durante el mismo período, los Estados negros. Como quiera que sea, suponiendo inevitable la separación, es de esperar desde luego que se realice sin sangrientas hostilidades, y además, que el Norte, concentrando en sí sus fuerzas intelectuales y civilizadoras, no ya distraídas por una disputa en que ha tomado más parte la pasión que el raciocinio, fecunde los copiosos gérmenes de prosperidad y cultura que abraza en su seno, y se muestre digno depositario de los principios inaugurados por Washington y sus dignos compañeros.

Antes de hablar del ingente conflicto en que se hallan hoy colocados los principales gobiernos de Europa, séanos lícito fijar la atención en uno de los más pequeños é insignificantes, en cuyo seno ocurre un suceso que podría llamarse una tormenta en un vaso de agua, si no revelase los progresos que hacen los principios liberales en la gran familia germánica. En el microscópico electorado de Hesse Cassel, la cámara electoral ha desechado la Constitución presentada por el gobierno, y este, en su consecuencia, ha pronunciado la disolución del cuerpo legislativo. El elector quiere que el pueblo tenga una Constitución; pero ha de ser la que él le otorgue. Sus súbditos dicen que no necesitan otra Constitución que la que antes tenían, y les ha sido ilegalmente arrebatada. Esta disputa es justamente en pequeño lo que es en grande la de Austria con Hungría. Una Constitución dada por un soberano, puede ser retirada por el donador el día en que se le antoje; pero una Constitución votada por el pueblo impone al monarca deberes que no puede infringir sin exponerse á graves peligros. Según la teoría que predomina en Viena, el elector hace muy bien en declararse no sujeto á las leyes, y esta doctrina predominaría también en el electorado, si no fuera porque el Austria misma, como después veremos, no se encuentra tan dueña de sus operaciones, como cuando hace algunos años invadía el territorio de Hesse Cassel á invitación del elector, y desoyendo las reclamaciones de la Prusia. Estos tiempos han pasado para siempre, y haría el Austria en atender á sus propios negocios, sin entrometerse en los ajenos. Por tanto, el éxito de la presente disputa no puede ser dudoso. Prusia ha declarado en los térmi-

nos más solemnes que no permitirá la intervención de ningún gobierno extraño en los negocios del electorado, con lo cual queda asegurado el triunfo del cuerpo legislativo, y el elector puesto en actitud de ceder á la voluntad nacional, ó de retirarse, y admitir el mando de un regimiento en el ejército austriaco. En todo esto, lo que más llama la atención de Europa, es la parte que tome Prusia en la cuestión pendiente, porque se le presenta una ocasión oportunísima de poner á prueba su fuerza moral y la consideración con que los Estados alemanes la miran, y, ó deja que se le vaya de las manos, ó da un paso adelante hacia la jefatura de aquella inteligente raza. De todos modos; su valentía ó su inercia puede decidir uno de los más importantes problemas cuya solución aguarda con impaciencia el mundo político.

No es este solo incidente el que excita la atención pública á fijarse en los destinos de Alemania. Todo el mundo conoce cuán peligrosa es la suerte de una nación, gobernada por treinta y seis soberanos, y colocada entre dos grandes despotismos; y á nadie se oculta que estos peligros no se evitan sino por medio de un cambio radical en las relaciones domésticas y exteriores de los Estados. No es imposible que Hungría se separe de Austria y forme un cuerpo á parte, en unión con la raza eslava; ni lo es que, llegado aquel caso, la parte alemana del imperio, entre en otra combinación que la que absorbe y contribuya al desmoronamiento total de aquel estrambótico conjunto. Prusia quedaría entonces sola reguladora de la suerte de la nación; sola representante de sus intereses y opiniones, y bajo su jefatura, los Estados pequeños podrían conservar, por más ó menos tiempo, sus respectivas soberanías. Pero no es esto lo que desean los alemanes ilustrados: á lo que aspiran es á la unión política de toda su raza, como único medio de cimentar en ella las libertades de que no puede estar privada en el día ninguna sociedad culta. Los periódicos ingleses han insinuado ya sus sospechas de que el gobierno francés promueve en secreto estas tendencias, con ánimo de ponerse á la cabeza de un movimiento nacional, que le atraiga el agradecimiento de la Alemania, y, como galardón de tan gran beneficio, la cesión de las provincias del Rin. Carecemos de datos para apreciar la solidez de estas conjeturas; pero no estamos dispuestos á creer que los alemanes se hayan despojado repentinamente de sus sentimientos de nacionalidad, y, mucho menos, de sus bien notorias antipatías. Lo repetimos: la supremacía de aquella vasta fracción de Europa pertenece por todos títulos á la Prusia. Esta nación crece visiblemente en riqueza, en fuerza moral, en ilustración y en importancia. Lo que le falta es un hombre de Estado, dotado de miras amplias y generosas, y capaz de conducir á la nación por el sendero que el destino le señala.

La ocasión que le proporcionan las circunstancias actuales no puede ser más oportuna. Austria ha dejado de ser un rival temible, y todos los esfuerzos que está haciendo para conjurar la tormenta que ruje en sus horizontes prueban su convencimiento del inminente peligro que por toda la periferia de sus extensos límites la circunda. Esos pruritos de liberalismo que manifiestan los últimos actos de su gobierno; esas concesiones equívocas, problemáticas y envueltas en preñadas reticencias; esa circular del nuevo ministro Schmerling, cuyo uebuloso estilo parece menos propio de un documento de oficio que de un tratado de metafísica hegeliana, ó de una disertación sobre las categorías de Kant, ó sobre el yo subjetivo, revelan la dura necesidad de ceder de mal grado á la coacción y el empeño de conciliar las ideas de reforma con los inveterados hábitos de arbitrariedad y absolutismo. La promesa de respetar las nacionalidades, en cuanto sean compatibles con la unidad del Imperio, viene á ser como el camino llano de Madrid á Segovia, *menos las cuevas*. Cada día se fortifica más en los magyares el deseo de independencia, y cada día se asocian más á este sentimiento los croatas, los ilirios, los galitzianos y los principados danubianos. Estas naciones, lejos de aceptar el caballo de Troya que su dominador les ofrece, se preparan sin disfraz á la lucha. La noticia de haberse apresado en Sulina (bocas del Danubio) buques sardos, cargados de armas y municiones, no deja la menor duda sobre los proyectos de sublevación que se trata de realizar en la próxima primavera. El gobierno otomano ha reconvenido al Piamonte sobre esta innegable infracción de neutralidad, y aunque no es creíble que este gabinete se haya implicado directamente en la expedición, tampoco es verosímil que se envíen sesenta mil carabinas de Génova al Euxino, sin que el gabinete tenga noticia de este envío, y sin que apruebe el uso á que se destina. El hecho es que los italianos saben que la cuestión de Venecia ha de resolverse en Hungría, y que, si los húngaros llegan á romper con Viena, y poseen los recursos materiales de que necesitan para asegurar su emancipación, todas las probabilidades del triunfo, en caso de una guerra en Italia, son favorables á los piamonteses. Los húngaros están haciendo por su parte todo lo posible para colocar al Emperador en la alternativa de aceptar la guerra ó de darles una Constitución que virtualmente los separe del Imperio. La reciente conferencia de Gran, ha producido la resolución unánime de exigir la ley electoral de 1848, de cuyo seno saldría indefectiblemente la antigua Constitución húngara, sin las anomalías feudales que contenía en su origen. Tan convencido está el gabinete austriaco de la inevitable proximidad de un conflicto, que ya ha pensado en anticiparlo y en poner á toda Hungría en estado de sitio. El Emperador, sin embargo, no quiso aventurar su corona; y despidió al ministerio que se había decidido por las medidas rigurosas, permitiendo á los húngaros reunirse y conferenciar sobre su futura organización. Nadie ignora lo que solicitan. Es claro que la Constitución de Schmerling será para ellos papel mojado, y que no dejarán de convidar buques sardos á las orillas del Danubio y á los puertos de la costa oriental del Adriático.

Además de los apresados, algunos han llegado con felicidad, y estaban, según las últimas noticias, descargando sus mercancías hostiles en puntos donde quedarán reservadas para cuando llegue el caso de emplearlas. La inmovilidad del gobierno imperial procede, sin duda, del optimismo con que aguarda la aceptación por los húngaros del nuevo plan de Constitución; pero esta demora puede serle funesta, tanto más cuanto que no sería prudente provocar una crisis de la que pende nada menos que su existencia.

Los periódicos ingleses, fundados en los datos que sus corresponsales comunican sobre la magnitud de los preparativos guerreros que se hacen en muchos y muy apartados puntos de aquellas regiones, opinan que son muy superiores á los recursos de que puede disponer el gobierno de Turin, y fijan sus miradas en las Tullerías, como foco de donde salen todas las grandes maniobras de la política contemporánea. Quizás se hace todo sin participación directa del Emperador de los franceses: pero los que saben lo que pasó en Italia entre este monarca y Kossuth, poco antes de la paz de Villafranca, no extrañarán que las miradas del primero se fijen en la patria del segundo. Por otra parte, los refugiados húngaros en París, hombres de alta categoría y de gran influjo en su nación, están en el goce de la más completa libertad de obrar como gusten en favor de su causa, y nadie ignora en aquella capital de dónde salen los fondos con que se pagan los mencionados armamentos. «A menos de desechar, dice un periódico de Londres, una gran masa de pruebas, procedentes de diversos puntos y suministrados sin más intento que el de decir lo que pasa, es innegable que, de pocos meses á esta parte, se nota en la parte oriental de Europa, cierta agitación provocada por la presencia y el lenguaje de extranjeros que anuncian la proximidad de buenos tiempos, atribuyendo tan feliz cambio de suerte á la agencia del Emperador de los franceses. Nada tiene de extraña esta conducta si recordamos que el plan favorito del dominador de la Francia consiste en reorganizar el mapa político del continente europeo sobre el cimiento de las nacionalidades.» Ahora bien, no hay naciones más tenaces en la conservación de sus peculiaridades características que las que dan lugar á estas observaciones. Colocadas entre Rusia, Turquía y Austria, sucesivamente oprimidas y ensangrentadas por aquellos tres grandes centros de despotismo, constantemente han rechazado sus instituciones y sus costumbres, y mientras sus poderosos han sido los medios empleados en su sometimiento, con mayor empeño han reconcentrado su vitalidad. No es imposible que el llamamiento que ahora se hace á su patriotismo, dé por resultado una creación política, cuyo lugar, entre las potencias del mundo civilizado, introduzca serias alteraciones en el equilibrio de sus poderes.

Bien convencido de los peligros que arrastra consigo este estado de cosas, el gabinete de San Petersburgo convierte en un gran ejército el cuerpo de observación que ha mantenido hasta ahora en las fronteras de Bessarabia, mientras que la vigilante policía moscovita en Polonia se muestra más rigurosa y más suspicaz que en los tiempos del emperador Nicolás. Ni Rusia ni Francia pierden de vista la cuestión de Oriente, que ha de surtir tarde ó temprano de su actual asfija, para suscitar nuevas complicaciones y provocar nuevos estallidos. Luis Napoleón quiere que Rusia conozca su importancia y sienta su poder: más, para conseguirlo, prefiere el papel de cooperador al de enemigo. Los periódicos de San Petersburgo han recibido instrucciones para insinuar la conveniencia de que los franceses se apoderen de Egipto. La política moscovita se ha familiarizado, hace mucho tiempo, con esta idea, que tanto favorece sus planes de invasión de la India inglesa.

No desconoce estos quiméricos designios la Gran Bretaña, cuya situación, por otra parte, no ofrece copiosos materiales al trabajo que hemos emprendido. La actitud, aparentemente inmóvil en que se mantiene, está muy lejos de ser síntoma de debilidad é impotencia. Solo un observador superficial puede desconocer su influjo en la mayor parte de los sucesos de que estamos siendo espectadores. Hace dos años que hasta los más celosos admiradores de sus instituciones y de su poder, la creían humillada y casi próxima á inevitable ruina, bajo el peso de las amenazas y de los armamentos con que atolondró al mundo el imperio francés, en pago de haber sido ella la primera potencia de Europa que reconoció la legitimidad del trono alzado el 2 de diciembre. La Inglaterra, á estos dichos respondió con hechos, y ahora las satisfacciones, y los desagrazos, y las explicaciones conciliadoras, han salido de las Tullerías, á guisa de torrente, y todo parece poco cuando se trata de que esté contenta la querida aliada. La condescendencia ha llegado hasta el extremo de permitir que John Buhl viaje en Francia sin pasaporte. A todas las reconveniencias que los gobiernos del Norte hacen al de Francia sobre el favor que presta á la revolución italiana, se contexta que así lo exige lord Palmerston, y no tardaremos en ver el efecto de las notas en que el gobierno inglés insinúa al de su vecino la necesidad de retirar de las aguas de Gaeta la escuadra francesa, cuyas funciones, análogas á las del perro del hortelano, denuncian una vacilación de principios propia de un gobierno que respeta la opinión de Europa y que se respeta á sí mismo.

La Gran Bretaña ha sacudido aquella aparente postulación, como el león despierta del sueño febril que suele aletargarlo. Por donde quiera se deja sentir su acción prepotente y modificadora. Un periódico de esta capital ha extrañado que no se haya ejercido el influjo inglés en favor de esa pobre Austria, su antigua y condescendiente aliada, hoy amenazada por tantos peligros, y que una mano poderosa encierra, por medios indirectos, en un círculo de hierro, del que no le será fácil desembarazarse. La amistad del imperio austriaco ha sido siempre una necesidad fatal para Inglaterra, como punto de apoyo de su política continental; como barrera alzada con-

tra los designios de Rusia. Inglaterra ha pagado en dinero contante los servicios de Austria, como el Papa y el rey de Nápoles pagaban regimientos suizos. Mas no era posible que hubiese cordialidad ni reciprocidad sincera de sentimientos entre el mas liberal y el mas opresor de los gobiernos conocidos. Hace mucho tiempo que el gobierno inglés piensa en otra alianza, infinitamente mucho mas ventajosa y mas en armonia con sus conocidas tendencias y su secular organizacion. La Prusia, nacion mucho mas ilustrada que su antigua competidora, no menos fuerte que ella como potencia militar, y mucho mas que ella popular y simpática á los pueblos alemanes, está naturalmente indicada para realizar una asociacion que puede ser fecunda en consecuencias favorables á la conservacion de la paz. La noticia de la muerte del rey de Prusia, que recibimos en el acto de escribir estas páginas, contribuirá (no lo dudamos) al desarrollo de este nuevo plan, cuya ejecucion ha retardado el respeto debido á un monarca que por muchos títulos lo merecía. Su sucesor está ligado con la familia real de Inglaterra por los vínculos del parentesco y de la amistad, y, con la nacion inglesa, por los de los intereses políticos y por conformidad de ideas y de aspiraciones. De todo lo cual es fácil prever lo que resultará de la inferioridad á que será reducida el Austria, si no interviene algun suceso imprevisto que la salve de su actual conflicto. No de otro modo podrán frustrarse los deseos que la Alemania entera abriga de formar un todo compacto, una nacion única, bajo la presidencia de la mas entendida, la mas avanzada, la mas culta y sabia de sus fracciones.

Cúmprenos hablar, en último lugar, de Italia, tierra en que vá á decidirse el gran problema de nuestro siglo; tierra, de la que tantos años de abatimiento no han podido desarraigar el mas tenaz patriotismo, las mas nobles aspiraciones, el mas ferviente amor á lo bello y á lo bueno. Pero ¿en qué datos nos apoyaremos para calificar su actual situacion? Cada movimiento de los alambres telegráficos nos trae las nuevas mas contradictorias, como si lo hicieran de hecho pensado, para satisfaccion de todos los partidos, que, de los sucesos que allí pasan, esperan su triunfo ó temen su derrota. ¿Qué quieren los neo-católicos, los que miran en Francisco II el mejor de los reyes, y desean el restablecimiento de las cadenas, de los palos, de los calabozos y de los pantalones verdes de las bailarinas? Un telegrama les anuncia que la resistencia indefinida de Gaeta, se hace por consejo de los grandes monarcas; que la escuadra francesa permanecerá en aquellas aguas hasta la consumacion de los siglos; que los Abruzzos y la Puglia se arman en contra del invasor; que la Sicilia arde en guerra civil; que las bombas de los piemonteses no hacen mas daño en la ciudad sitiada que si fueran pelotas de algodón, á lo cual para su consuelo, añadirá un periódico vespertino de Madrid, que «cada dia se hace mas probable el restablecimiento en Nápoles, de su legitimo monarca.» Si, por el contrario, el espectador se inclina á la causa de la independencia y de la libertad, vendrá otro sacudimiento eléctrico y le anunciará que ya se han dado instrucciones á los diarios de París para que preparen la opinion á recibir la noticia de la pronta retirada de la division naval francesa; que las bombas piemontesas están destruyendo los edificios de Gaeta; que algunas de ellas han estallado á distancia de pocos pasos de la familia real; que el tífus hace considerables estragos en el vecindario y en la guarnicion; que Luis Napoleon aconseja al rey bloqueado que ceda al imperio de las circunstancias y no se empeñe en prolongar una resistencia tan inútil como desastrosa; que de los Abruzzos y de la Puglia no tienen mas apoyo que algunas bandas de descamisados insurgentes; que en el hecho de haberse trasladado Victor Manuel á Turin, se manifiesta la tranquilidad del reino napolitano, y el afianzamiento en su territorio de la gran obra de Garibaldi, y que la seguridad que tiene de la fidelidad de Sicilia es tal, que no hay en aquella isla una sola bayoneta piemontesa para comprimir á sus habitantes y defender la causa de la union.

En medio de esta confusion de datos, no sabría la opinion pública fijar un juicio medianamente sólido y probable sobre el éxito de la cuestion pendiente, si no estuviese en la conciencia de todo hombre imparcial y sensato, el íntimo convencimiento de que la causa de Italia no puede retroceder sin provocar un sacudimiento de incalculables consecuencias: sin prender fuego al hacinamiento de combustibles preparados por largos años de injusticias, de opresion y de abusos. Con la causa italiana se asocia inseparablemente la de la civilizacion, porque, para eterno honor de aquella noble y favorecida raza, ni las persecuciones, ni las cadenas, ni la odiada presencia del extranjero han podido extirpar en ella el patriotismo de los Fabios, la ilustracion de los Médicis ni el *impetus ille sacer* que animó á los Dantes y Petrarcas. Es cierto que hoy puede decirse de ella con algun fundamento.

#### *Quidquid delirant reges plectuntur achiivi:*

Es cierto que los grandes gobiernos de Europa (con la honorífica excepcion del de Inglaterra) están haciendo cuanto les es posible por embarazar y retardar la pacificacion de Italia: pero no es menos innegable que la voluntad nacional se sobrepone á todas estas mezquinas maniobras; que los italianos han conocido ya lo que valen y lo que pueden, y que el liberalismo por el cual están animados, es hoy el poder irresistible ante el cual se humillan, ó con el que se prestan á capitular los grandes corifeos del despotismo. Napoleon ensancha la esfera del régimen parlamentario; Francisco José adopta los planes reformadores de su nuevo ministro y hasta el mismo Alejandro promete una constitucion á la esclavizada Polonia.

En dos partes se divide la cuestion italiana: la emancipacion del yugo extranjero, consumada ya en casi toda la peninsula, y la unificacion de todos los Estados que

fracionaban antes su territorio, en un reino solo, bajo el cetro del rey de Cerdeña. A la completa realizacion de estos dos magníficos designios, se oponen la conducta vacilante y equibrista del gabinete francés; la posesion del Véneto por los austriacos; la permanencia del Papa en Roma y la de Francisco II en Gaeta. En cuanto al primero de estos inconvenientes, á nadie se oculta que la posicion de Luis Napoleon es extraordinariamente comprometida y espinosa. Como iniciador de todo lo que allí está sucediendo, es imposible que deshaga su obra, que revoque sus promesas y que mire como vano desperdicio la sangre que han vertido sus falanges en defensa de la libertad italiana. Pero la revolucion ha saltado por encima de las barreras en que el programa imperial creyó poder encerrarla, y Luis Napoleon es monarca, y, como tal, no le cumple presentarse en lo que llamaba Chateaubriand el banquete de los reyes, con el gorro frigio en la cabeza y la tea incendiaria en la mano. «Sabe muy bien, dice una Revista inglesa, que cometería un error gravísimo si se adelantase demasiado hácia el partido de la revolucion y se exhibiese á los ojos de Europa como enemigo de la paz y fomentador del desorden. Cuida, por tanto, de parapetar y justificar sus planes revolucionarios con las exigencias de la Gran Bretaña, y, por un lado, obra en este negocio como los ingleses obrarian. Al mismo tiempo no puede rehusar algunas concesiones á los gabinetes despóticos, y, porque Austria y Rusia lo exigen, protege al Papa en Roma y á Francisco II en Gaeta.» Sin embargo, tan difícil es que dure largo tiempo esta oscilacion, (que ha dejado de ser un misterio,) como que el sepulcro de Mahoma se mantenga en el aire atraído y repulsado por dos imanes opuestos. Fuerza es que una decision formal y perentoria ponga fin á un estado de cosas que excita las reclamaciones de todos los partidos.

La obstinacion de los austriacos en mantenerse dueños del Véneto, es entre todos los episodios de aquel complicado drama, la circunstancia que justifica mas los temores de una guerra en la primavera próxima. Solo la fuerza podrá arrancar aquella joya de las manos de su actual opresor. Si se realiza tan lamentable desenlace, el hombre que lo haya hecho necesario, será responsable ante Dios y la humanidad entera de la sangre que se derrame y de los infortunios que ocasione tan injustificable como insensato empeño.

Poco diremos de la cuestion romana, y los lectores entendidos harán justicia á nuestro laconismo. No nos satisface ninguna de las soluciones propuestas hasta ahora para combinar la consolidacion del reino de Italia con el propósito á que parece aferrada la corte pontificia. Duele nos las amarguras del jefe de la Iglesia, que tan fácilmente desaparecerían, si prevaleciesen allí los consejos del mas sublime de los oráculos. En el lenguaje de algunos documentos que han visto recientemente la luz pública, desconocemos el influjo del que dijo: *benefacite iis qui oderunt vos.*

Y en cuanto á Gaeta, admiren otros el heroísmo del que en una fortaleza inexpugnable aguarda los socorros que puedan prestarle aquellos mismos de cuyo olvido, de cuya indiferencia, de cuyo abandono se quejaba amargamente en uno de sus últimos manifiestos. Solo exceptua de estas lamentaciones al Emperador de los franceses, el cual, mientras estorba el bloqueo marítimo de la plaza, tolera, si no aconseja, el bombardeo por tierra, cuya severidad crece de dia en dia, con la probabilidad de ocasionar grandes destrozos en los edificios y el sacrificio de muchas victimas humanas. Este gran protector á medias puede, sin embargo, cansarse de su infructuosa benevolencia; la poblacion de Gaeta puede tambien revelarse contra el único autor de sus padecimientos, ni es imposible que la traicion y la infidencia penetren en las filas de la guarnicion, como penetró en las del ejército, y aun en el seno mismo del ministerio, antes que el rey se fugase de Nápoles. Contra todas estas eventualidades, de cada una de las cuales presenta ejemplos la historia de estos últimos meses, militan, en favor del plan de resistencia indefinida, dos esperanzas, no muy honoríficas á los sentimientos cristianos y filantrópicos del que los abriga, esto es, la de la guerra civil, y la de la guerra extranjera. En apoyo de la primera, se nos habla del descontento que reina en las provincias; de las bandas insurgentes que en ellas pululan; del auxilio que les prestan las tropas que han salido de Gaeta con este objeto. Pero ¿no han sido disueltas estas tropas en una proclama que ha visto la luz pública en todos los diarios de Europa, y en que el rey, bajo su firma, les dá gracias, al despedirlas, por su lealtad y sus servicios, y les promete reunir las en dias mas venturosos? Y, sobre todo, ¿á quién se hará creer que siete millones de habitantes prestan obediencia á un gobierno, que no cuenta para subyugarlos con mas de veinte ó veinticinco mil bayonetas? ¿Qué personaje importante, qué hombre de reputacion y de influjo capitanea esas gavillas, contra un gobierno al que se han adherido toda la aristocracia, toda la riqueza, todo el saber de la nacion?

La guerra extranjera es, sin duda, inminente. El Austria, con toda su penuria, con todos sus embarazos domésticos, habrá de sostenerla en las orillas del Danubio, como en las del Pó y en las del Mincio. Victor Manuel acaba de proclamar solemnemente en Turin la union de Italia, lo cual significa la próxima invasion del Véneto de consuno con la de Iliria. Tomen ó no tomen parte en el conflicto las huestes francesas, y, sea cual fuere el resultado de la campaña, tendría que ver que dos potencias como Inglaterra y Francia consintiesen en el restablecimiento de un monarca cuya política les ha sido tan antipática, y que le han hecho el grandísimo desaire de retirar sus embajadores, para que no autorizasen con su presencia los desciertos y las crueldades del mas desenfadado absolutismo.

No desesperemos, pues, del triunfo de la libertad en aquel suelo en donde ha echado tan hondos raices. Allí, como en todas partes, la favorece y la asegura la

supremacia el indomable espíritu del siglo XIX; ese espíritu de tolerancia, de independencia, de cultura intelectual, irrefragable testimonio y emanacion directa de la perfectibilidad con que la Providencia ha querido dotar á la mas noble de sus criaturas.

M.

ARANJUEZ.

(Continuacion.)

El ministro de Marina, grande amigo del Principe de la Paz, entre lloroso y risueño, abogó por la paz, temiendo que la guerra en aquella sazón fuera un origen inmediato de grandes infortunios para el Rey y para el reino; y no contento con esto, elogió la conducta de Napoleon, disculpando las licencias que se tomaba, por creer que en la corte de Madrid y cerca del Rey pudiera tener enemigos poderosos que acariciasen los proyectos de la Inglaterra, siempre contrarios á la Francia. La alusion era demasiado directa para que el Principe de la Paz no contestase, aunque con la templanza debida por estar en presencia del Rey, y ser ya las circunstancias tan apremiantes que nada podian conseguir aquellos hombres de Estado con réplicas acaloradas, en los mismos instantes en que todos lo tenían ya perdido. El generalísimo hizo una apologia apasionada de su conducta, y confesó que Napoleon era su enemigo; pero que la tal enemistad no era mas que un pretexto para lanzar del trono á la dinastía de Borbon. En suma, el valido era en aquella sazón el único que miraba con ojeriza la entrada de los franceses en España, y el único tambien que, adivinando los futuros planes de Napoleon, tenía perdida la esperanza de poder salvar de la agonía la espirante monarquía. De esta suerte, un consejo de ministros presidido por el Rey, y en el que se hallaban el ministro de Gracia y Justicia, marqués de Caballero, y el ministro de Estado D. Pedro Ceballos, que tantos papeles habian de representar en lo sucesivo, abrieron la puerta á los ejércitos franceses; conducta equivocada que prueba, ó lo torcido de las intenciones, ó la escasa prevision é insigne torpeza de aquellos hombres medianos que en tan apuradas circunstancias no encontraron otro medio de salvacion que la humillacion y la deshonra.

No sabemos si para mofarse de la desgracia; si con el gusto de hacerle sufrir nuevas humillaciones, el general Junot escribió al Principe de la Paz, invitándole á que fuese á tomar posesion de su principado de los Algarbes en Portugal. No cayó en la tentacion D. Manuel Godoy, resistió el vano deseo de ir á hacer el Rey de mogiganga por unos cuantos dias, sin que podamos adivinar cuál situacion era peor; si la de presentarse ante la Europa á servir de ludibrio á las gentes, ó permanecer en la corte de Carlos IV sin amigos que le sirvieran, sin apoyo que le alentara, victima de sus errores y de las traiciones de hombres desleales, y pronto á servir de victima propiciatoria á las iras de un heredero cansado de serlo, y como tal, dispuesto á favorecer todos los planes en que entrase como primera condicion su prematuro advenimiento al Trono. Cuando, despues de tantos años transcurridos, hemos leído y meditado las memorias del Principe de la Paz, creemos fundadamente que este hombre tan mal tratado por sus contemporáneos, creía en ensueños y en placenteras ilusiones al pensar que le hubiera sido posible al menor amago de la traicion de Nonaparte, sublevar el Portugal, llevar allí á los Reyes y hacer del pueblo lusitano un foco perenne de insurreccion contra el poder y los ejércitos del Emperador de la Francia. Esto no era dable, no era posible: la revolucion y el levantamiento de la Peninsula eran infalibles é hijos de los mas bellos sentimientos que el corazon de los pueblos abriga; pero ni Carlos IV, ni el Principe de la Paz podian servir de palanca para remover y sacar de quicio al pueblo español. En aquellas circunstancias significaban lo contrario: el uno y el otro habian perdido su prestigio y su fuerza moral: responsables de cuanto habia pasado, no queria nadie verlos asociados á la nueva obra: ellos habian contribuido á destruir lo existente, queriendo conservarlo; no tenían derecho, porque nadie se lo daba, para edificar sobre las ruinas que habian amontonado. Su reinado acababa, porque todo el mundo los abandonaba: solos y sin séquito, ¿qué habian de hacer en medio de la conflagracion general? nada: Cuando un Rey ó un ministro llega á ser objeto de menosprecio ó de odio para sus súbditos ó subordinados, ni el Rey reina, ni el ministro gobierna; la abdicacion era el único partido posible: á tal punto habian llegado con razon ó sin ella á fines del año de 1807 el buen Rey Carlos IV y su famoso valido el Principe de la Paz.

Por aquel tiempo habia tenido lugar la absolucion de los reos de la causa del Escorial, de la que hemos hablado en el capítulo anterior: el mismo gobernador del Consejo daba á entender bien á las claras en sus conversaciones particulares, y hasta se atrevió á decir al mismo Principe de la Paz el motivo que habia impulsado á los jueces á dictar aquel favorable fallo: estas fueron sus palabras: «Cuando el principal acusado ha obtenido la clemencia real, y mañana ó el otro podrá suceder que llegue á empuñar el cetro ¿nos tocaba á nosotros condenar á los que han sido sus agentes? ¿Se puede hacer justicia en tales circunstancias como las del día? Hé aquí la jurisprudencia de aquella desgraciada época: hé aquí el retrato fiel de los jueces de tan escandaloso proceso. Este triunfo envalentonó mucho á los parciales del de Asturias, los cuales veian llegar por momentos el de su completa victoria. Multiplicáronse con esto los emisarios, correspondian frecuentemente con los afiliados de París, y comunicaban á los pueblos y aldeas, con estudiado afán, las noticias mas inverosímiles ó mas absurdas. El principe Maserano escribía cartas sobre cartas, pintando el estado de aquella corte con el infiel relato de los



cuentos que corrian en las tertulias políticas de París; ¿y qué hacia en el entretanto el Príncipe de la Paz para conjurar la tormenta? Nada ó poco menos que nada. Aquel hombre tan prepotente, sobre el cual llovieron á poco tantas desgracias; aquel hombre tan perseguido que no pudo sino á fuerza de años y de revoluciones, conseguir otra cosa que un tardío perdón, se contentaba con desterrar á un monasterio al agente principal de aquella infame intriga y desterrar de Madrid á sus mas comprometidos cómplices. Sea dicho para gloria suya y la del Rey Carlos IV y en alabanza de su reinado: en aquellos procelosos tiempos, tan preñados de desgracias, no se derramó una sola gota de sangre por delitos políticos, formando raro contraste con la conducta cruel de los hombres que en nombre de Fernando VII, vertieron á torrentes la sangre española y poblaron los presidios con los mas ilustres repúblicos, honra y gloria de la política y de las letras.

Era tal el esfuerzo que empleaba Godoy á todas horas para convencer á Carlos IV de los peligros que le amenazaban, que casi logró su objeto: y aunque por algún tiempo, indeciso el buen anciano, llegó á pensar seriamente en salir de Madrid y de los sitios reales acompañado por un número respetable de soldados y fijarse en lugar seguro. Pero cuando estaba ya casi decidido, llegó una carta contestacion de Napoleon á las suyas, y tambien llegaron ricos presentes, que adormecieron otra vez sus deseos y le dieron razones en qué apoyar con mas fuerza sus antiguas opiniones. Mientras esto acontecia, el general Dupont, en vez de marchar para Salamanca, se hacia el reacio en Valladolid: el mariscal Monecy no se movía de Burgos: el Pirineo cubierto siempre de tropas. Escribió Godoy al gran duque de Berg, Joaquin Murat, nombrado generalísimo de los ejércitos franceses, con quien le unia antigua amistad, y no recibió contestacion: nada oficial en la embajada; nada confidencial de parte de Izquierdo mas que los anuncios de la próxima tormenta: una division francesa, penetrando en nuestro territorio por Roncesvalles y encaminándose á marchas forzadas sobre Pamplona: y no paró en esto la serie de las malas nuevas. A pocos dias llegó á Madrid la noticia de la ocupacion de la ciudadela de Pamplona, que por lo nuevo del caso, y por la alevosía insigne con que fué tomada, merece referirse circunstanciadamente.

Desde el nueve de febrero se hallaba en Pamplona el general D'Armagnac, el cual á poco tiempo recibió órden de Monecy de apoderarse de la ciudadela á toda costa. Dirigióse atentamente al capitán general, pidiéndole permiso para acuartelar en aquella fortaleza dos batallones de suizos, valiéndose de un pretexto, á saber, el temor de la deseracion. Era capitán general, y virey, el marqués de Valle Santoro, modelo de lealtad y de valor, de cuyas prendas habia dado relevantes pruebas en la guerra con la república francesa y en el bloqueo que sufrió en Bellegarde muchos meses. No creyó oportuno satisfacer aquella demanda intempestiva, y se escusó cortesmente diciendo que no tenia facultades para conceder lo que se pedia. El general francés no mostró queja ni resentimiento por esta negativa, y preparó en secreto una hazaña indigna de un militar, de un huésped que representaba en Pamplona el carácter sagrado de un Rey amigo y aliado de Carlos IV. La guarnicion española de Pamplona era escasa; la distribucion de pan se hacia en la misma ciudadela; el general estaba alojado en la casa del marqués de Besoya que da frente á la entrada principal de la ciudadela. En la noche del 16 de febrero, escondió D'Armagnac trescientos granaderos en su propia casa: los soldados que á la mañana siguiente fueron por el pan, eran cazadores de los mas resueltos y llevaban armas debajo de los capotes. Nevaba aquella mañana y los soldados armados conducidos por un oficial valiente, fingieron divertirse tirándose los unos á los otros bolas de nieve. Distrájose con esta escaramuza la guardia de la fortaleza, aparentaron huir algunos franceses y vinieron como á refugiarse á la ciudadela: colocados sobre el puente levadizo impidieron que lo levantaran, mientras otros se arrojaron sobre el astillero en donde estaban las armas; á una señal salieron los granaderos escondidos en casa del general D'Armagnac, y fué obra de un momento sorprender los centinelas y desarmar la guardia. El virey llegó tan pronto como supo la insidiosa toma de la ciudadela pero llegó tarde, y solamente para oír las disculpas estudiadas y pérdidas del general francés, que tuvo el atrevimiento de proponer al honrado y pundonoroso marqués de Valle de Santoro, la continuacion de la amistad que hasta entonces habian mantenido, por ser aquel acto de hostilidad una mera cautela para resistir mejor el poder de la Inglaterra, á la cual franceses y españoles debian dar muy pronto el último golpe.

No es cierto, como han dicho sus enemigos, que el príncipe de la paz diese las órdenes para la entrega de las plazas fuertes del norte de España; antes por el contrario, redobló su vigilancia, y despachó oficiales á todas partes, á fin de que estando apercebidos los generales, evitasen sorpresas semejantes á la de Pamplona, solo disculpables en tiempo de guerra, indignas en tiempo de paz del que se titulaba amigo y aliado. Carlos IV no quería empezar la guerra; así es que sufrió resignado aquella nueva humillacion, y solo se pudo recabar de él, que diese nuevas órdenes y resoluciones de mera precaucion, bastantes para evitar los escándalos y tropelias que empezaban á ejercer los franceses simultáneamente en todos los puntos que ocupaban. Los generales Solano y Carrafa que estaban en Portugal, recibieron instrucciones de estar prontos al primer aviso para dejar aquel reino y replegarse sobre España. El primero podia hacerlo cómodamente no tanto el segundo, por ser su division la que auxiliaba las operaciones del general Junot; pero reforzada la del español con la que mandaba el general Taranco, que habia fallecido, habia la esperanza de que á lo menos, parte de las tropas que mandaba Carrafa po-

drian llevar á cabo la órden de volver á España. De gran confianza por su probada lealtad eran tambien los generales que mandaban las provincias de España. El duque de Mahon en Guipúzcoa; D. José de Arteaga en Vitoria, D. Juan Guillelmi en Aragon, y el conde de Ezpeleta en Cataluña, tenian sobradas garantías para no dudar de su fidelidad al Trono, y de lealtad á la justa causa de España. D. José Cortés, teniente coronel de ingenieros, fué el oficial encargado de decir al marqués de Vallesantoro el pesar que habia causado á Carlos IV el ver la ciudadela de Pamplona en poder de los franceses, y mandábasele que procurase recuperarla á la primera ocasion: mandato inútil de todo punto, porque, atendidas las circunstancias, y obedeciendo las instrucciones del gobierno, el tomarla por la fuerza era difícil, el tomarla por la astucia imposible, despues de la extratagema de las bolas de nieve. El mismo oficial llevaba al duque de Mahon y al general Arteaga órdenes é instrucciones del gobierno, encaminadas á hacer respetar los fueros de la nacionalidad española; y en las cuales mandaba el Rey que no cesasen ante la fuerza, siempre que la acometida viniese de parte de los franceses, para lo cual no debian escasear los medios de tener contentas á sus tropas y con el bastimento necesario á fin de que faltase á los extranjeros todo pretexto para argüir con la razon que nunca debia estar de su parte.

El 24 de febrero partió tambien para Barcelona el teniente coronel de artillería D. Joaquin de Osma: las instrucciones que llevaba, en su índole y esencia eran semejantes ó iguales á las que se habian dirigido á otros capitanes generales. Una vigilancia esmerada en la ciudadela y en el fuerte de Monjuich: no permitir la entrada á cinco franceses juntos en estos fuertes, ni en otro ninguno de los de Barcelona; obligarles á salir de las Atarazanas, donde estaban acuartelados, y encargando al capitán general la misma vigilancia en las plazas del Principado, la traslacion del regimiento de Hibernia á Valencia, con otras cosas mas secundarias, pero tambien dirigidas al objeto de salvar de la perfidia de los enemigos las fortalezas españolas, que tanto abundan en aquella parte de la Peninsula.

Más graves fueron las instrucciones sometidas al general de Valencia conde de la Conquista. Abrigaba ya la idea el Príncipe de la Paz de encaminar la corte hacia las partes mas occidentales de España, y para caso tan urgente, y segun todas las probabilidades, tan cercano, le requeria para estar pronto á proteger con sus tropas la forzosa retirada, tomando en la marcha las convenientes posiciones al primer aviso. Casi todos los generales conservaron fielmente el secreto de aquellas instrucciones, y casi todos las observaron puntualmente. El conde de Ezpeleta faltó á ellas, ya fuese porque las juzgase sin intencion inoportuna, ya porque estuviere de antemano vendido á los amigos y parciales del príncipe de Asturias. Osma llegó á tiempo. El conde quedó enterado, pero los franceses se apoderaron de la ciudadela con circunstancias todavia mas agravantes que las ocurridas en Pamplona. El hecho pasó de esta manera:

Los franceses habian propalado la alarmante noticia de haber recibido órdenes para marchar á las Andalucías, donde debian medir sus armas con los ingleses, prontos ya, segun decian, á desembarcar en aquellas costas. Con tal pretexto el general Duchesne pasó revista á las tropas de su mando. Al retirarse estas de la formacion con todo el extruendo que es comun y ordinario en tales casos, el general italiano Lechi volvió riendas con algunos ginetes oficiales que le acompañaban: dirigióse á la ciudadela diciendo que iba á despedirse de su gobernador D. Juan Viard de Santilli: detúvose en el puente levadizo como aquel que no puede hacer marchar á su caballo, en tanto que un batallon de velites italianos, que caminaba hacia la Aduana, volviendo de pronto caras hacia la ciudadela y atropellando la guardia, entró con Lechi y favoreció la entrada de otros cuatro que le seguian. No era tan fácil apoderarse de Monjuich, y si grande el deseo que de ello tenia el general francés; pero hacia veinticuatro horas que estaba encargado de su custodia D. Mariano Alvarez, el que despues defendió á Gerona con tanto heroísmo y gloria. En vano fué emplear el artificio, en vano se hubiera empleado la fuerza; Monjuich hubiera sido fiel al Rey de España, teniendo á Alvarez por su gobernador. Entonces Duchesne suplicó á Ezpeleta, le rogó, le amenazó, y aquel general, que no correspondió al alto grado que ocupaba en la milicia, olvidando el deber sagrado que le imponia el delicado cargo que desempeñaba, negóse primero, titubeó despues, y por último acudió al recurso de los hombres débiles; á la formacion de expediente, que vale tanto como asociar á su responsabilidad á otras personas. Los respetables jueces de la Audiencia fueron los asesores que eligió el general para que le aconsejasen en el pleito que traia con el general Duchesne sobre la entrega de Monjuich. No sabemos cuál fué el fallo de la Audiencia, pero lo que sí sabemos es que el general Ezpeleta mandó entregar la fortaleza. Grave falta fué la de este general: falta que ni entonces ni despues fué castigada: antes al revés; el conde de Ezpeleta fué mirado con predileccion por la corte de Fernando VII, y mucho tiempo antes, fresca todavia la hazaña de Barcelona, fué propuesto por el infante D. Antonio y por la junta de gobierno para presidente de una regencia que debia instalarse en lugar de aquellas infelices cabezas que tenian á su cargo el hacer que gobernaban á los españoles hostigados por la espada de Murat, y por el acicate del Consejo de Castilla. Quedaba San Sebastian todavia en poder de los españoles; pero pronto estuvo tambien en poder de los franceses: pidieron estos la plaza con repetidas instancias, no al gobierno de la corte, sino á las autoridades de la provincia, y fueron tales las súplicas y las comunicaciones del duque de Mahon sobre el peligro de perderla, si era atacada, aunque se ofrecia, si tal era la voluntad del Rey, á defenderla á todo trance, que Carlos IV, siguiendo en el mal enten-

dido sistema de ceder á todo, dió la órden para que la entregasen.

Grande era la alegría del de Asturias y de sus partidarios: increíble parecia que no quisieran oír las oportunas reflexiones y saludables influencias de algunos pocos servidores del Rey Carlos IV: tal era el ansia que les aquejaba de dominar y mandar á la nacion, que el tiempo se les hacia corto para empuñar el cetro y ceñir la Corona que una larga serie de Reyes habia depositado en la augusta persona de Carlos IV. Llegaron en esto por mar nuevas de Roma: los generales del Emperador habian entrado en la ciudad santa; el Padre comun de los fieles se hallaba cautivo: con tan grave motivo renováronse las tribulaciones del año de 97; preludios ya de la persecucion que debia sufrir aquel santo y venerable anciano, escoltado por los caminos y por las aldeas, algun tiempo despues, cual si las tropas del emperador de Alemania se hubieran posesionado de los dominios de la Iglesia para ejercer la supremacia que quisieron ejercer los imperiales en los siglos medios. La católica España que aun tenia piadosas creencias, y llevaba á mal el ridículo desden de los sabios del mundo, y todavia mas sus doctrinas tan en moda en otros pueblos, hijas de la descreída filosofia del siglo XVIII, se escandalizó con la injusta persecucion comenzada contra el Papa: el príncipe de Asturias quedó como anonadado al recibir nuevas tan tristes; porque ciertamente no era galardón para envidiado en un príncipe católico, el tener por campeón al Rey ingrato é irreligioso que osaba poner las manos sin necesidad sobre la venerable cabeza del vicario de Cristo, que por un exceso de debilidad le habia dado la investidura de Rey de derecho divino ante la Europa atemorizada con el ruido de sus triunfos. Fernando lloró y prometió permanecer unido á su padre y vencer de esta suerte las maquinaciones de sus malos consejeros.

Si necesitáramos de algun documento para probar el estado lamentable á que habian llegado la corte, el gobierno y el Príncipe de la Paz, llamaríamos la atencion sobre el artículo de correspondencia que apareció en la Gaceta de Madrid con la fecha de Roma de 8 de febrero. Como las nuevas de aquella capital causaron tal temor en la gente devota de España, y como empezasen á ser causa del desengaño que cundia acerca de los planes futuros de Napoleon, el embajador Beauharnais y sus secuaces trataron de disminuir ó anular su efecto, insertando en el ya citado periódico una carta inventada á placer, desfigurando los hechos, alterando los acontecimientos y mintiendo descaradamente ante Dios y los hombres.

Falsa á todas luces era aquella solucion: pero ¿quién mandaba ya en la nacion? No era el Príncipe de la Paz, porque no emplea la falsedad el que de ella no se aprovecha; mandaba el embajador francés, y con él los ministros Caballero y Ceballos y otras muchas personas de gerarquía y de viso que, bastante dóciles para dejarse engañar, ó bastante ambiciosos para pasar por todo, cayeron en la red que les envolvió y despues á toda España. Quedaban ya solos el valido y su bienhechor sin espíritu para lidiar, sin armas con que combatir; ya casi desarmados é impotentes lo mismo para el bien que para el mal: un golpe mas y la monarquía estaba hundida, y Bonaparte habia alcanzado su plan sin gran trabajo.

Acababa de llegar la Infanta Doña Maria Luisa que trocaba un reino por otro, á gusto del supremo dictador de los monarcas de aquel tiempo; empezaba y no acababa, al hablar de Napoleon, del jubilo con que lo habian recibido los pueblos italianos, del frenético amor con que le adoraba la nacion francesa; en suma, de aquel reinado que parecia no acabarse nunca, contentas y satisfechas las gentes con la aureola gloriosa que rodeaba á la Francia en cambio de la libertad que habian perdido, y que no lloraban ni echaban de menos sino algunos filósofos ó antiguos y fanáticos sectarios. La Infanta contaba menudamente la conversacion que tuvo con el Emperador el 17 de diciembre en Milan. Lo favorable y lo adverso, la guerra, la paz; todo, en suma, podia deducirse de las palabras del conquistador. Este se veia ya abrumado con el peso de los negocios de España; y eso que todavia no habia comenzado tan larga y lastimosa historia. Las desdichadas querellas entre el padre y el hijo le abrian la puerta para mezclarse en los asuntos interiores: decia que profesaba un amor sin limites á su aliado; pero que miraba con recelo á los que estaban á su alrededor. Que los ingleses tegian de noche, pero que serian muy desgraciados los que se dejasen prender en sus telas; que para seguridad de todos, enviaba sus tropas á la Peninsula; pues teniendo presente la historia, no quería empeñarse, como podia suceder, en paises lejanos, sin estar asegurado en los confines meridionales de su Imperio: repetia tanto las mismas cosas, hacia tan grandes esfuerzos para convencer de sus miras desinteresadas, dejaba entrever tales pensamientos, que el mas lerdo conocia cuán grande era el plan que tenia trazado sobre la monarquía española, aunque no bastante maduro para la reflexion, de suerte que pudiera preverse ni aun por él mismo el sesgo que tomarian los negocios cuando empezara la ejecucion.

Las nuevas que llegaron á conocimiento de Carlos IV de personas tan diversas y de tan opuesto origen, le convencieron de la imperiosa necesidad de variar la estancia de la corte, retirándose á las provincias meridionales de España, en donde se prometia estar mas al abrigo de las molestias que empezaban ya á causarle los desabridos huéspedes. Triste era el papel que representaba un soberano en su propia nacion, rodeado por todas partes de tropas extranjeras, las cuales, sin designio conocido, aunque sin ninguno bueno, se habian adelantado hasta el riñon de España, sin licencia del monarca y con ofensa de los tratados. Pero oponian tenaz resistencia al proyecto de retirada el príncipe de Asturias, el Infante D. Antonio y todos los parciales que habian reclutado de la grandeza; tambien el embajador fran-

cés, sus numerosos amigos, y los adversarios del Príncipe de la Paz. El ministro Caballero, que puede muy bien considerarse como el genio del mal que asistía á la agonía del reinado de Carlos IV, fué el que mas se opuso al proyectado viaje, que los acontecimientos sucesivos se encargaron de manifestar lo útil, lo conveniente que hubiera sido para la familia Real y para la España. La salida de V. M. para Andalucía, le habia dicho Caballero, podria ocasionar un tumulto.

Tal era el estado de las cosas, cuando llegó Izquierdo á Madrid despachado de Paris con urgente comision de parte del mariscal Duvost y del príncipe de Benevento: no habiendo querido Bonaparte dar la cara como en tales casos le acontecia, habianle servido sus principales ministros para disimular de alguna manera lo que en él, mas que en otro alguno, ha podido con razon llamarse política personal. Izquierdo debia solamente comunicar á Carlos IV las proposiciones confidenciales de que venia encargado, y que traia por escrito, mas bien como apuntes para ayudar la memoria, que como documentos oficiales ó diplomáticos. Carlos IV comunicó á la Reina y al Príncipe de la Paz primero, y despues á la Reina de Etruria, el contenido curioso del aquel atrevido y nuevo mensaje: los de la camarilla de Fernando y los ministros de Estado y de Gracia y Justicia, no traslucieron nada por entonces, y fué ciertamente insigne torpeza no haberlos puesto al corriente de las peticiones del francés, para ver si llegaba á tal extremo su ceguera y su falta de patriotismo que persistian en la idea de considerar á Napoleon como el salvador de la dinastia y el protector de la España.

El documento de que hablamos y que damos á conocer á nuestros lectores insertándolo íntegro en el apéndice, daba materia á largos comentarios, á fundadas réplicas, á multiplicadas convenciones y tratados. La primera cuestion, era la que de preferencia trataba siempre Napoleon: la que era su pesadilla: la cuestion inglesa: decia por la centésima vez que no perdonaria medio, suave ó violento, ordinario ó extraordinario, para reducir á aquella potencia á la nulidad mas completa, único modo de ver restablecida la paz del mundo. Que allanadas todas las dificultades en el Norte de Europa, y frustrados allí todos los designios de la Gran Bretaña, por el exacto y puntual cumplimiento de los tratados de Tilsit, faltaba hacer lo mismo en la Italia y en la Peninsula; habiendo encontrado la Inglaterra medios de hacer oír en la primera sus pérdidas sugerencias y teniendo firme propósito de encender la guerra en la segunda confiada en sus numerosos puertos y en lo extenso de su litoral. Que para evitar esto, es para lo que precisamente el Emperador habia concebido y llevado á feliz término la negociacion de Fontainebleau: de suerte, que dueña la España de casi todo el continente Americano y poseedora ahora de toda la Peninsula Ibérica, en su mano estaba combatir el inmenso poder marítimo de la Inglaterra, para lo cual no le faltaban elementos ni aun prestigio, cuando él por su parte estaba dispuesto á reconocer en el Rey de España el pomposo dictado de Emperador de las Américas. Que poseído de la mejor fé habia firmado el tratado de Fontainebleau, con el solo objeto de quitar todo pretexto á la Inglaterra; pues en uno de sus artículos salia garante de la íntegra conservacion de todos los dominios españoles en la parte meridional de Europa, pero que en momentos tan críticos habia sabido con disgusto las diferencias de la familia Real y la parte que en ellas se atribuía al embajador francés y aun á él mismo; y que tan grandes calumnias no habia podido llevar con paciencia, y que si en ellas se hubiese persistido hubieran sido bastante causa para declarar la guerra al gabinete de Madrid: pero que se habia contentado con que no se hablase mas de aquel asunto, quedando en el compromiso de hacer justicia por sí, aun de su mismo embajador, si se le probaba que este alto empleado habia tenido parte en tan culpables proyectos. Añadia, que la Inglaterra empleaba todos los medios posibles para incendiar de nuevo el Continente, esparciendo por toda España noticias falsas y alarmantes; haciendo con ellas creer á sus naturales que el Emperador trataba de sacar partido de las disensiones de la familia Real, apoyando las pretensiones del hijo contra el padre; envenenando los partidos para conseguir un rompimiento entre Francia y España. Que por todo esto se habia visto precisado á ocupar con numerosas tropas gran parte de la Peninsula sin solicitar permiso para ello por muchas razones, siendo las principales: 1.ª La de evitar discusiones sobre un asunto grave cuando los ánimos estaban tan acalorados. 2.ª No exponerse á una negativa á riesgo de sufrir un desengaño de parte del Rey, el cual nada tenia que temer despues de la garantía que daba á sus Estados un solemnisimo tratado. Que en iguales fundamentos se apoyaba la ocupacion de algunas plazas fuertes; extrañando que no se le hubiese brindado de buen grado con ellas, exponiendo su ejército á tantos azares, y contraviniendo al principio que otras naciones de la Europa habian reconocido de dejar en su poder las plazas fuertes cuando sus tropas pasaban de un punto á otro, siendo ambos soberanos amigos y aliados. Que esta desconfianza le daba margen para tenerla á su vez del Rey, con tanto mas motivo cuanto que habia tenido su gobierno un no disimulado empeño en aumentar el ejército, olvidando los armamentos marítimos, como aquel que todo lo teme de la Francia y todo lo espera de la Inglaterra. Daba tambien el Emperador quejas por la severidad con que en las aduanas eran registradas las mercancías francesas sin que la estrecha amistad entre ambos sirviese para mejorar ó favorecer el comercio reciproco de las dos naciones; contrastando aquel proceder con la lenidad ó indulgencia con que era castigado el contrabando inglés; y recelaba el soberano de Francia que alguna cosa se preparaba cuando despues de muchas reclamaciones, á las que habian seguido otras tantas ofertas, la escuadra que á la sazón y bajo el mando de D. Cayetano Valdés, estaba en Menorca, no hubiese dádose á la vela para To-

lon, uniéndose á la francesa para la acometida de nuevas empresas que tenia en mente el Emperador. Decia tambien que era muy grande la fé que tenia en los tratados y en las palabras leales de su amigo y aliado Carlos IV, pero no tanta en las personas que á este rodeaban que ciertamente no eran de fiar; y tanto mas, cuanto que se hallaba entre dos fuegos, esto es, entre los dos partidos en que estaba dividida la nacion, y podia cuando menos lo pensase verse envuelto en tal torbellino de males que no pudiera libertarse de él, sino á costa de su corona, ó cuando menos, de grandes sinsabores: y que para ese caso debia él, como vecino poderoso y aliado, arreglar las cosas de manera que no apareciera á los ojos de la Europa con el carácter de un aventurero ó de un intrigante, hallándose sus tropas en España, y obligadas, como era natural, á pelear con los autores de la guerra civil y con los ingleses. Que estas contingencias le obligaban á separarse algun tanto de la letra de los tratados, y á situar sus tropas en los puntos que juzgaba mas á propósito para acudir á la mayor necesidad, ocupando las plazas fuertes, como base de las operaciones futuras, ó como segura retirada en un lance imprevisto ó repentino. Para mayor seguridad de los nuevos planes, para poder conjurar con mas facilidad los trastornos que se anunciaban, el Emperador, por último, pedía con muy corteses razones, y usando de cuantas salvedades ha empleado la diplomacia mas cauta, la posesion de las provincias fronterizas, dando en cambio todo el Portugal, un tratado de comercio y la renovacion del antiguo pacto de familia.

Atónitos quedaron los Reyes y el favorito con la lectura de este famoso documento. La conducta de Bonaparte no debia ya ser un misterio para nadie, ni aun para el Rey, á quien por tanto tiempo habia seducido la majestad gloriosa de aquel conquistador, que habia encontrado en su desenmascarada ambicion limites al amor de conquistas que le aquejaba. No era necesario preguntar á Izquierdo sobre la opinion reinante en Paris ni sobre la que él habia formado del carácter, miras y deseos del Emperador: los apuntes entregados por el mariscal Duroc y por el príncipe de Benevento hablaban muy claro á todos los que tuviesen oídos para oír; y la conducta de aquel hombre poderoso daba á entender al que tuviese ojos para ver, que á la España le habia llegado su hora. Izquierdo contestó que creia que el Emperador deseaba la posesion de las provincias fronterizas y que de grado ó por fuerza trataba de conseguirlo; que no profesaba cariño ni aun estimacion al príncipe de Asturias, y que en esto como en otras muchas cosas las parciales de este último se llevaban gran chasco; pero que indudablemente se serviría de él y de todos como instrumentos de sus planes ulteriores que con exactitud nadie habia podido adivinar todavía; y añadió que tales especies eran dignas de crédito, pero que venian de persona muy enterada, por sus relaciones de familia con uno de los magnates del Imperio, aludiendo al digno español D. José Hervás, cuñado del gran mariscal de palacio Duroc.

El Rey, que amaba cordialmente á sus súbditos, ó como entonces se decia, á sus vasallos, se indignó grandemente cuando oyó que se le proponia una partija de sus reinos, un despojo de cuanto habian poseído los Reyes sus progenitores desde Fernando el Católico hasta sus dias, y no tuvo para tamaña pretension otra respuesta que la de una corta pero redonda negativa. El Rey, que tantos sacrificios habia hecho para no provocar una guerra con la Francia, se halló desde aquel momento dispuesto á pelear sin medir las fuerzas de su adversario, sin contar con la mina sorda, pronta á estallar, que estaba ya preparada en su mismo alcázar. A todas las alegaciones de tan extraño documento fué contestando una por una, y concluyó diciendo que, no pudiendo menos de ser objeto de un tratado las formales proposiciones que sobre el país vasco se habian hecho, no extrañase su Majestad Imperial que retirado el Rey á las partes meridionales de su reino, diese desde allí poderes é instrucciones á su plenipotenciario; pues rodeado de ejércitos extranjeros, no podia sin mengua de su dignidad tratar, dando de esta suerte á la Europa y á sus súbditos pretexto mas que fundado para que lo creyesen falto de la necesaria libertad para ajustar convenciones ó tratados sobre asuntos de tan vital interés para la monarquía.

Ya hemos dicho antes que la Infanta de España, Reina desposeída de Etruria, estaba enterada de la mision de Izquierdo; y viendo que se le escapaba á su hijo el pedazo de pan que por misericordia le habia arrojado Napoleon, como migaja de su espléndido festin en Portugal, y en cambio de sus Estados de Italia, tuvo la idea irrealizable de proponer á Napoleon la ereccion de un nuevo reino en las provincias del Norte de España; el cual podria regir un infante de la casa de Borbon, su hijo por ejemplo. Carlos IV que oia con gusto todo lo que era favorable á los individuos de su familia, acogió la idea; y no queriendo él hacer la propuesta ni encomendarla á ninguno de sus ministros, encargó al Príncipe de la Paz la hiciese á su nombre. Tal era el valimiento y la autoridad del favorito, que aunque sin carácter oficial para ello, no se creia que pudiese desmerecer para con una corte extraña y tan poderosa, esta circunstancia. El almirante generalísimo se prestó á dar cumplimiento á la voluntad de su amo, no con gusto, sino obedeciendo el precepto de santa obediencia impuesta por Carlos IV á quien queria y poco menos que adoraba; y no le faltaba razon á fé. Esta carta, escrita y entregada á Izquierdo, no llegó á su destino, porque arrepentido D. Manuel Godoy de haber dado aquel paso, que mostraba desde luego una grande debilidad, la pudo recoger, enviando á Izquierdo un correo que le alcanzó antes de pasar la frontera.

Los momentos eran preciosos: los enemigos redoblaban su audacia: las tropas francesas avanzaban hácia la capital de la monarquía; á los traidores pintábaseles en el

rostro la alegría que no les dejaban disimular ya sus ocultos planes. Godoy hablaba de esto constantemente al Rey; decidido á hacer la guerra, queria ver la persona de Carlos IV en salvo, hablar, como decia el favorito, á la nacion que estaba engañada, pero es la desgracia siempre, y entonces lo hubiera sido tambien, que cuando una nacion está engañada, no la vuelve de su error la proclama de un ministro ni la voz de un rey. Todas las medidas estaban tomadas, las tropas que guarnecian las provincias de la España y aun las que operaban en Portugal, debian apoyar y facilitar la marcha de la corte que debia ser hácia Sevilla ó Badajoz, para elegir despues por residencia ó Cádiz ó las Islas Baleares. Hasta al mismo Carlos IV habian llegado de una manera infalible las noticias de lo que se tramaba en palacio. Caballero se oponia siempre al viaje de un modo resuelto, el príncipe de Asturias andaba cabizbajo y sin dar respuesta á las reflexiones que le hacia su padre: el Infante D. Antonio con la libertad de hermano, y con la que da la cordedad de luces, se mostraba audaz, desatento é irrespetuoso: hablaba del Rey en su ausencia con poco miramiento; en su presencia se habia atrevido á llamarle loco; ¿y qué hacer con aquel príncipe que á su mala educacion reunia una perfidia no muy comun? Nada: cualquiera medida entonces adoptada hubiera sido interpretada maliciosamente en contra del Rey y del favorito; un justo castigo, se hubiese tomado por una injusta persecucion; los títulos negativos del Infante se hubieran interpretado por los conjurados, por títulos positivos del martirio. Condicion desgraciada la de aquel gobierno, que veía á pasos agigantados caminar hácia el corazon del reino, al enemigo y no tener poder para resistirle, ni medios para huir, ni conciencia siquiera para estar tranquilo y presenciar con ánimo sereno y corazon resignado la catástrofe que preveía.

El Príncipe de la Paz salió de Aranjuez para Madrid, segun tenia de costumbre, por haber adoptado la de alternar una semana en la capital y otra en la corte. Don Eugenio Izquierdo se hallaba todavia en Aranjuez, que como portador de malas nuevas para el francés, no le importaba mucho ser pronto despachado. Pensó tambien el Rey en escribir al Emperador, y á la verdad era esto hacer mas de lo que convenia á la dignidad de Rey, pues no habiendo escrito el primero, se cumplía y mas que sobradamente contestando indirectamente y en papel anónimo, á las proposiciones que habian dado en Paris al encargado solo para ayudar su memoria. La carta era digna, decorosa, templada y grave, ya por el tono de ella, ya por las materias de que hablaba. Mientras el Príncipe de la Paz se hallaba en Madrid, el Rey apuraba para con su hijo todos los respetos de la dignidad, de la edad y de la naturaleza: contóle el objeto del viaje de Izquierdo, hizole ver la perfidia de Napoleon y sus maquinélicos planes que ya se traslucian; propúsole el viaje como el último remedio en tan apurada situacion. El Príncipe, con un disimulo impropio de sus cortos años, y que no desmintió en lo restante de su vida, dió la razon al padre, y gozoso y placentero se ofreció á hacer el viaje. El Rey escribió tan fausta nueva al generalísimo, mandándole dar las órdenes á las tropas para la seguridad de aquella decisiva partija. No habia perdido este el tiempo, pues en el que llevaba en Madrid de vuelta de Aranjuez, habia dado las órdenes á las tropas, habia explorado la opinion del pueblo, en el cual se notaba cierta ansiedad, más con el deseo de saber en qué paraban las cosas, que con el ánimo de revolverse contra el gobierno. En aquellos dias el generalísimo salió á pie varias veces como le acontecia con frecuencia en el largo periodo de su privanza: atravesó un dia casi todo Madrid, desde su casa sita en la calle real del Barquillo, hasta el Almirantazgo, sin guardia, sin mas comitiva que sus edecanes, y recibió en tan largo y público camino las mismas pruebas de agasajo y deferencia con que siempre le habian honrado el temor, el esplendor de la autoridad ó el respeto. Su casa estuvo abierta para todo el mundo. Visitáronle todos los hombres eminentes que encerraba la capital. Los consejeros de Castilla, así que oyeron las maquinaciones de Bonaparte, se enteraron de la afliccion del Rey, de las malas artes del embajador, ofrecieron su cooperacion y leal concurso para llevar á cabo todas las medidas que el Príncipe creyese convenientes usar para conjurar males tan graves como los que amenazaban.

¿Quién habia de pensar que á pocos dias aquella gloria se habia de deshacer cual humo, y que el hombre tan agasajado por la suerte y tan adulado por sus semejantes no habia de encontrar ni un amigo que le consolase en sus cuitas, ni un albergue donde guarecerse del furor de sus enemigos? D. Manuel Godoy partió para el sitio, de donde no debia ya volver, dejando el alto puesto que ocupaba á sus enemigos, su opinion á la historia y su persona á las huestes francesas encargadas de su custodia. Halló á su llegada á Carlos IV consternado y abatido; habian desaparecido las lisonjeras esperanzas concebidas pocas horas antes, y daba motivo á tan súbita mudanza un pliego que habia encontrado en su propia mesa en lugar muy descubierto y como puesto en él para ser prontamente notado: la tinta estaba fresca todavia, la letra trabajosa y sin firma alguna. Contenia el papel la historia de lo pasado, aunque desfigurada á placer por los que tanta maña han tenido para hacerlo hasta hoy: revelaba al Rey, y en esto no andaba equivocado el autor del anónimo, la verdadera opinion del pueblo de Madrid y de toda España acerca del proyectado viaje y pronosticaba los males que iban á seguirse de aquella interesada y desastrosa medida. El papel era una amenaza contra la autoridad del Monarca; era la proclama sediciosa del hijo contra el padre, del súbdito contra el Rey; la intimacion, en suma, de la voluntad de la artificiosa camarilla, que dispuestas ya las cosas, anunciaba con estilo hipócrita que iba á ejecutar lo que tiempo hacia tenia pensado.

Cárlos IV, abatido y pesoso, acudió al último remedio, el de llamar á su hijo; pero antes quiso oír la opinión de Caballero, creyendo en ella, ó encontrar lenitivo al dolor que le ahogaba, ó una vislumbre siquiera de esperanza para no culpar al príncipe de Asturias. Caballero habló al Rey con franqueza: como otras muchas veces se manifestó contrario al plan de viaje: ¿qué mucho si hacia tiempo que postrado á los pies del hijo, huía del anciano Rey, cuyo poder mermaba de instante en instante tanto como se aumentaba el de su heredero? Confesó Caballero que el príncipe de Asturias le había contado la misión reservada de Izquierdo, el proyecto del Rey y del favorito, y que se oponía al viaje, así como todos los que lo rodeaban, como todos los que tenían noticia de plan semejante. Fernando, en presencia de sus padres, quedó mudo y consternado, leyó por mandato del Rey el papel anónimo, causa verdadera de aquella escena: siguió Cárlos IV en tono el más dulce y amistoso, queriendo convencer al hijo de lo errado de la senda que seguía: propúsole dos medios; el uno era quedar en Madrid de Lugarteniente suyo, gobernar la monarquía en aquellas críticas circunstancias con cortas limitaciones: valerse para tan árdua empresa de las personas que á bien tuviera, exceptuando á Escoiquiz y á Infantado, y agregarlo al supremo gobierno que él se reservaba, si salía bien de tamaña prueba. En el carácter de Cárlos IV, tales promesas eran sinceras; y ciertamente que no sabemos cómo el Príncipe no las aceptó, porque no autorizada por las leyes la costumbre de agregar al sólo una persona por elevada que fuese, las palabras del Rey indicaban debilidad, y aquel acto hubiera sido una verdadera abdicación. Pero Fernando, al ver la escena patética y terrible que bosquejamos, precursora de tantos desastres, se enterneció y lloró, abrazó á sus padres, abrazó al valido, á todos les prodigó las más cariñosas expresiones; ni tuvo valor para hablar al Rey, como un súbdito rebelde, ni la virtud de un hijo arrepentido y sumiso. «Tú eres mi amigo verdadero, estas fueron las últimas palabras que en aquellos momentos dirigió al Príncipe de la Paz: yo sería el hombre más injusto si te estimara un punto menos que mi padre: ¿quién me vendrá á decir ahora que tú querías quitarme la sucesión de la Corona? Tú eres el Ángel de la Guarda de esta casa, tú salvarás el reino como lo has salvado tantas veces.» Palabras que á pocas horas se llevó el viento; palabras que encerraban, ó una debilidad extraordinaria, ó una malicia sin ejemplo.

ANTONIO BENAVIDES.

## EL IMPERIO DE AUSTRIA.

El imperio de Austria está herido en el corazón. La humillada Italia, la nación esclava y mártir, ha derribado en el polvo al Goliath del absolutismo europeo. Dos caminos tenía que seguir Austria, y esos dos caminos conducen igualmente á su perdición. El imperio austriaco se pierde por ceder; porque los pueblos á su carro atados, quieren llegar de concesión en concesión hasta la independencia. El imperio austriaco se pierde por resistir, porque la guerra llama á sus puertas, y la miseria devora su tesoro, y el aislamiento le cerca por todas partes, semejándose á esos colosos de otras edades que se hallan hundidos hasta la frente en las arenas del desierto. La caída de ese imperio debe ser saludada con alborozo por todos los amantes de la libertad, como el pueblo de Israel cautivo saludaba la caída de los muros de Babilonia, que habían sido su cárcel. Con el Austria cae el gobierno que ha remachado las cadenas de todos los esclavos; el viejo derecho de conquista, que ha herido y martirizado á los pueblos; la autoridad absoluta y divina de los reyes, que ha envilecido por tanto tiempo á la humanidad; la reacción hacia el ideal de la Edad media, que degradaría hoy la razón humana; el imperio semi-feudal de la fuerza; la confusión caótica de las razas arrojadas unas sobre otras en ese gran mercado de esclavos; el escudo de toda tiranía; el valladar que se opone á la comunicación de la raza eslava con la civilización y la libertad europea; el eterno tormento de los Principados danubianos siempre heridos; el eterno carcelero de Italia, que ha tenido bajo su llave Roma, Florencia, Milán, Venecia, Nápoles; el enemigo que hirió nuestras libertades al espirar la Edad media, y que lanzó los soldados de la Santa Alianza sobre nuestra patria para arrancarnos el Código de 1812; en fin, el coloso que ha conculcado todo derecho y toda justicia, único resto de la vieja organización de las sociedades que pesa como un remordimiento sobre la civilizada Europa.

*Divide et impera*, había sido el lema del Austria. Separó, dividió las naciones occidentales, para que nunca se pudiera formar una confederación de pueblos contra el Norte; descuartizó á Italia, y arrojó sus restos mutilados á príncipes que eran sus próconsules; destruyó á Polonia, que la había salvado de una muerte cierta; separó al pueblo húngaro de la aristocracia para martirizarlos á ambos; violó el derecho que ella misma había escrito, asimilándose por fuerza á la República de Cracovia; recibió vida de Rusia y abandonó á su aliada en el campo de batalla; constituyóse en verdugo de Venecia, aniquilándola con tormentos crueles; incitó la mitad del pueblo alemán contra la otra mitad, para que nunca se llegara á esa unidad que había sido el pensamiento de los filósofos y de los héroes alemanes; y cuando ya dominaba en todas las conciencias el dogma de que la inmoralidad es tan condenable en los pueblos como en los individuos, resucitó el maquiavelismo del siglo XVI, el olvido de todo juramento y de toda palabra, solo para reinar sobre cadáveres de naciones.

Y el castigo de esta política ha sido tremendo, porque siempre el castigo sigue al crimen, como la sombra sigue al cuerpo, como la consecuencia sigue al principio, como el fruto á la semilla. El imperio de Austria está solo, está

abandonado á sus propias, quebrantadas fuerzas. En toda Europa no tiene ni un solo pueblo que sea su aliado ni su amigo. El imperio que dispuso de la suerte de Europa en 1815, ve resucitar hoy á las diversas nacionalidades que le dejan en la soledad. La corona de los príncipes lombardos ha caído de sus sienes. Venecia, que se apercibe á redimirse, le cierra casi su comunicación con el Mediterráneo. Los Principados danubianos saben que Austria ha sido su Judas. Hungría, cansada ya de ver recompensados con tormentos sus leales sacrificios, amenaza descargar el golpe de muerte sobre el imperio. Y los emigrados polacos, víctimas del crimen más negro que registra la historia, privados de patria, de hogar, de propiedad, de familia, salidos de los calabozos como fantasmas evocados de un sepulcro, levantan sus brazos á todos los poderes civilizados, pidiendo, como los italianos, justicia. Y tarde ó temprano sonará la hora de la justicia, la hora del derecho; porque es imposible que se fortifique y crezca la política del Austria, que consiste en violar las eternas leyes de la naturaleza; en separar al hombre del suelo en que nació, al cual se agarra la vida como las raíces del árbol á la tierra; en destruir esa perpetua comunicación, ese amor que existe entre el espíritu y la naturaleza, esencia misteriosa del patriotismo, que tantos grandes mártires ha engendrado, y con tantas inmortales hazañas ha llenado las páginas de la historia. Entre los pueblos y la tierra, donde los pueblos nacen, hay una armonía divina que no puede romper ningún tirano. Cada raza tiene aptitud maravillosa para asimilarse el suelo en que ha de extenderse, y hacerlo parte de su cuerpo, y hasta elevarlo y convertirlo en esencia de su mismo espíritu. En los aromáticos árboles del Mediodía penderá siempre la lira de los poetas; en las entrañas de los montes se encerrará el hierro de los guerreros y en las orillas del mar esa audacia, inquietud como la ola, viajera como la gaviota, que ha creado á Venecia, Genova y Holanda. El imperio, por poderoso que sea, el imperio atrevido que ponga su mano en estas relaciones de la naturaleza y el espíritu, y las desconcierte, y trate de arrancar unas razas de su hogar y levantar su sólo en tierras de donde le rechaza naturaleza, encontrará enemigos en la misma inerte materia bruta, y caerá rendido bajo el peso de sus injusticias; porque no es posible romper los límites que ha trazado la mano del Eterno, aunque sean de frágil arena, como el que contiene el Océano. La política de Austria, por enemiga de las nacionalidades que están levantadas en leyes reales é inquebrantables, será siempre una política principalmente funesta para la misma Austria.

Así el Austria es un obstáculo invencible para la obra de todas las razas, para el destino de todos los pueblos. Dentro de Alemania, se opone á la ciencia que representa esa gran pléyade de genios que comienza en Kant y concluye en Krausse; se opone al movimiento liberal que preside Prusia; se opone á la unidad alemana que debe hacer de tantos Estados pequeños, de tantos castillos feudales, de tantas tiranías, una grande y poderosa nación, fiel reflejo de la raza que ha traído la idea de la personalidad y la idea de la libertad á la historia. ¡Y cuantos crímenes ha cometido para consumir esta obra de perdición! Ha inspirado orgullo á los pequeños tiranos; ha aislado el Mediodía de Alemania, del Norte, cometiendo el fratricidio de Cain; ha corrompido géneos superiores como los Schlegels, comprándolos para que anatematizaran en nombre del pensamiento la libertad de pensar; ha favorecido la restauración de la Edad media en la literatura; ha ejercido sobre la facultad más alta de nuestro espíritu, sobre la razón, inquisitorial tiranía; ha inmolado víctimas humanas, como los antiguos dioses antropófagos, á su imperio, y ha ahogado toda voz generosa en aquellos calabozos profundísimos, recuerdo de los pozos y de los plomos antiguos, calabozos cuya terrible imagen todavía no se ha borrado de la conciencia humana, dó la trazó como tétrica sombra el pincel mojado en lágrimas de uno de los más claros poetas de Italia.

Y si el Austria es dentro de su misma patria un poder perturbador, para el progreso de las naciones que la rodean es un valladar insuperable. La heroica Hungría, que salvó á Maria Teresa, se ha perdido por su generosidad y por el sentimiento de su mismo derecho. Los Principados danubianos, esa gran colonia latina, perdida entre los bárbaros; esa rama de nuestra raza que el huracán arrastró al desierto; los Principados danubianos, cuya vida ha sido un sacrificio continuo, y cuyo lamento se ha disipado en los aires sin llegar á oídos de sus hermanos, saben que Austria arma el brazo de Turquía para que impida su emancipación y su libertad, y la unión de todos sus hijos, los cuales, á manera de los griegos, llevan aún las señales del martirio en sus heroicas frentes. Aquellos pueblos que en el siglo XVI detuvieron á Turquía en su camino á Occidente, que hubiera devastado á Europa; aquellos pueblos que han sido como la España oriental, por sus continuas contiendas con los mahometanos, á pesar de haber salvado mil veces al Austria, en las entrañas del imperio católico han encontrado menos compasión que en las entrañas del imperio turco. Y hoy mismo si la raza eslava, raza que acaso esté destinada, como en el antiguo mundo la raza germánica, á traer nueva vida á la civilización, nueva idea de una personalidad más augusta á la historia, no se comunica más con Occidente, no abraza más la libertad y el derecho, se debe á que se ha encontrado interpuesto en su camino el cadáver del Austria. Más ha ganado el imperio ruso en un día de guerra con Francia y la gran Bretaña, que en un siglo de amistad con Austria.

Y si el Austria es para la raza germánica, para la raza eslava, para los Principados danubianos, para los magyares, un elemento de perturbación, es para la raza latina como eterna mancha. Su brazo sustuvo el pabellón del derecho divino contra el nuevo derecho que proclamó la revolución francesa. Su mano selló el sepulcro donde cayeron los pueblos. Su diplomacia trazó esos tra-

tados de 1815, que han sido como la crucifixión del derecho y de las nacionalidades. Siempre arma al brazo, ha vigilado el sueño de Italia, queriendo hacer creer á Europa que la gran artista había muerto, cuando solo estaba durmiendo de cansancio bajo el peso de sus cadenas. Hoy mismo, en las lagunas del Adriático, bajo el espléndido cielo que dió colores y reflejos á la paleta del Ticiano; en aquellos canales donde se reunían las naves de todo el universo; Venecia, la ciudad que reinaba sobre los mares, como en otro tiempo había reinado Memfis sobre las arenas del desierto; la ciudad que revelaba á Europa todos los misterios de Oriente, y repetía al dulce arrullo de sus ondas los últimos ecos de la lira de Grecia, exhalados de sus góndolas como suspiros en aquellas noches de luna, encantadas por el amor y el arte á que todos los poetas han debido alguna inspiración; esa gran ciudad es una esclava, que no puede bogar por los mares, que no puede perderse en sus infinitos horizontes, y que en vez de oír el eco de los cantares de Italia, oye el ruido de la cadena, que la tiene como nave deshecha y podrida, sin timón y sin vela, al pie del carcelero de los pueblos, al pie del Austria, que se goza en su tormento, reinando entre el silencio y las ruinas como las aves carniceras y malditas, que viven de la rapina y del exterminio de esas canoras avecillas cuyos gorgeos pueblan de armonías toda la naturaleza. Perdónese nos que la pluma, demasiado ligera, se haya detenido un poco al hablar de Venecia; pero reconózcase que así como Europa no pudo consentir ayer que Grecia fuera esclava de Turquía, no puede consentir hoy que la reina del Adriático, Venecia, sea esclava del Austria.

Ya sabe el Austria, y se apercibe en el último manifiesto á proclamar la libertad de cultos, la igualdad ante la ley de todos sus ciudadanos, el derecho de las nacionalidades, la autonomía de las provincias, el respeto á toda manifestación del pensamiento, la amplitud de la instrucción pública, la representación nacional como último término de las nobles aspiraciones de la política moderna. Así como Rusia, impulsada por Occidente, conoció que necesitaba después de su guerra de Crimea emancipar á los esclavos, Austria conoce que necesita emancipar á sus pueblos, porque solamente la libertad inspira el valor y el heroísmo. Mas, es inútil su empeño. Vuelve á repetir lo mismo que hizo en 1814. Prometió libertad á los pueblos para que se coaligaran contra el soldado de la revolución, y vencido el gran genio de la guerra, condenó á los pueblos, únicos soldados que podían triunfar en aquella cruzada, á oprobiosa esclavitud. Koerner fué el mártir de la libertad. Ulhand pidió mil veces, como soldado de la independencia, el derecho que en mal hora esperó de los tiranos. Los pueblos han llegado á la madurez de la experiencia. La revolución ha pasado de su período instintivo á su período reflexivo. El Austria no puede, como entonces, salvarse. La tiranía la mata, y la libertad la mata. Como el absolutismo de Nápoles, en vez de morir á manos de los pueblos peleando por el antiguo dogma político, muere por suicidio, para no tener ni el derecho de merecer la corona de ciprés que la historia decreta siempre á los poderes que caen dignamente abrazados á sus banderas, fieles á sus ideas hasta la muerte. El porvenir solo guarda maldiciones para todos los que han desconocido la libertad y la justicia.

EMILIO CASTELAR.

## VARIETADES ECONÓMICAS.

## III.

Dos ideas muy distintas, aunque estrechamente ligadas entre sí, despiertan en el entendimiento las palabras *Economía Política*. Por ellas entendemos una ciencia, clasificada por el saber moderno, entre las que se llaman políticas y morales, y la aplicación de las doctrinas de que esta ciencia se compone al régimen económico de los Estados. Como ciencia, ó bajo el punto de vista puramente teórico, La Economía Política se propone investigar la naturaleza de la riqueza y las leyes de su producción, de su distribución y de su consumo. Como método ó sistema práctico de gobierno económico, su objeto es hacer uso de los resultados de aquella investigación para asegurar la mayor ventura posible á las naciones y á los individuos, entendiéndose en este caso por *ventura* la abundancia de productos del trabajo, ó sea, de los bienes materiales necesarios al bienestar que nos es dado gozar en esta vida. La ciencia de que tratamos es, como todos saben, de reciente creación. Antes de los tiempos de su fundador, el escocés Adam Smith, se había escrito mucho, y en España quizás demasiado, sobre comercio, moneda, aranceles, cambios y contribuciones; pero todos los escritores que de estos puntos trataron eran verdaderos empiricos. Eran, con respecto á los verdaderos economistas, lo que son los herbolarios con respecto á los botánicos. La ciencia no existía, porque no existían los principios, ó, más bien, porque predominaba un falso principio, al que, sin saberlo ellos mismos, se sujetaban, no solo los escritores, sino los gobiernos y los pueblos mismos que debían á aquel error todos sus infortunios. Ahora nos parece increíble que la falsa definición de una palabra vulgar haya sido admitida como verdadera por todas las clases de la sociedad durante muchos siglos, y que de esta falsa definición hayan nacido guerras destructoras, odios implacables y calamidades sin cuento. El hecho es, sin embargo, y desgraciadamente cierto. La asociación de las dos ideas representadas por las voces *riqueza* y *dinero* (comprendiendo en esta última los metales preciosos) ha sido la gran falacia que ha funcionado á todas las naciones de Europa desde la caída del imperio romano hasta nuestros días. De ella tomó origen una serie de doctrinas que componen lo que los economistas modernos llaman *sistema mercantil*.

Debian ser consecuencias forzosas de estas doctrinas la necesidad de acumular el dinero en los límites de cada nación; la prohibición de su salida fuera de aquellos límites; la de estimular la exportación de los productos naturales y artificiales a los mercados extranjeros para que en ellos se cambiasen, no por otros productos, sino por dinero efectivo, ó por barras y tejidos de plata y oro, y de todo esto resultaba que el comercio, en lugar de ser un vínculo de union y fraternidad entre las familias humanas, y un manantial de gozes y comodidades comun á todas ellas, llegó á convertirse en una lucha perpétua, empeñada con el único objeto de adquirir cada nación mas dinero que las otras. Era forzoso que esta lucha se entablase y fuese permanente, atento á que ninguna nación podia enriquecerse sin empobrecer á las que con ella traficaban. Cuando Luis XIV, por ejemplo, prohibió la importación de las muselinas holandesas en Francia, tan lógico era, segun los principios del sistema mercantil, que aquel monarca quisiese estorbar la salida del dinero con que los franceses pagaban aquella mercadería, como que los holandeses se resintiesen del vacío que la prohibición dejaba en la circulacion metálica de su país. Una guerra larga y desastrosa para la Francia puso fin al conflicto.

Ha sucedido muchas veces que una opinion, universalmente recibida por una generacion dada, sin que á nadie se le ocurra dudar de su solidez, se presenta á los ojos de la generacion siguiente como un error tan palpable y tan absurdo, que llega á ser difícil entender cómo tamaña falsedad ha podido resistir á las lecciones diarias de la experiencia y á los simples dictados del sentido comun. Esto es justamente lo que ha sucedido con la idea de que riqueza y dinero son palabras sinónimas. En el día, no nos curamos de averiguar la cantidad de oro y plata que una nacion posee, sino la mayor ó menor masa de productos cambiables con que sus habitantes se alimentan, se visten y trafican. El viajero que llega á Marsella ó Liverpool, solo con ver dos ó tres mil navios anclados en cada uno de aquellos puertos, tiene lo suficiente para calificarlos de ricos, sin entrometerse en averiguar cuántos millones se encierran en las cajas de los especuladores y capitalistas. Por el contrario, cuando la nacion española era dueña de la mayor parte de la riqueza metálica del orbe, apenas llegaba su poblacion á seis ó siete millones de habitantes, y era tal la miseria pública, que apenas podemos dar ahora crédito á lo que sobre esto han escrito Martínez de la Mata, Guillon Barbon, Pellicer de Ossau, Sancho de Moncada y los demas publicistas de aquella época.

Mas no se crea que tan luminoso é irresistible desengaño haya producido todo el efecto que debería aguardarse de su propagacion y del convencimiento que en si lleva. Todavía hay naciones en que se legisla y se gobierna en el sentido del sistema mercantil; todavía existen en ellas barreras que se oponen á la extraccion del dinero y á la introduccion de los productos. No se palian estos desaciertos con el antiguo error de que el dinero es la única riqueza verdadera: sino que para justificar la permanencia de las restricciones, se ha inventado la expresion *intereses creados*, y, con el pretexto de favorecer estos intereses, los gobiernos han dejado subsistir el régimen que las nuevas doctrinas habian pulverizado, á lo menos en teoria. Por *intereses creados*, se entienden los establecimientos industriales fundados á la sombra de un principio falso, inmoral y ruinoso. El principio ha desaparecido; pero sus consecuencias existen. Si se considera que no hay abuso de poder, no hay desacuerdo administrativo ni error práctico en materia de legislacion, bajo cuyo influjo no se creen intereses mas ó menos importantes, se vendrá en conocimiento del alcance inmenso á que se extiende ó puede extenderse el respeto á los intereses creados. Las posadas establecidas en los pueblos situados en los caminos reales, merecen con tanta justicia el título de intereses creados, como las fábricas de tejidos y las fundiciones de metales. Si, por respeto á estos últimos, se prohibe la entrada de los productos que ellos fabrican, ¿por qué no se prohibe la construccion de los ferro-carriles por respeto á los intereses de los primeros?

Las naciones en que estas cosas suceden se hallan tan atrasadas en materias económicas, como lo estuvieron siglos enteros las que gimieron bajo el yugo del sistema mercantil. Esta monstruosa doctrina no pudo sostenerse sino á favor del inexplicable descuido con que los hombres se entregaron ciegamente á una viciosa asociacion de ideas, sin tomarse el trabajo de examinar en qué se fundaba esta asociacion, ni qué firmeza tenia el vínculo que las ligaba. Llegó por fin el día del desengaño. El espíritu de análisis y de critica, producto de la revolucion de ideas instaurada á mediados del siglo XVI, penetró en todas las ramificaciones del saber humano, y no podia substraerse á su jurisdiccion un asunto que se identificaba con los mas preciosos intereses de las familias humanas. Inmediatamente que descubrieron la verdadera significacion del dinero; inmediatamente que se dieron cuenta de sus caracteres esenciales y de la verdadera índole de las funciones que desempeña en los negocios humanos, se convencieron de que el dinero, como todos los productos cambiables, es una adquisicion apetecible, por causa de los usos á que puede destinarse, y que estos usos, en lugar de ser indefinidos, tienen un límite del cual no pueden pasar, sirviendo tan solamente para facilitar la distribucion de los productos, segun la conveniencia de los que han de adquirirlos. Y, en efecto, dos millones de fanegas de trigo no alimentan tantas personas como cuatro millones; pero cuatro millones de duros pueden poner en movimiento tantas mercancías como dos millones. La diferencia de los precios explica esta aparente anomalía. La misma cantidad de cochinilla, por ejemplo, que se paga en Guatemala ó en Canarias por cien duros, puede pagarse en Londres ó en Hamburgo por ciento y cincuenta, segun las circunstancias. Y esto nace de que el dinero, en si mismo, no satisface

ninguna necesidad, ni es mas que un medio de adquirir lo que nos es necesario, útil ó agradable. La diferencia entre una nacion que posee mucho dinero y otra que posea poco, no es tan grande como á primera vista parece. Cada nacion tiene el dinero que necesita. Si le falta la cantidad que le es necesaria, el comercio se la facilita, como sucede con el trigo en tiempos de mala cosecha.

Otra consideracion no menos importante se deduce de la verdadera y legitima definicion de la riqueza, á saber: que no todo lo que es riqueza para un individuo lo es tambien para la nacion de que forma parte. Sirva de ejemplo el caso de una finca hipotecada en cierta suma. Aquí se presentan dos aumentos de riqueza: el dueño de la finca adquiere la suma hipotecada, y aquel en cuyo favor se ha hecho la hipoteca percibe un interés por lo que se le debe. En esta ganancia de dos individuos, la nacion ni gana ni pierde, y por trivial que parezca esta proposicion, de ella se infiere una verdad práctica, cuyo desconocimiento ha causado y está causando grandes males en las sociedades modernas, á saber: que las jugadas de bolsa no aumentan en un centavo la riqueza pública. Es cierto que impulsan en cierto modo la circulacion, pero es una circulacion infructifera y bastarda, que consiste solamente en transferir una suma de un bolsillo á otro. No es este el verdadero y legitimo uso del dinero, ni es esta la circulacion que la Economia Política recomienda. El dinero empleado en estas operaciones, no es lo que en el lenguaje propio de la ciencia se llama *capital*. Esta es una de las muchas ocasiones en que el idioma técnico difiere esencialmente del vulgar.

Por aquella palabra entendemos todo lo que, en forma de dinero, ó en otra cualquiera, está destinado á la reproduccion, esto es, á dar alimento, impulso y estímulo al trabajo útil. Para familiarizarnos con esta idea, fijemos nuestra atencion en un capital empleado en cualquiera de los trabajos que componen la industria productiva de un país. Un fabricante, por ejemplo, tiene una parte de su capital en edificios, otra en utensilios y maquinaria; otra en las materias primeras que ha de transformar en géneros de consumo. Tiene además una cantidad de dinero, que destina al pago de los jornaleros que emplea, y una provision de géneros manufacturados, cuya venta constituye su ganancia. La parte de aquel dinero con que paga caballos, joyas y objetos de artes, y la parte de aquellos géneros que sirven á sus usos personales y á los de su familia, no son propiamente capital. Y no se crea que esta es una cuestion puramente de palabras, ya que sirve para desvanecer errores envejecidos y que no han dejado de contribuir á mantener en algunos pueblos una vanidad pueril y una ciega confianza en recursos ilusorios. Como en el lenguaje comun la idea de capital está siempre unida con las de prosperidad, abundancia, opulencia y ventura, ha sido preciso que la ciencia desbarate esta preocupacion y disipe las ilusiones que en ella se fundaban. Antes de la emancipacion de nuestras colonias del Sur de América, se acumulaban superabundantemente los productos de las minas y de las casas de moneda en manos de los ricos. A veces no bastaban las arcas y los armarios para contener aquellos tesoros, y en los escritorios y en los aposentos se apilaban las talegas y pasaban los años sin que se turbase su reposo. Uno de los últimos vireyes del Perú, indujo al consulado de Lima á establecer una especie de banco, en que se admitió dinero al dos por ciento anual, y fué tal la abundancia de fondos atraídos por aquel incentivo, que agoviado el banco bajo su peso, tuvo en pocos meses que cerrar la puerta á nuevas admisiones. Este estado de cosas constituye una situacion económica á todas luces perjudicial á los intereses públicos: tanto á los de la produccion como á los del consumo, y no menos al individuo que á la sociedad entera.

Estas doctrinas, y, por punto general, todas las de la Economia Política, vienen á parar en la demostracion de este grande y fecundo principio: que el trabajo es el único creador de la riqueza, principio que, además de estar perfectamente de acuerdo con la Etica religiosa y con la puramente humana, resuelve por si solo todas las cuestiones que, en la esfera de aquella ciencia, pueden presentarse. Cuando se trata de calificar una medida fiscal, un plan de hacienda, un arancel, una ordenanza administrativa, basta saber si propende á la amplitud ó á la restriccion del trabajo productivo para juzgar de su bondad ó de su malicia. Los síntomas exteriores de esta alternativa son altamente significativos á los ojos del espectador menos inteligente. Si al transitar por una region, se presentan á vista del viajero campos incultos, gentes desocupadas y andrajosas, casas medio arruinadas, mercados desprovistos, falta absoluta de comodidades y de todo lo que hace agradable y hermosa la vida, no busque otra causa á tan deplorable situacion que la restriccion impuesta al trabajo por medios directos ó indirectos. Porque, entre estos últimos, los hay tan incoherentes en apariencia con el trabajo que no se descubre á primera vista el influjo que en él puedan ejercer, y, sin embargo, este influjo es tan eficaz y maléfico como el de la prohibicion mas rigurosa. Sirvan de ejemplo las leyes sobre la usura. Claro es que, con limitar el interés del dinero, se paraliza el movimiento de muchos capitales, cuyos productos bastarian á cubrir un interés superior al que la ley señala, dejando al mismo tiempo al capitalista la utilidad que habia calculado. De este modo se condena á la inaccion un capital, que, empleado, por ejemplo, en abrir un pozo artesiano, podría multiplicar indefinidamente los frutos de un terreno, emplear muchos brazos y alimentar muchas familias.

Nada de lo que hemos dicho en este artículo es nuevo, original, ni recóndito: pero ¿qué importa que una doctrina sea antigua, conocida y trivial, si no tiene aplicacion práctica, y si no se traduce en hechos palpables? No deben, en este caso, los amigos del bien insistir en su propagacion, hasta que la opinion pública la entronice, y cedan á su autoridad las tinieblas de la ignorancia y las torcidas miras de los intereses privados?

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA.

## MONTES.

### Question internacional.

Fresca se hallaba aun la tinta de nuestro último artículo, publicado en LA AMÉRICA de 8 de octubre, en el que demostrábamos la urgente necesidad de presentar á los Cuerpos Colegisladores un proyecto de ley de montes, cuando el gobierno decretó la formacion de este proyecto, nombrando, al mismo tiempo y al efecto, una Comision especial. Ante esta actitud del gobierno, entendimos que nuestro primer deber era callar, mientras la comision nombrada no diera cima á su cometido, ó cuando mas, dirigir alguna escitacion energética en el triste caso de que, siguiendo aquella las huellas de otras mil comisiones instituidas con un objeto análogo al suyo, diera muestras de entregarse á una funesta inaccion que dejase mas comprometidos de lo que estaban á los caros intereses forestales, ante la caótica legislacion de montes vigente, y defraudara lastimosamente las esperanzas que, acerca del pronto término de la tarea en cuestion, hiciera concebir el preámbulo del real decreto al que la Comision debe su ser. Pero no ha llegado todavía el momento de volver sobre nuestros anteriores pasos; y, mientras esto sucede, vamos á someter al juicio del país, del gobierno y de la Comision encargada de elaborar el proyecto de la ley de montes, dos hechos de innegable trascendencia, acompañados de algunas consideraciones. La escena pasa en algunos montes de la frontera española, en los Pirineos navarros.

Imágen fidelísima de la ley física que impele á una capa de aire mas densa á ocupar los intersticios de otra que lo es menos, estableciendo esas corrientes que llamamos brisa ó huracán, segun su apacibilidad ó su violencia, es la que origina el primer hecho de los dos que nos van á ocupar en el presente artículo. Este hecho es la tendencia de la poblacion que habita en la frontera francesa á invadir el territorio español; hecho constante y palmario, causado, antes que por todo, por la gran diferencia de densidad que existe entre las dos poblaciones que sirven de vanguardia á las dos naciones á que respectivamente pertenecen.

Lo expuesto en el párrafo que antecede, manifiesta que miramos en esta gravísima cuestion, no con los ojos de un corazon agraviado, sino con la serenidad y elevacion propias de una mente imparcial; pero todavía diremos mas; y es, que ese movimiento de la poblacion fronteriza francesa, esa marejada incesante, que incesantemente azota y derriba los mojones internacionales que defienden la integridad del territorio español, es el condigno castigo de una iniquidad que España cometió con ese mismo pueblo que es para ella una amenaza permanente. Ese pueblo y el que actualmente se halla en frente de él por parte de nuestra monarquía, pertenecen á una misma raza; eran y son hermanos; hablaban y hablan el mismo idioma; (el vasconce;) cantaron juntos las glorias de Roncesvalles, y juntos despreciaron las rabiosas invectivas del vencido, proferidas por la crónica de Turpin. En una palabra, ese pueblo constituyó la sexta merindad de Navarra, hasta que en 1550 fué cobarde é indignamente abandonado por el segundo déspota extranjero que ciñó la corona de España, y que, aspirando á empuñar el cetro universal, tenia en poco, sin duda, las unidades parciales, siquiera fuesen estas originarias y estuviesen selladas con sangre generosa.—Esta negra accion de su admirable Carlos I, ha costado ya á España algunas leguas de terreno importantísimo y el pago de cuarenta y cinco comisiones destinadas á sancionar las intrusiones sucesivas del pueblo abandonado.

Para eterno bien de este, cuando mas atribulado se encontraba, ocupaba el sítio del Bearnese la bendecida dinastía de los Valois, la cual, acogiéndole en su seno, le hizo partícipe del impulso regenerador que supo imprimir á todo su pequeño estado. De aquí el progreso del pueblo abandonado; de aquí la gran diferencia de densidad que arriba hemos acusado. «Esas tierras, hoy tan risueñas, dice Aime-Martin, ese cultivo hoy tan pingüe que encontráis en todas las montañas del Bearnese; esas costumbres sencillas y francas; ese pueblo alegre, valiente y jovial; todo eso solo existe hace tres siglos.» En otro tiempo apenas habia allí mas que un pueblo tan salvaje, tan bárbaro como los habitantes de las rocas de Penmark; tan inculto, tan miserable como las colonias de las montañas de Ares; tan supersticioso como los ilotas de Paulauen, de Huelgout y de las comarcas contiguas. Y como todos estos desventurados, el Bearnese, no tenia otro alimento que el trigo negro que compartia con sus cerdos, cuando una hija de Francia, Margarita de Valois, se apiadó de tanta ignorancia y tanta miseria, y, nueva Ceres, concibió el proyecto de civilizar todo un pueblo por la agricultura y el bienestar. Hubieran sido insuficientes los meros consejos de la sabiduría, y ella interpuso los buenos ejemplos. Trajo con grandes gastos á los labradores de Berry, de la Saintonge y de la Sologne, y estos fueron los primeros maestros que quiso dar al país. Pronto se llenaron de trigales las llanuras, y se extendieron las viñas, los prados y los bosques hasta los límites respectivamente convenientes. Los bearneses quedaron asombrados á la vista de tantas riquezas en una tierra tan pobre. El ejemplo se propagó inmediatamente, y, por una especie de prodigio, la tierra y las costumbres depusieron al mismo tiempo su dureza, como si los hombres se trasformaran con la trasformacion del suelo, y todo un pueblo recobrase su nativa bondad con los dulcisos frutos de la inteligencia y del trabajo. Así es como la prudente Margarita supo preparar estas campiñas para los beneficios de la instruccion.

«Juana de Alfrete (su hija) prosiguió la empresa. En los sitios en que la madre habia hecho que se produjera trigo, abrió la hija escuelas gratuitas, llamando á ellas á todos los moradores de las ciudades y aldeas, á toda la poblacion. Yo quiero, decia, que la justicia y la verdad

sean con el trabajo el patrimonio de todos mis hijos; y lo que ella quería consiguió; y lo que ella quería, inspiró a su hijo, al generoso Enrique IV, que quiso mas adelante hacer para la Francia lo que su madre habia hecho para el Bearn.

Con qué profundo respeto se vé adoptado este pensamiento por Fenelon y presentado como el modelo ideal de la mas alta política! Inspirado por el deseo de hacer feliz á un pueblo, el poeta no inventa, recuerda; dá á Salento las leyes del Bearn; pinta lo que hoy mismo puede verse en esos campos en que Ceres se corona con espigas doradas; en que Baco, pisando las uvas, hace correr desde las cimas de las montañas, arroyos de vino mas dulces que el mismo néctar. De manera que, todo lo que Fenelon enseñaba al duque de Borgoña, todo lo que por nuestra ignorancia rechazamos como una mera utopia, todo se habia concebido y ejecutado por la hermana de Francisco I y la madre de Enrique IV. Las mejores páginas del Telémaco, han salido enteras de las instituciones del Bearn y de las economías de Sully.

Sepárense en buena hora de este elocuente trozo, las bellezas literarias que lo adornan, el esplendor poético que reviste á lo verdadero, para observar los hechos descarnados; y, todavía, verá al través de él, quien no haya visto el país que lo ha inspirado, no la magnífica utopia de Fenelon corporificada, pero sí una población floreciente, con la cual forma triste contraste su confinante hermana la española, que aun aguarda una Margarita de Valois.

El excedente de esa población, del cual una parte vá á morir bajo el ardiente sol de la América, mientras la otra avanza criminalmente hácia España, pudiera hacer en nuestra frontera el papel que los labradores de Berry hicieron en la opuesta, estableciéndose así, naturalmente, entre las dos poblaciones fronterizas el equilibrio tan necesario para la conservación perpétua de los confines actuales españoles; pero nuestros gobiernos no han pensado, ó, si han pensado, no han tratado positivamente de dar esta solución sencilla, á ese capital problema político, que la fuerza natural de las cosas lo está agitando oscuramente hace tres siglos, con gravísimo daño de España.

Hé aquí de qué manera se ventila este problema. La población francesa que habita la vertiente setentrional del Pirineo navarro, es, como ya hemos dicho, muy densa; fia su sustento al poder productivo de la tierra en que habita, y desde el momento en que la producción de esta no basta á cubrir sus necesidades se dilata, ora segregando de sí una parte que vá á verter su sudor al Nuevo mundo, ora extendiéndose hácia la frontera española, donde encuentra en abundancia terrenos incultos y punto menos que abandonados, por una población impotente para cultivarlos, tanto por su exigüidad como por la forma viciosa, (el aprovechamiento comun) en que funciona. Y sucede lo que no puede menos de suceder; que la población francesa dá un paso invasor.

Este paso lo dá hecha ó tea en mano: arrasa el arbolado: envía sus rebaños á pastar al terreno arrasado: la ceniza del fuego que calienta la frugal comida del pastor, señala el hogar de una choza que no tarda en levantarse: la azada quebranta por primera vez el césped que inmediatamente rodea á la choza y prepara un cuadro de verduras y legumbres destinadas *al día*: extiende aquella su acción á los terrenos contiguos, y á la siembra de las producciones destinadas *al día*, sucede la de las destinadas *al año*, al sustento formal de una familia que se contempla dueño legítimo de aquella tierra que roturó y regó con su sudor. Solo falta una cosa para completar la obra civilizadora del criminal peregrino; á saber, que la transitoria y débil choza se convierta en casa sólida; y esto no tarda en verificarse. Tal es la historia de los pueblos de Urepil, Amuzegui y Bancas, y de otras cien caserías francesas situadas en lo que antes era territorio español.

Mas temprano ó mas tarde los habitantes de la frontera española se aperceben de la usurpación: reclaman contra ella: sobrevienen altercados y reyertas entre las poblaciones de las opuestas fronteras, y los gobiernos, español y francés, alarmados con tal efervescencia, nombran comisionados plenipotenciarios que propongan el feliz desenlace de la contienda. Empieza el exámen de los hechos, y el gobierno francés, que hubiera energicamente condenado (¿quién lo duda?) al primitivo criminal, si la cortadad de vista de sus autoridades hubiese permitido observarle, defiende la obra de aquel al verla tan adelantada, por lo que, ó se rompen las negociaciones, cosa muy seria, ó se sanciona lo hecho, retrasando, táctica ó terminantemente, el límite del territorio español. Se decide lo segundo, y promúlgase el convenio internacional; más, como la ilustración, la buena fé y el patriotismo de nuestros comisionados no bastan para aumentar la población en la frontera española ni disminuir en la francesa, queda subsistente el origen del mal, esto es, quedan las viviendas avanzadas de los franceses sobre los nuevos confines y las de los españoles distantes de los mismos mas de doce kilómetros. Razon por la cual el suceso ó los sucesos, motivo del referido convenio, siguen inalterablemente su curso obedeciendo á la inexorable ley que se ha indicado.—Tal es la historia de todos los tratados de límites celebrados entre Francia y España.

Las deliberaciones que precedieron al último y reciente tratado (para no engolfarnos en lo pasado) sorprendieron á la población francesa derramada á la luz del día fuera de los confines, bien adelantados; por cierto, que, el que lleva el nombre de Caro y D'Ornano, la señaló en los Aldudes ó Quinto Real. Sin embargo, la evidencia de la intrusión y los laudables esfuerzos de nuestros comisionados plenipotenciarios se embotaron ante la razón suprema de la que se decían asistidos los franceses. «Reconocemos la usurpación, dijeron estos, pero el conservarla es una condición de existencia para aquellos de nuestros compatriotas descendientes de los que la comenzaron. Será España soberana en ese terreno; paga-

remos una renta por él; ninguna nueva roturación haremos, ni cortaremos un árbol que no sea para la reparación de bordas existentes ó para el consumo ordinario de la vida, y eso con arreglo á las leyes españolas; pero nos es absolutamente indispensable el goce *exclusivo y perpétuo* de todos los pastos y aguas de la vertiente setentrional española del Quinto, para cubrir necesidades vitales creadas á la sombra de eso que hemos reconocido solemnemente ser una usurpación.» Accedióse á ello; y ¿qué ha sucedido? Que á raíz todavía de la promulgación del tratado, han sido menester denunciar cortas hechas sin permiso de nadie, nuevas roturaciones, y, lo que es mas trascendental, un atentado contra la declarada soberanía de España.

El segundo hecho sobre el cual vamos á discurrir ahora, es el triste complemento del que acabamos de comentar. Queremos hablar de las *facierías*, ó sea del derecho de llevar los ganados de la frontera francesa á la española y vice versa. Esto, como se vé, no es mas que una forma del aprovechamiento comun, tan rudamente combatido por nosotros como incompatible con todas las nociones de propiedad y como el cáncer mas acerbo de los que corren la existencia de nuestros deteriorados montes. Aquí le tenemos, pues, cerniéndose sobre la controversia, acerca de los límites de dos Estados, sobre la discusión de lo tuyo y lo mio internacional. Ya le veremos adoptado, y obrando los mismos perniciosos efectos que cuando se interpone entre lo tuyo y lo mio individual, y abriendo además un boquete legal por el que se abalanza á la frontera española la población de la francesa, violentamente contenida dentro de sus límites cada vez mas extensos.

Algunos de estos males, sino todos, debieran ser reconocidos por nuestros celosos é ilustrados comisionados de límites, cuando dijeron é hicieron consignar en el tratado último, que las *facierías* eran funestas para la paz de los habitantes fronterizos. Pero, lo cierto es que, á vuelta de esta declaración, los franceses hicieron prevalecer su opinión á propósito de la conservación de ciertas *facierías*, entre las cuales es seguramente la que mas se presta á amargas consideraciones, la relativa al valle español de Aescoa y á las comunidades francesas de Cisa y San Juan de Pié del Puerto.

En los territorios de Cisa y San Juan de Pié del Puerto no hay un palmo de prado sobrante, y en el valle de Aescoa existen millones de palmos en tal estado; por consiguiente, los ganados de este valle ni pueden ni necesitan pasar el límite español para apacentar, y la *faciería* está en realidad reducida á consagrar en favor de las citadas comunidades francesas el derecho de introducir en cinco mil hectáreas de territorio español once mil sesenta y seis cabezas de ganado lanar, mil sesenta y dos de ganado vacuno y doscientas de caballar; todas las que hacen suya, exclusivamente suya, una gran zona de pastos españoles, que termina por el Norte con el límite internacional.

Así es como la *faciería* de que se trata, es un sarcasmo para la parte débil que en ella figura; una amenaza continua contra la integridad del territorio español; una dificultad insoluble y un semillero de crímenes y cuestiones. Es un sarcasmo para la parte débil, porque en cambio de las tres cuartas partes de los pastos que á esta pertenecen y se le arrebatan en virtud de la *faciería*, se le dá un derecho recíproco, cuyo ejercicio le es de todo punto imposible. Es una amenaza continua contra la integridad del territorio español, porque si amenaza es por sí sola la presión que la población de la frontera francesa ejerce sobre nuestros límites, se agranda evidentemente esta amenaza desde el momento en que aquella se introduce legalmente en nuestro territorio, posesionándose de hecho de una zona importante de este. Es una dificultad insoluble, porque dado el derecho de gozar los pastos naturales á los franceses, se niega implícitamente la facultad de adjudicarlos á colonizadores que mejor que nadie y nada sabrían tener á raya á esas intrusiones que tanto nos conduelen. Es un semillero de crímenes y cuestiones, porque siendo la producción herbácea incompatible con la arbórea en un mismo punto, y existiendo dentro de los términos españoles señalados á la *faciería*, grandes masas de arbolado, á cuyo goce no tienen los franceses ningún derecho, se hallan estos plenamente interesados en la tala y el incendio de aquellas masas de arbolado, bajo las cuales ni una sola yerba vegetal ni puede vegetar.

Hé aquí por qué hemos contemplado con dolor, pero sin la menor sorpresa, en el monte de Aescoa, en la primavera última, y cuando apenas habia transcurrido un mes desde que comenzara el movimiento del ganado hácia la cumbre del Pirineo, mojonos internacionales, arancados ó rotos y lanzados por la vertiente española; ganado francés introducido en sitios expresamente vedados; cortas fraudulentas y conatos de incendios: actos todos cometidos por los que pueden expiar desde el territorio español los pasos de la exigua guardería destinada á la custodia de aquel monte, y buscar guarida segura á la impunidad en las chozas establecidas sobre el mismo confin del vecino Imperio.

Antes de concluir con este punto ó segundo hecho, debemos descargar nuestra conciencia declarando que, de los males que para España resultan de la existencia de estas *facierías* y otras *compascuidades* sancionadas por el reciente tratado de límites, no creemos que sean responsables nuestros comisionados plenipotenciarios, cuyos conocimientos y activo patriotismo nos son conocidos, sino del gobierno ó de los gobiernos que han regateado miserablemente las facultades de aquellos. Estamos intimamente persuadidos que, los que reconocieron y consignaron en el tratado que las *facierías* eran funestas, hubiesen redimido de ellas á España si contaran con medios para tal empresa. Nuestros gobiernos se han mostrado sordos al clamor de esa gran necesidad, y, lo que es peor, ciegos ante la bochornosa lección que el gobierno francés les ha dado en este asunto. Mientras el gobierno es-

pañol ha mantenido cerradas herméticamente las arcas del Tesoro cuando se ha tratado de librar á la integridad del territorio nacional de una amenaza perdurable y de eximir á sus sucesores de la triste pensión de tener que tratar nuevamente perdiendo, el gobierno francés paga porque se ensanche y se eternice esa amenaza, confiado, seguro de que la renta que hoy satisface ha de ponerle mañana en posesión absoluta del terreno arrendado. Si, de las Tullerías sale la orden de pago de los ocho mil francos que le cuesta á la Francia el goce *perpétuo y exclusivo* de las yerbas y aguas de la vertiente setentrional española de los Aldudes, y de las Tullerías sale también la orden que manda pagar dos francos y medio anuales por cada vaca francesa que apacente en la vertiente meridional de los mismos Aldudes, y abreve en las fuentes del Arga, y envíe así su baya al pié de las murallas de Pamplona.

La constitución social de los habitantes de las dos fronteras, se dirá, acusa efectivamente un desequilibrio violento, cuyos efectos no pueden evitarse por completo en tanto que aquel no desaparezca; pero, dadas las cordiales relaciones existentes entre los gobiernos de las dos naciones interesadas, ¿no pueden atenuarse estos males? Pues ¿y las autoridades francesas que inmediatamente entienden de ellos? ¿y las españolas? ¿y la guardería destinada á la vigilancia de esos montes fronterizos?

Ya llegamos á un tercer hecho que vá á poner en claro lo que esas tres entidades son y el cómo obran en la cuestión que dilucidamos. En el subsiguiente número de LA AMÉRICA, lo referiremos y comentaremos, á menos que nuestras ocupaciones ordinarias no nos lo impidan.

A. B.

## REFORMA MUNICIPAL DE LA ISLA DE CUBA.

Memoria del Excmo. Sr. D. José de la Concha.

(Conclusion.)

Habrán, pues, duplicado estas poblaciones sus ingresos, siendo la causa principal en las tres últimas el aumento de sus fondos por el producto de lo impuesto sobre las fincas rústicas de aquellas importantes jurisdicciones, lo cual no sucede en la Habana, donde ese impuesto no rinde mas de 1,293 pfs., y el aumento de sus ingresos ha dependido de las causas que anteriormente he tenido ocasion de indicar.

Pero donde ese aumento viene á constituir casi la totalidad de los ingresos es en algunas poblaciones que antes apenas tenían recurso para las atenciones mas indispensables; y es en ellas tan notable lo que han obtenido con la reforma introducida en este ramo importante de la administración pública, que no puedo menos de expresar á continuación, y según resulta de los estados á que se refieren, lo que eran sus ingresos en 1854 y lo que han sido en 1858:

PUEBLOS.	RECAUDADO	
	en 1854.	en 1858.
Bahía-honda.....	2,907 » »	21,813 » »
Bayamo.....	4,347 » »	20,498 » »
Baracoa.....	2,294 » »	10,636 » »
Bejucal.....	3,789 » »	18,176 » »
Cárdenas.....	9,079 » »	168,915 » »
Caney.....	798 » »	1,200 » »
Cienfuegos.....	18,803 » »	91,124 » »
Cobre.....	1,358 » »	7,119 » »
Guanabacoa.....	13,469 » »	41,630 » »
Guanajay.....	3,116 » »	49,928 » »
Guantanamo.....	» » » »	23,146 » »
Guines.....	3,222 » »	73,454 » »
Holguín.....	8,795 » »	26,592 » »
Jaruco.....	5,008 » »	20,735 » »
Jiguani.....	3,877 » »	14,203 » »
Matanzas.....	95,542 » »	176,721 » »
Manzanillo.....	2,890 » »	22,496 » »
Nuevitas.....	5,922 » »	19,505 » »
Pinar del Rio.....	10,515 » »	89,450 » »
Remedios.....	8,130 » »	46,709 » »
Rosario.....	296 » »	15,744 » »
Sagua.....	7,611 » »	47,271 » »
San Antonio.....	4,707 » »	36,591 » »
San Cristóbal.....	3,670 » »	28,306 » »
Santiago.....	5,729 » »	18,170 » »
Santí Espiritus.....	15,795 » »	59,544 » »
Trinidad.....	21,997 » »	84,293 » »
Tunas.....	8,293 » »	21,023 » »
Villaclara.....	17,449 » »	66,335 » »

No me extenderé en reflexiones sobre el inevitable abandono en que habian de estar las necesidades públicas en poblaciones numerosas y de extensa jurisdicción, reducidas antes á tan mezquinos recursos. En contrario sentido, al verse los actuales productos de los impuestos establecidos, se comprende lo que han debido mejorar los pueblos, y lo que seguirán adelantando cuando algunos como Guines, desde la cantidad de 3,222, se han elevado á 73,454; Cárdenas, de 9,079, ha llegado á 168,915; Guanajay, de 3,116, á 49,928; Manzanillo, de 2,890 á 22,496, y los demas todos relativamente.

Mas para mejor comprender los beneficios ya obtenidos, conviene examinar, aunque lo mas ligeramente posible, los gastos municipales en los expresados años cincuenta y cuatro y cincuenta y ocho.

Preséntase por primera partida de estos el capítulo que tiene por epígrafe *Gobiernos Políticos*. Aunque la cantidad que representa sea insignificante, pues solo asciende en 1858 á 15,213 pfs., mientras que en 1854 no pasaba de 866 pfs., la irregularidad que se observa en el importe de esa atención, requiere alguna explicación de mi parte.

Esta cifra ó partida consiste en que, en la necesidad de organizar las secretarías de los gobiernos de la Isla

y tenencias, dispuse que algunos ayuntamientos contribuyeran con una parte de sus gastos en equivalencia á lo que antes abonaban á la contaduría general de Propios: mas en la propuesta elevada al gobierno de S. M. para la constitucion de aquellas secretarias, he propuesto que los mismos ayuntamientos cesen en aquel abono, y lo hagan todos al gobernador ó teniente gobernador en una cantidad proporcionada á sus gastos de representacion, bajo el aspecto ó en su calidad de presidentes de aquellas corporaciones.

No es extraño el aumento que se nota en los gastos de empleados y material de las oficinas de los ayuntamientos, que de 72,693 pfs. del año cincuenta y cuatro, suben á 198,450 pfs. en 1858, porque ni anteriormente existían organizadas como hoy esas dependencias, ni eran necesarias cuando no se conocian las rentas actuales y cuando eran tan reducidos los servicios á que atendian los municipios. Hoy existe como necesaria la organizacion, y se cubren muchas mas atenciones, originándose el consiguiente aumento de empleados y dependientes.

La policia de seguridad ha aumentado considerablemente su importancia. En 1854 costaba 67,112 pfs. que han subido en 1858 á 548,926 pfs. Se explica esta diferencia al observar que esta fuerza llega hoy á 794 hombres, cuyo número, aparte de su utilidad en el caso hoy remoto de necesitarlos el gobierno como fuerza armada, es necesario, por la índole especial de la Isla, y por el vasto territorio á que ha de atender, que aunque transitado de continuo por los habitantes que acuden á las atenciones y servicio de sus haciendas, presenta de una á otra poblacion muchas leguas despobladas. De aquí la necesidad de esa fuerza que da seguridad en los caminos y los campos, á mas del inmenso beneficio que con su institucion rinde á los habitantes, librándolos del antes vejatorio servicio de rondas, cordilleras, presos y conduccion de pliegos, cuya cesacion tuvo ya el honor de indicar antes, habia sido un gran bien dispensado á los pobladores y habitantes de los partidos rurales.

La instruccion y beneficencia públicas han tenido el impulso que se desprende de la siguiente comparacion:

	1854.	1858.	Diferencias para 1858.
Instruccion. . . . .	1,104	144,018	132,914
Beneficencia. . . . .	5,796	80,710	76,914

El aumento considerable que ha tenido la consignacion de estos dos ramos, ha permitido dar á la instruccion el desarrollo considerable que ha alcanzado, creando escuelas que antes no se conocian en los partidos rurales y aumentando el de las poblaciones, y dotar alumnos para la Escuela normal en esta Isla y para la de arquitectura en Madrid, al mismo tiempo que respecto á los establecimientos de Beneficencia se han cubierto sus necesidades con suficiente holgura por el momento. V. E. encontrará mas detalladamente cuanto sobre estos dos ramos se ha hecho, merced á la reforma y mejora de los presupuestos municipales, en las Memorias especiales sobre ellos que tengo el honor de pasar á sus manos.

No me detendré en otras atenciones que abrazan los presupuestos que vengo examinando, y que por su menor importancia no lo merecen, y me contraeré solo al interesante capítulo de obras públicas.

Figuraba este en las cuentas de 1854 en la cantidad de 75,771 pfs., mientras que en 1858 sube en los dos capítulos que abrazan este servicio á 507,064 pfs.: no es, pues, de extrañarse que con esta diferencia notable, que ha venido acumulándose con la favorable que ya se notaba en los años intermedios, haya recibido notable impulso todo lo que se refiere así á obras públicas de nueva construccion como á las atenciones de empedrado y reparacion de calles, construccion de puentes y caminos vecinales.

En esta capital han podido colocarse mas de cincuenta mil varas planas de adoquin; se han hecho en extension de 17,286 varas alcantarillas que tan indispensables son en esta ciudad por la falta de vertiente de sus calles; se han entretenido estas y colocádose sus aceras; se han mejorado los paseos en el mejor modo posible atendidas sus circunstancias; se han hecho grandes reparaciones y mejoras en los mercados y Rastro público; se ha reformado y adoquinado la plaza de San Francisco; se ha abierto una nueva calle que conduce al Muelle de Luz: mejoras todas costeadas por el Excelentísimo ayuntamiento con la mayor holgura, merced al estado satisfactorio de sus fondos que ha permitido por último emprender la obra mas interesante al vecindario de la Habana y de mas crecidas proporciones, que es el Canal de Isabel II que conduzca las aguas de los manantiales de Vento.

Mucho falta que hacer para que esta capital ofrezca en su comodidad y ornato lo que debe por su cultura y su riqueza; mas ya se encuentra en considerable mejora, y el celo de V. E. sabrá de seguro llevar todos los servicios públicos en via de adelanto y perfeccion.

Más notable, si cabe, son las ventajas conseguidas en algunas poblaciones de la Isla. En Santiago de Cuba, por ejemplo, el incansable celo del Excmo. señor brigadier D. Carlos de Vargas, gobernador del departamento oriental, y á la vez gobernador político de la ciudad, ha sabido utilizar en tal grado los beneficios del nuevo sistema municipal, que en el transcurso de cuatro años ha logrado dar nuevo aspecto á una ciudad que, á la falta anterior de recursos, reunió los desastres causados por los temblores de tierra del veinte de agosto y veintiseis de noviembre del año cincuenta y dos. Ha conseguido aquel jefe transformar por completo la ciudad y darle un aspecto agradable, que hace olvidar el triste que ofrecian las resultas de aquella calamidad. Mejoras en las principales calles, colocacion de aceras, formacion y adornos de plazas nuevas, construccion de un hospital, de un mercado que no existia, ereccion de fuentes, apertura de un nuevo cementerio, mejoras en la Casa é Instituto de

Beneficencia, instalacion de un nuevo hospital Militar, todo esto ha realizado aquel jefe, cuya incansable actividad en el cumplimiento de sus funciones me complazco en reconocer.

Matanzas, cuyo gobernador el Excmo. señor brigadier D. Pedro Estéban, ha sabido tambien utilizar el celo que siempre distinguió á su ayuntamiento, presenta mejoras en todos los ramos; Güines, Cárdenas, Cienfuegos y todas las poblaciones en general sienten ya los beneficios del nuevo sistema municipal; los tenientes gobernadores han comprendido que al perder por las disposiciones novisimas y por la real cédula de 30 de enero de 1855 las atribuciones judiciales de que antes estaban investidos, quedaron y se encuentran mas espeditos para ejercitar las que les son peculiares en la administracion del pais, en la presidencia de los ayuntamientos y en la buena direccion de los intereses locales de que depende su personal prestigio: todos ellos se esfuerzan y procuran corresponder al noble encargo que les está conferido, encontrando la mas eficaz cooperacion en los ayuntamientos cuya exactitud y buena gestion los recomienda ante el gobierno.

Así es como contando ya con recursos suficientes en todas las poblaciones se mejora el estado de sus calles antes completamente abandonadas, se construyen casas Consistoriales que no existian ó que el tiempo habia destruido, se proyectan ó se terminan acueductos, se erigen cárceles que faltaban en la mayor parte de los pueblos y de que hace muy poco tiempo carecia la ciudad de Puerto-Príncipe, á pesar de haber sido residencia de la única Audiencia de la Isla. Así es en fin, como va atendiéndose á las necesidades, antes abandonadas, de cementerios, cárceles, hospitales, mataderos y Rastros y tantas otras peculiares de los municipios, que han salido de la posturacion y olvido en que se tenian como comprueban las relaciones recibidas de los gobernadores y tenientes gobernadores, satisfaciendo á la órden circular de 15 de agosto, en que el gobierno pidió noticias para saber lo que se habia adelantado en la gestion municipal despues de establecido el sistema de tributos y presupuestos.

Por ellas verá V. E. que han bastado tres años del nuevo sistema para que se hayan construido siete nuevas cárceles tan importantes algunas como las de Puerto-Príncipe, Pinar del Río y Güines, y están en construccion otras cuatro en Cienfuegos, Yaruco, Sagua y San Antonio, y aprobados los presupuestos de construccion de otras catorce, para cuyo costo tienen los ayuntamientos suficientes fondos en sus presupuestos.

Suben á doce las casas Consistoriales, á ocho las casas de Escuelas, á seis los Hospitales, á diez los mercados públicos, á trece los Mataderos ó Rastros, á seis los Cementerios y á ocho las plazas de recreo que se han construido ó están en via de ejecucion. En ciudades tan importantes como Matanzas, Cienfuegos y Trinidad, se estudian los proyectos para conducir las aguas; una poblacion tan reducida como Güines ha construido ya su acueducto y colocado fuentes públicas y Guanajay se prepara para verificarlo; y en muy poco tiempo han visto alumbrado con gas sus calles poblaciones que solo tenían el comun de aceite ó carecian de alumbrado público. Matanzas, Cuba, Trinidad, Cienfuegos, la villa y Puerto de Cárdenas y Villaclara, poseen ya este adelanto en su alumbrado; y tambien se prepara igual beneficio para Guanabacoa, Guanajay, Puerto-Príncipe, Güines, San Antonio de los Baños y Pinar del Río.

Era necesario, sin embargo, asegurar la constante y buena distribucion de los fondos municipales y que de ello tuvieran completa satisfaccion los que contribuian para sobrellevar sus cargas. Creo que ambos resultados se han obtenido por completo con la publicacion de las cuentas de presupuesto que por su importancia merecen ser examinadas, pudiendo verificarse este examen por lo que hace á las de 1858. Séame permitido hacer observar ante todo que ninguna prueba mayor puede darse de la claridad, precision y sencillez de la instruccion para la administracion de fondos Municipales y para la dacion de cuentas anuales, como el ver que una cuenta tan importante, cual la del ayuntamiento de la Habana, se haya podido presentar el dia primero de enero de este año por lo que hace al ejercicio del presupuesto del anterior, dando la comparacion en todos los capítulos y artículos con lo presupuestado para ingresos y gastos, y con todas las aclaraciones que pueden ser necesarias para formar entero juicio sobre su exactitud y sobre las resultas del ejercicio del año mismo. Y no solo fueron las cuentas de la Habana las presentadas con tan escrupulosa exactitud de tiempo, sino que con la misma se recibieron las de varios ayuntamientos, y todos ellos las pasaron al Gobierno superior antes de la época fijada en la instruccion. Todas estas cuentas fueron publicadas como suplemento á la *Gaceta* oficial, y la extension que contra mi deseo ha tomado esta Memoria me obliga á reducir mis observaciones sobre ellas á dos puntos importantes. Es el primero la facilidad con que se ha verificado la cobranza de los nuevos impuestos Municipales, sin que haya sido necesario acudir á apremios ni medidas coercitivas de ningun género. Resulta de las cuentas publicadas el siguiente resumen entre lo presupuestado y recaudado por aquellos impuestos:

	Presupuestado.	Recaudado.
Por solares yermos. . .	5,951-73 1/2	3,468-70 1/2
Por fincas urbanas. . .	439,981-70 1/2	464,204 4 1/4
Por fincas rústicas. . .	545,525-35 1/2	533,995-93 1/8
Por industria y comercio. . . . .	411,575 4 1/2	426,651 »
	<u>1,403,036-84</u>	<u>1,428,319-67 7/8</u>

Segun se desprende del resumen anterior, se recaudaron veinticuatro mil doscientos diez y nueve pesos, treinta y tres cuartos de centavos, de mas de lo presupues-

tado sobre fincas urbanas, y quince mil setenta y cinco pesos, noventa y cinco y medio centavos tambien de más sobre la industria y comercio, dependiendo, lo primero, del aumento de los padrones á consecuencia de nuevas rectificaciones, y lo segundo, del desarrollo constante del comercio é industria en la Isla y aumento consiguiente de contribuyentes. En el impuesto de fincas rústicas se recaudaron de menos 11,629 pfs., cuya mayor parte se hizo efectiva en los primeros meses de este año, y correspondia solo á determinadas jurisdicciones en que por circunstancias especiales se retardó algun tanto la recaudacion del impuesto. Pero nada prueba tanto la regularidad con que este se ha establecido, que el observar en las cuentas presentadas la casi exactitud de las cifras entre lo presupuestado y lo cobrado. Véase en prueba de ello el siguiente ejemplo:

Pueblos.	Presupuestado.	Cobrado.
Baracoa. . . . .	2,200	2,308
Bejucal. . . . .	5,988	5,537
Cobre. . . . .	500	500
Guanajay. . . . .	32,429	32,430
Güines. . . . .	40,623	40,446
Trinidad. . . . .	15,885	15,900

Estos ejemplos prueban cuanto sobre exactitud y regulacion de los impuestos he tenido el honor de exponer á V. E. y creo satisfarán á los mas exigentes.

La segunda observacion que sobre el resultado de aquellas cuentas me proponia hacer á V. E. es que se han cubierto en totalidad los gastos correspondientes al ejercicio del presupuesto y ha quedado á fin de 1858 la considerable existencia de 587,890 pfs., no siendo menos lisonjera la situacion de fondos en la actualidad, pues segun los datos recibidos en el último trimestre habia efectivos 451,018 pfs. despues de cubiertas las obligaciones.

Tal es el estado actual de las municipalidades, y el resultado de las variaciones y reformas introducidas en el sistema de sus rentas y de su administracion. Mucho se logró en el remedio de las necesidades que recomendó S. M. la Reina en su Real decreto de 3 de setiembre de 1856, mas por ahora los beneficios del nuevo sistema no han llegado de lleno como llegarán en breve al interior de los campos, porque las cabeceras de jurisdiccion han empleado los recursos en cubrir sus apremiantes atenciones que habian estado en olvido. Los ingresos se han empleado, y no podia ser otra cosa, en la construccion de cárceles, en el mejoramiento de calles, en la ereccion de casas Capitulares, en alumbrado donde no lo habia; y los partidos rurales aunque beneficiados ya con la creacion de escuelas que no tenian y con la de la Guardia Rural que los libra de anteriores vejatorios servicios y les asegura sus propiedades en lo posible, no han podido experimentar por completo los bienes que en la reforma hecha se les preparan. Cuando las cabeceras de jurisdiccion hayan remediado lo que les era tan urgente y de interés general de las mismas, entonces podrán los fondos municipales ser empleados en la construccion de puentes, en la de caminos vecinales, en el mejoramiento de las poblaciones del campo, en todo lo que debe abrazar la accion benéfica de la administracion; y tanto mas, cuanto que ya V. E. encontrará la cooperacion de los nuevos ayuntamientos que van á organizarse segun la nueva ley de veinte y siete de julio último, y cuya creacion en algunos puntos de la Isla que no los tienen, viene ya prevista por S. M., y está preparada en los expedientes instruidos en la secretaria del gobierno superior del digno cargo de V. E.

V. E. en su ilustracion sabrá mejorar todo lo hecho de manera que conduzca á los pueblos de la Isla á la perfeccion posible en su sistema municipal y al bienestar consiguiente que del mando recto y acertado de V. E. deben prometerse.

JOSÉ DE LA CONCHA.

REFORMA DE LA CONSTITUCION ARGENTINA

y actitud que por ella acaba de tomar Buenos Aires respecto á la nacion Argentina.

La Confederacion Argentina acaba de reformar su Constitucion nacional.

Tal cambio no ha sido, como de ordinario, en las Repúblicas de Sud-América, el resultado de la veleidat ó de vanas aspiraciones de partido; ha sido la condicion costosa del regreso al seno de la nacion de una importante provincia que hacia ocho años estaba separada de hecho.

Hé aquí la actitud que hoy tiene Buenos Aires respecto de la nacion Argentina, en virtud de la Constitucion general que esa provincia acaba de aceptar y jurar.

Buenos Aires ha dejado el nombre y la actitud de *Estado*, que habia tomado de hecho por su revolucion de 11 de setiembre de 1852.—Como simple *provincia*, hoy forma parte integrante de la *República ó nacion Argentina*.—El gobernador de Buenos Aires es hoy día un agente del presidente de la República Argentina, para hacer cumplir en la provincia de su mando la Constitucion y las leyes de la nacion. (Art. 110 de la Constitucion.)

Ya la provincia de Buenos Aires no puede ejercer el poder delegado á la nacion.—«No puede hacer tratados de carácter político, ni expedir leyes sobre comercio ó navegacion interior ó exterior, ni establecer aduanas provinciales, ni acuñar moneda, ni fundar bancos con la facultad de emitir billetes sin autorizacion del Congreso federal, ni dictar especialmente leyes sobre ciudadanía y naturalizacion, bancarotas, falsificacion de moneda ó documentos del Estado, ni establecer derechos de tonelaje, ni armar buques de guerra ó levantar ejércitos, ni nombrar ó recibir agentes extranjeros, ni admitir nuevas órdenes religiosas.»

Tales son las palabras casi textuales del art. 108 de la Constitucion Argentina reformada, que Buenos Aires acaba de aceptar y jurar como *ley suprema de la nacion* en que se ha reincorporado, y á la cual están obligadas á conformarse las autoridades de esta provincia, no obstante cualquiera disposicion en contrario que contengan sus leyes ó sus Constituciones locales. (Art. 31 de la Constitucion.)

El principio de libertad fluvial que Buenos Aires había heredado hasta aquí por medio de una simple ley, ha sido admitido por esta provincia, como uno de los principios del derecho público argentino. (Art. 26 de la Constitución.)

En consecuencia, ha admitido también Buenos Aires los tratados de libertad fluvial, celebrados en julio de 1853 (contra los que había protestado) y los cuales son hoy día ley suprema de la nación aun en la misma Buenos Aires. (Art. 31 de la Constitución.)

En cuanto á la resistencia de esta provincia á reconocer el tratado de la República con España, no teniendo sentido práctico, quedará en nada, como su protesta contra los tratados fluviales.

El tratado con España consagra de derecho la independencia nacional respecto de todo poder extranjero.—¿Buenos Aires resistiría al principio de su independencia nacional? ¿Preferiría quedar como colonia de España de derecho?

Buenos Aires no puede resistir este tratado por la razón de que él consagra la nacionalidad extranjera de la familia del extranjero, pues en ello el tratado es la confirmación de una ley nacional, que Buenos Aires ha aceptado como ley suprema dentro de su suelo. (Art. 31 de la Constitución.) Además, Buenos Aires ha renunciado á legislar sobre ciudadanía y naturalización (art. 108), lo cual es del resorte exclusivo del Congreso nacional, que ha aprobado el tratado con España.

Este tratado es eminentemente patriota y nacional, porque consagra y garantiza la integridad del territorio argentino. Si Buenos Aires está por la unión, ¿por qué resiste una ley de unificación?

P. ARGUELLES.

## ESTUDIOS LITERARIOS.

### Arte Dramático.

#### III. (1)

Dos nuevas escuelas han producido la literatura dramática en el presente siglo, la escuela romántica y la realista; la primera no es más que la exageración del idealismo y la segunda la exageración del clasicismo. Se ha dicho repetidas veces por literatos eminentes que la escuela romántica fué producto de la revolución francesa. Para convencerse de lo falso de esta opinión, basta con recordar cuál era el estado de la literatura dramática en Europa antes de que la cabeza de Luis XVI salpicase de sangre las gradas del patíbulo. Diderot era el único autor dramático que detenía con su talento el torrente de farsas groseras que amenazaban destruir el buen gusto en literatura; las obras de los clásicos antiguos despertaban de vez en cuando el amor al arte en el corazón de un pueblo que respetaba las obras maestras de Moliere de Corneille y de Racine. Diderot, comprendiendo la sagrada misión de la literatura dramática, creó la comedia filosófica, iniciada por el autor de *Tartuffe*, el *Avaro* y el *Misántropo*. La comedia filosófica, que tuvo su origen en el *Cocalos* de Aristófanes, que fué continuada por Plauto y por Terencio, mas tarde por Angel Beolco (Ruzante), después por Alarcon y últimamente por Moliere, vino á perfeccionarse en el fondo por Diderot, que realizó en cuanto sus fuerzas se lo permitieron, la noble idea de moralizar deleitando. Ahora, pues, solo nos falta probar que no á la Francia, si no á la Alemania, cabe la gloria de haber creado el drama romántico, forma teatral que adoptó el arte en la India, cuando en Grecia apenas se encontraba la literatura trágica en embrión, la comedia en la infancia y ambas en lo restante del mundo en el caos: Lessing, á quien la lectura de Shakspeare había hecho conocer los vicios de las tragedias clásicas de Corneille y de Racine y el estudio de Diderot un nuevo género de drama que nadie se había atrevido á introducir en Alemania, Lessing, caldeada su fantasía con las grandiosas creaciones del autor de Hamlet y guiado por la verdad filosófica de los ensayos de Diderot, escribió *Miss Sara Sampson*, *Emilia Galotti*, *Minna de Barnhelm* y *Nathan el sabio*. Desde este momento puede decirse que partió la revolución que en la literatura dramática vino á causar la forma nueva con que Lessing presentaba á la multitud pensamientos, caracteres, estilo y acciones tomadas á la ventura de los trágicos griegos, romanos y franceses, de Ruzante y de Shakspeare, de Lope y de Calderon, de Diderot y hasta del mismo Voltaire á quien anatematiza repetidas veces en su dramática y en los periódicos que por aquel tiempo se publicaban en Hamburgo. Basta para comprender la índole de su teatro, estudiar los caracteres, analizar su acción y meditar breve espacio después de leer cualquiera de los pensamientos con que salpica sus diálogos; ¿el carácter de Emilia Galotti no es una copia del de Virginia? (2) ¿Qué mas es el de Odoar que la sombra de Virginia? ¿No recuerda el de Marinelli, al Yago del Otello de Shakspeare? ¿Y en la forma del drama y en la manera de conducir la acción y preparar y llevar á cabo la catástrofe, no se recuerda á cada momento á Shakspeare y á Diderot? ¿Es el estilo por ventura original de Lessing? La parte dramática es una imitación, nada mas que imitación del estilo de Diderot; la parte trágica también imitación y á veces copia del estilo que usaba el autor de *La Tempestad* y del *Rey Lear*.

He aquí probado cómo la amalgama de dos escuelas opuestas; hé aquí cómo la exageración de ambas vino á producir en manos de Lessing el romanticismo que mas tarde había de cubrir de gloria á Gothe y particularmente á Schiller; el romanticismo, que pasada la revolución francesa, trasladándose del ducado de Weimar á París, encontró dignos mantenedores en Victor Hugo y en Dumas. Y si hay alguno que dude de mis palabras, que solamente será quien no conozca los teatros de Shakspeare y de Diderot, lea primero las obras de ambos autores, después las de Lessing, Gothe y especialmente á Schiller, (porque Gothe, escéptico en literatura, rindió culto al arte en todas las formas conocidas sin seguir escuela ni crear escuela), estudie, por último, las obras de Victor Hugo y de Dumas, medite sobre ellas, compárelas todas con los dramas de Shakspeare y de Diderot y comprenderá que el romanticismo no fué otra cosa que la exageración de la forma ideal en que encerró sus creaciones sublimes el gran poeta inglés y la exageración del fondo verdadero de los ensayos filosóficos de Diderot.

Pintar á los hombres tales como debían ser, ha sido siempre el objeto de la escuela ideal; retratar á los hombres, el de la escuela clásica; crear monstruos de belleza ó de iniquidad, el de la escuela romántica; manchar con un vicio las virtudes del hombre honrado y colocar una virtud en el cieno en que se revuelca el hombre de malos instintos ó la mujer prostituida, el de la nueva escuela realista, en cuya bandera han escrito la duda y el escepticismo las siguientes palabras «ningun ser humano es perfecto en la tierra; no existe un malo

completamente malo, ni un bueno completamente bueno;» frases debidas al genio de Mr. de Balzac, creador de esa escuela, hija legítima de Diderot y exagerada por la turba de imitadores del autor del *Lirio en el Valle*, *La piel de Zupa* y el *Tio Goriot*. Resultado de esta nueva revolución literaria ha sido, no el que los autores copien sus caracteres de la naturaleza, no el que al retratar, por ejemplo, á un egoísta, analicen los perversos instintos que guarda en el lodo en que palpita su corazón para que la multitud se horrorice de ver los crueles tormentos que lentamente sufre y que lentamente le arrebatan la vida; en lo que la nueva escuela realista se complace, es en presentar á los malos por su lado bello, en hacerlos simpáticos al público que solamente ve en el personaje defectos en vez de vicios, y faltas en vez de crímenes. La nueva escuela realista no saca los malos á la vergüenza como Moliere al *Avaro* y al *Hipócrata*, y Alarcon al *Embustero* para que la multitud los mire con asco y los condene á la burla y al desprecio. La nueva escuela realista saca á la escena á la prostituta vestida, no con el sayal de la Magdalena, sino envuelta en terciopelo y armiño y con la frente coronada de perlas y brillantes; y para redimirlo no se vale del amor, sino de la pasión, del instinto; más claro, de la lujuria, de una lujuria especial, de la lujuria que no se vende por oro, sino á precio del honor, de la virtud, de un ramo de camelias y de una caja de bombones. Si queréis una prueba de la triste verdad que encierran las palabras que acabo de escribir, recordad la historia de todas esas heroínas que desde el lupanar pasan al cielo por entre las bambalinas de los teatros de París. Nació joven y hermosa, elegante, digna de ser duquesa; para librarse de la miseria comercia con su cuerpo, íbamos á decir con su alma, pero la escuela realista prueba hasta la saciedad que el alma no se envilece en ese mercado de caricias en que el corazón permanece puro, aunque circule por las venas que lo sostienen el mas horrible de los virus, en que el corazón, como la tabla en el naufragio, se mantiene, si no á flor de agua, á flor de vicio; en que el corazón guarda, como en un sagrario, la simiente del amor puro que dá ópimos frutos cuando la mujer tropieza con un joven espiritual, de ojos rasgados y blondos cabellos que, con el alambre eléctrico de la simpatía, dá un golpe en el pericardio de aquella virgen de alma, de donde brota el pudor y la virtud, como brotó un día el agua de las arenas del desierto al contacto de la vara de Moisés. Desde aquel día la prostituta siente asco al acariciar canas, al abrazar esqueletos y al besar bocas desvencijadas; desde ese momento llora y se ruboriza porque ama; pero la sociedad es tan picaresca y tiene tales exigencias, que la pobre mujer, no pudiendo borrar su pasado para entregarse en cuerpo y alma á su amante de corazón, rompe los lazos del amor que la purificaba, continúa vendiendo lo poco que le queda de su cuerpo, porque á fuerza de llorar y de no dormir y de bailar y de emborracharse, (por supuesto para distraerse de la pesadumbre que le causa el no ser amante única de su redentor que á cada momento la insulta aunque la adora,) á fuerza de cometer todo género de excesos, se vuelve tísica y se muere y la entierran; y entonces el amante, en vez de clavar una cruz en su sepultura, planta camelias y... aquí entra la moral de la nueva escuela realista, que se reduce á demostrar que el amor no se vende y que la virtud es cuestión de temperamento y de posición social, que las mujeres pobres y hermosas no pueden unirse á hombres pobres honrados, y ser buenas esposas y buenas madres de familia, porque las mujeres hermosas han nacido para ser plato de ricos, como el salmón y la lamprea; pero como la Biblia nos refiere que la Magdalena se arrepintió de sus vicios y ganó el cielo, la escuela realista, por no ser menos que el Redentor, concede algo mas que el perdón de sus faltas á la pecadora, porque se atreve á ceñir la frente del cadáver de la prostituta con la corona de las vírgenes, y pone en sus manos la palma del martirio. ¿Dónde han aprendido moral tan elástica los creadores de ese género mal llamado filosófico, los creadores de ese género que levanta altares en la escena á la lujuria y al cinismo? ¿En la sagrada Escritura? Mentira! ¡mil veces mentira! ¿Fué por ventura el amor terrenal el que purificó el alma de Maria Magdalena? ¿Mentira! el amor que devolvió á su alma la virtud, fué el amor divino; él despertó en su pecho el arrepentimiento, y la penitencia al abrirle las puertas del sepulcro, le abrió á la vez las puertas del cielo. La moral predicada por Jesucristo en Galilea hizo brotar en el corazón de aquella mujer envilecida los sentimientos que desde niña guardaba embotados en el fondo de su alma, el amor de Dios y no el del hombre fué el que abrió su pecho nuevamente á la virtud. Los que hoy se valen de la Escritura para coronar de violetas á la mujer pervertida, deben decir con franqueza: copiamos á MANON LESCAUT, y no á la Magdalena de la Biblia!

Otro nuevo género de literatura, al que no sabemos qué nombre darle, y que es hijo legítimo de Mr. Scribe, ha invadido todos los teatros de Europa en el presente siglo, género que no se sirve del arte para nada, si no de la mecánica; en donde entran como recursos casualidades, equívocas, apariencias; género que ni se eleva á lo ideal, ni convence con la verdad; género, que ni arrebató la fantasía ni conmueve el corazón, ni electriza el alma; género que divierte pero no enseña; género en fin, que no fascina sino que aturde, especie de carne cruda con mostaza, ó bebida alcohólica que mareá y saca de quicio al público y le obliga á aplaudir sin saber por qué aplaude; género que si Dios no lo remedia vendrá á convertir el arte dramático en maquinaria y al autor en jornalero; género para el cual no se necesita saber el idioma en que se escribe, ni conocer el corazón humano, ni tener estilo, ni retratar caracteres, ni hacer que la acción nazca del choque de estos y del de las pasiones; género que, no llega nunca al drama ni á la comedia, en donde no entra para nada ni el plan filosófico, ni el pensamiento que debe desprenderse del plan y de las pasiones puestas en juego; con tal de que haya acción y mucha (y entiéndase por acción embrollo) con tal de que haya eso que han dado en llamar movimiento y que mas que movimiento es agitación, perlesía dramática ó mal de San Vito, con tal de que haya situaciones que mas que situaciones son cuadros vivos, muchas entradas y salidas, que la obra despierte en el público en vez de interés desasosiego, que el malo sea castigado al final y que el principal personaje arroje un sermón á los oyentes sobre la moral que, como el aceite, sobrenada en la superficie de la obra, queda complacida en España la crítica y el público; esto es, el vulgo de que hablaba Lope de Vega y que mas tarde retrató de mano maestra D. Leandro Fernandez de Moratin en su *Comedia nueva ó el Café*. Poco importa que la obra esté escrita en bárbaro, que haya caricaturas en vez de caracteres; poco importa que no reúna ninguna de las condiciones que deben adornar á toda obra dramática, con tal de que se sucedan las peripecias con tanta rapidez como las vistas en una linterna mágica; con tal de que sea moral, esto es, que se pronuncie muchas veces esta palabra junta con la de virtud, el drama será bueno aunque lo rechace el buen gusto y el juicio. Verdad es que en España suele suceder que lo mismo entiende de arte dramático el público, que el autor y que los cri-

ticos. Pero como la ignorancia es atrevida y el público no vá al teatro mas que á divertirse, y la envidia y la impotencia están siempre dispuestas á enaltecer lo malo y á oscurecer las glorias de los que ostentan en su escudo la noble divisa de *Por el arte y para el arte*, resulta que en España para ser autor basta con poseer un poco de instinto dramático, mejor dicho, conocer la mecánica teatral; en vez de guiar al público, dejarse arrastrar por él, tender la garra á esa porción de engendros monstruosos que se representan diariamente en los teatros de los boulevards de París, coger un poco de este y otro poco del otro, zurcir los remiendos con una versificación bárbara llena de flores y pájaros, arroyos y nubes tan lejos de ser castellana como de ser poesía y ofrecérsela al público que poco á poco, si Dios no lo remedia, irá perdiendo lo que le resta de sentido común.

Desde que la literatura española perdió su originalidad, rápidamente vino á convertirse en teatro de imitación; la tragedia clásica, el drama romántico; el drama histórico y el melodrama francés, desarrollado por nuestros autores, siempre en poesía mas lírica que dramática, reemplazaron á la antigua comedia española; en todos los géneros han probado sus fuerzas poetas de lozana imaginación que, ganosos de verse coronados en el teatro, abandonaban la lírica española por rendir culto á las diversas formas con que ha engalanado el arte en el espacio de un siglo la dramática francesa. D. Leandro Fernandez de Moratin, á quien la lectura de los clásicos griegos y latinos, el estudio de la literatura dramática italiana á cuyo frente se encontraba por aquella época el veneciano Goldoni, y finalmente, las obras de Moliere, sirvieron para robustecer su ingenio y formar su gusto, creó la comedia clásica de costumbres españolas que hasta el día desgraciadamente no ha encontrado imitadores. *El Si de las Niñas* es el modelo mas acabado que dejó al teatro español que poco después de su muerte abrió sus puertas á la escuela romántica y á las de Scribe y Bouchardy.

Comedia clásica llama Moratin al *Si de las Niñas* únicamente porque la encerró en las tres unidades aristotélicas, pero basta estudiar á fondo la obra, basta con estudiar los caracteres, analizar su acción nacida de la lucha de estos y del choque de las pasiones; basta, por último, examinar los recursos con que el autor prepara el enredo de su comedia y lleva á cabo el desenlace, para conocer que en su comedia se encuentran unidos, mezclados y confundidos el género ideal y el clásico, la fantasía y la realidad, lo grande y lo verdadero, en una palabra, su comedia revela á cada palabra el estudio profundo que hizo el autor de lo bello y lo sublime que encierran las obras de los autores griegos y latinos de Shakspeare, de Moliere y de Diderot. En la manera de trazar los caracteres se adivina los modelos que ha imitado y aunque Moratin critica áspera y amargamente al autor de *Romeo y Julieta* al estudio profundo que hizo de las obras del gran dramático debe el autor del *Si de las Niñas* la maestría en caracterizar. ¿Por ventura el carácter de Doña Irene no es una imitación de la nodriza de Julieta? Una imitación, es cierto, que vale tanto como el original, porque Moratin sintiéndose artista, en vez de imitar, creaba; de tal manera Shakspeare, estudiando en Esquilo el carácter de la nodriza de Orestes, creó el carácter de la nodriza de Julieta. Los que quieran convencerse de la verdad de mis observaciones, lean primero la trilogía de la Orestía, después *Romeo y Julieta* y, por último, *El Si de las Niñas* y comprenderán que por el pensamiento de Esquilo, de Shakspeare y de Moratin ha corrido al caracterizar esos tres personajes la misma inspiración. Al crear el trágico griego el carácter de Glíssa dejó un modelo perfecto, que mas tarde sería reproducido bajo diversas formas por el trágico inglés y el cómico español.

La intención filosófica que desde la exposición hasta el desenlace marcha entrelazada en la acción, en las pasiones y en los caracteres, revela á Moliere y á Diderot; en la forma, aun siendo Aristotélica, se trasparenta el estudio que hizo Moratin del *Avaro* y del *Hipócrata*, del *Padre de Familia* y del *Hijo Natural*. Resulta de lo escrito anteriormente, que el autor del *Si de las Niñas*, llamándose clásico, escribió una comedia en donde encerró lo bello de la escuela ideal y de la escuela clásica, y que en forma real introdujo hasta recursos románticos. Los amores de Doña Francisca en el convento, la canción que servía á D. Carlos de señal para que su amada abandonase la celda por la reja, la serenata del tercer acto, la escena á oscuras cuando cae á los pies de D. Diego la carta en que D. Carlos se despide de su amante, futura esposa de su tío ¿qué son si no recursos y escenas románticas de nuestras comedias del teatro antiguo y de los dramas de Victor Hugo y de Dumas?

Ya que tan buen modelo poseemos en comedia de costumbres, ¿por qué nuestros autores no han seguido la senda tan magistralmente trazada? ¿A qué ese afán de seguir las huellas del teatro francés y especialmente las de esa escuela, cuyo objeto es divertir al espectador sin enseñarle nada y sin probarle nada? ¿Es posible que todavía haya diversidad de escuelas en literatura? ¿Pues qué, el romanticismo y el realismo no caben en una misma obra? ¿Pues qué, copiando los caracteres de la naturaleza, estudiando el corazón humano y cuanto de bueno y de grande ha producido la dramática hasta nuestros días, no puede el hombre de genio retratar las costumbres de la sociedad en que vive para corregirlas y moralizarlas? Dos géneros solamente creemos que hoy caben en el teatro, el histórico y el de costumbres; el primero, bien puede llamarse poema dramático y estar adornado con las galas de la poesía, no lírica si no dramática; la comedia filosófica, romántica en el fondo, realista en la forma, respetando solamente la unidad de acción, creemos que debe escribirse en prosa para que el público pierda el vicio de ir á oír versos al teatro, y se acostumbre á sentir y á pensar; en una palabra, la misión de la literatura dramática debe ser hoy, no la de divertir, sino la de enseñar moralizando.

Triste es en verdad la situación en que se encuentra hoy el teatro español, no teniendo los autores cómicos que sepan interpretar cumplidamente sus obras, porque los buenos actores, arrastrados por su vanidad, prefieren ser directores de malas compañías á reunirse en un solo grupo y trabajar por el arte y para el arte; faltos de emulación y ricos de envidia, se vuelven la espalda, huyen los unos de los otros como de la peste, y abren paso á nulidades tan inchadas de soberbia como escasas de talento, que solo sirven para poner en ridículo el noble arte que cubrieron un día de inmarcesibles laureles, Maizquez y Concepción Rodríguez, Guzman y Carlos Latorre.

Íbamos á hablar de la crítica, pero como no creemos que pueda nombrarse crítica el elogio pirotécnico que causa náuseas ó la diatriba chavacana que apesta; como no creemos que la ignorancia y la impotencia juntas pueden constituir el noble magisterio que corrige al autor y guía al público con la estética y la lógica en la una mano y la prudencia y la urbanidad en la otra, justo es que la apellidemos, en vez de crítica, lepra de la literatura y arsenico del arte. La crítica, la verdadera crítica, la que el autor y el público leen con respeto, ¿dónde existe en España? ¿Son, por ventura, los encargados de ejercerla los que, inspirados por el odio, dan rienda suelta

(1) Véanse los números de LA AMÉRICA correspondientes al 8 y 24 de setiembre.

(2) Véase Tito Livio.

¿a su desfachatez y a su ignorancia? Esos no son críticos! no y mil veces no! Los que han sido siempre arrojados a latigazos del templo de las artes, los que carecen de conciencia, de instrucción, de buen gusto, de talento y hasta de educación, no pueden ser mas que eunucos de la literatura, gente que si algo tiene en las venas, no es sangre si no envidia. ¿Es quizás que en España no hay hombres de sólido juicio, que aunque carezcan de la facultad de crear, puedan ser maestros que enseñen y corrijan sin hacer nunca uso del incensario y de la fécula, sin dejarse arrastrar por la amistad que elogia y el odio que insulta? Lo que sucede en este bendito país, falto de sentimiento artístico, es que los verdaderos críticos se avergüenzan de que se les confunda con esa turba de ranas que a todas horas cuarrean desde la Estigia donde viven. La crítica, en tales manos, ¿qué bienes puede producir? La crítica, que en vez de guiar al público, se deja arrastrar por él, la crítica, que aplaude cuando el vulgo aplaude y vilipera cuando el vulgo calla, porque no comprende, no es crítica, y en vez de adornarse con la corona del talento, la púrpura del buen juicio y el cetro de la imparcialidad, debe ceñirse la corona de la envidia, envolverse en la bayeta de la estupidez, empuñar en una mano espliego, en la otra ortigas, y en vez de pasear en triunfo por el templo de las artes, andar por callejones y plazuelas montada sobre el asno de su ignorancia.

Dicese, y hasta por hombres de talento, que en España no hay autores, ¿y cómo ha de haberlos si la carrera literaria, desde Cervantes hasta nuestros días, no ha sido nunca carrera? ¿Cómo ha de haberlos si la única manera que tiene el gobierno de proteger las artes, es sacando ánimas del purgatorio y llevándose a los autores a las oficinas del Estado, donde viven en paz, sin editor que comercie con su alma, cómicos que se la manchen y críticos que se la muerdan? Y ya que nos hemos levantado hoy con humor de decir verdades, bueno será repetir una vez mas que el único arte que no tiene ninguna protección en España, es el arte dramático. En España, donde se protege la cria caballar de raza inglesa, concediendo diferentes premios al cuadrúpedo que triunfa en la carrera; en España, donde un tribunal ha negado un premio de diez mil reales al autor del cuadro de *Los Comunerros*, se conceden anualmente doce mil al caballo inglés que se hace digno de tan esclarecida honra y otra porción de premios a los inmediatos en mérito. Esta observación, y otras muchas que sería prolijo enumerar, no son bastantes para convencer a los que se empeñan en que el teatro no debe subvencionarse porque la subvención mata las artes; a lo que nosotros contestamos: suprimanse los premios que se conceden para el fomento de la cria caballar, porque las carreras matan los caballos; suprimanse los premios que se conceden a la virtud, porque el interés mata a la virtud, etc. ¿No se subvencionan por todos los gobiernos sus periódicos? ¿pues por qué razón no se ha de crear un teatro nacional que sea un verdadero templo del arte? Es quizás esto peor que proteger a los autores diciéndoles:—Vd. que ha nacido para escribir buenos dramas, déjese de escribir comedias, y vaya Vd. a ser gobernador de provincia, diplomático u oficial de secretaria.—Señor!, dirá el autor con la mano sobre su conciencia,—que yo no sirvo para eso!—¿Cómo, responderá el gobierno, que no sirve Vd. para tomar treinta mil reales de sueldo y hacerle a los cómicos, a los críticos y a los editores la cruz como al diablo!... Y mientras, los hombres de talento que han nacido para ser empleados se dedican a traducir melodramas ó a escribir de política, y los autores abandonan a Melpómene y a Talía por el cuerno de la abundancia. Y así anda ello, que como decía Sancho, peor es meneallo.

¿Quiéren los discípulos y los ignorantes conocer a qué causas han debido siempre las artes llegar a un grado de lustre y de esplendor inmarcesible? Lean la historia de Grecia y sabrán que el teatro de Pericles, no fué solo elevado a expensas de la república, si no que era mantenido por el tesoro público que invertía la subvención en conceder premios a los autores de las mejores tragedias y a los cómicos que se distinguían en la representación; lean la historia romana y sabrán que los teatros de Pompeyo y de Marcelo fueron creados por el gobierno, donde derramaba pródicamente el oro para premiar a los autores y a los actores. ¿A qué debe la Italia sus glorias artísticas? A Julio III, a Leon X, a Sixto V, a casi todos los Pontífices incluso el actual, a la familia Médicis, a los Duxs venecianos, en una palabra, a casi todos los soberanos que han sabido mantener constantemente en sus pueblos el sentimiento artístico que heredaron de los romanos, de los etruscos y de los griegos. ¿Quién infundió a la Francia el amor a las artes? María de Médicis? ¿Quién las protegió en Inglaterra cuando Shakspeare empuñó el cetro de la literatura dramática? La reina Isabel. ¿Cuándo se concedió por el gobierno francés protección ilimitada a el arte dramático? En tiempo de Luis XIV. ¿Cuál fué el primer gobierno que lo subvenció? La república. Después Napoleón en el campo de batalla manda suspender una maniobra para firmar el decreto orgánico de teatros, diciendo al poner la rúbrica, *las artes son primero que la guerra*. Más tarde Luis Felipe aumenta la protección, lo destronan y la nueva república la extiende... En España ¿en qué época brillaron las artes? ¿Cuándo hubo artistas? Cuando Felipe IV, protegiéndolos, las protegia.

Basta por hoy, que si fuera preciso, razones tenemos en la cabeza y documentos en la cartera que servirán para convencer a los que no tienen mas ansia que la de disuadir al gobierno de llevar a cabo la reforma teatral, por la que clamaban Moratin y Figaro, la reforma teatral que en embrión se puso en práctica hace años, reforma que en vez de haber sido corregida de los innumerables defectos de que adolecia, fué hecha pedazos para que el arte dramático volviese a la poststración ridicula en que antes se encontraba.

«Lo que el teatro español necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y mientras esta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nación, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto y que no quieren escribir.» Esto decía Moratin y esto repetimos nosotros. ¡Dios quiera que nuestras palabras hallen eco en el gobierno que hoy rige los destinos del país; Dios quiera que se lleve a cabo cumplidamente esa reforma para honra y gloria de las artes, del gobierno y de la patria!

JAVIER DE RAMIREZ.

ODAS DEL POETA MICKIEWICZ.

traducidas

POR DON JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

AL SR. D. FEDERICO MADRAZO.

«Pero mi amor en el mundo, no reposa sobre un sér, como el insecto sobre la rosa ni sobre una familia, ni sobre un siglo.—Yo amo toda una nación!

Yo he rodeado con mis brazos todas sus generaciones pasadas y venideras: las he estrechado aquí, sobre mi corazón, como un amigo, un amante, un esposo, como un padre. Yo quiero volverle a mi patria la vida y la felicidad: quiero hacerla objeto de la admiración del mundo.»

El que dijo esto se llamaba Adam Mickiewicz, nació en Polonia, y murió en el destierro delante de Sebastopol.—En las prisiones de Vilna escribió su oda a la juventud,—en su emigración en Rusia, *Konrado Wallenrod*; en París, el libro de *Los Peregrinos* y en su viaje a Crimea sus *Sonetos*, que son los primeros que se han leído en lengua polonesa.

Sus libros son un manual del idioma slavo, una mina de ideas profundas, de sentimientos melancólicos y de esperanzas sociales.

Porque parecen escritos con lágrimas y con el valor y entusiasmo del génio, he traducido algunas de sus odas, que dedico a Vd. mi querido Federico, como en otro tiempo él dedicó sus traducciones del Arabe, a su amigo el escultor David; y quien puede interpretar su ternura, sino el que pinta sobre el lienzo esos retratos magníficos que algun día serán honra de su patria y admiración de los venideros?

Y por eso desde estas orillas, cubiertas de niebla; bajo este cielo oscuro siempre, he hecho esta traducción con ánimo de que ella le recuerde a Vd. su buen amigo, José Güell y Renté.

HIMNO

a la Anunciación de la Virgen.

¡Salud, Virgen inmaculada! Tu frente coronada de estrellas brilla en la cima del cielo a la derecha de Jehová. Fieles, nosotros te consagramos este día solemne. Ven, aparece en el templo y derrama tu lumbré.—Hé aquí, que en medio de las frentes inclinadas hasta el polvo, en medio del pueblo mudo de terror, se levanta el profeta y grita.

«Que el órgano bajo mis dedos se anime en tu alabanza: que un canto digno de Dios proceda de Dios mismo.—Aparece en el templo y baja hasta mi tus miradas angélicas a fin de que el Señor abrace mi espíritu y que mi voz se derrame como un torrente.

Y mi pecho tronará como el pecho de los arcángeles a la agonía de los mundos, cuando ellos despierten del sueño de la nada el polvo caído en el abismo de los siglos.—Que mis himnos al través de las estrellas y del infierno recorran el infinito y sobrevivan a la eternidad.

¿Qué nuevo astro se levanta? Es la Virgen que aparece sobre Sion.—Como el alba sonríe del seno de los mares, así brilla la aurora de sus mejillas. El sol, con oblicuo rayo dora las orillas de una nube argentina; pero la blancura de la nieve de sus vestiduras es mas pura todavía bajo la ondulante claridad de sus cabellos.

Jehová echa una mirada sobre ella y la encuentra perfecta entre todas las mujeres; el azul de los cielos se entreabre; una blanca paloma baja y tiende sus dos alas sobre Sion. La diadema de su blanco plumaje corona la frente de la hija del cielo.—El rayo retumba; el misterio se cumple y la Virgen concibe.

El marinero.

Océano de maravillas, ¿de dónde te vienen esas tinieblas? —La aurora se alzaba en calma cuando yo dejé la ribera; y ahora, qué ráfagas; qué tempestades! no pudiendo ni seguir el camino, ni volverme atrás, ¿es necesario abandonar la navecilla de la vida.

¡Dichoso aquél que escoje por guía la virtud y la hermosura; celestiales hermanas...! Cuando la noche dobla su oscuridad, cuando las ondas erecen, aquella descubre sus acciones, ésta presenta la copa; y el néctar de una, y la luz de la otra, aclaran ó consuelan.

¡Dichoso el que ama solamente la virtud! Sostenido en la lucha por el bálsamo romano, él arribará al pináculo tenebroso de la gloria. Si la hermosura no le mira con ojos favorables, él llegará inundado de sudor y de sangre.

¡Pero qué le queda al que habiendo conocido la hermosura en la plenitud de sus atractivos, se vé abandonado en medio de su camino con todas las sombras mentirosas que formaban su cortejo? ¡Oh qué vasto y que tenebroso parece el mundo despues de su huida...! Las dulzuras mismas de la virtud parecen insipidas.

En lugar de contemplar las sonrosadas mejillas de la hermosura, se le hace necesario combatir una horrosa tempestad, exhalar oscuros gemidos, y en lugar de corazones sensibles, chocar con pechos de mármol; y en lugar de manos hermosas, cojer manos de hielo. ¡Y no poder morir!

¡La travesía es penible...! ¡Acabarla será tan fácil! ¿No mas tinieblas! ¿No mas tempestades! Pero cuando la onda nos haya cubierto ¿todo debe sumergirse con nosotros? El hombre, una vez lanzado en los abismos de la vida ¿no sabrá detenerse ó perecer?

Lo que existe muere... tal es el grito del Universo, ¿por qué, pues, su voz no puede ahogar en mi esa creencia que la estrella del alma no sabrá apagarse? ¿Qué una vez lanzada en el espacio, ella gravita y se mueve hasta el fin de las edades?

¿Quién es, pues, el que grita para volver hacia la orilla? ¿qué son las quejas que digo...? ¿Sois vosotros mis amigos, vosotros mis hermanos, siempre de pie sobre las rocas del puerto...? Vuestro ojo teme tan poco a la fatiga para seguir todavía las marcas de mi camino por los mares?

Si yo me precipito a donde cae la desesperación, vosotros compadeceréis al insensato: vosotros maldeciréis al ingrato, porque esas nubes sombrías que se amontonan, para vosotros son mas visibles: de lejos no se oye el viento que desgarrá mis velas; el rayo que me hiere no es para vosotros sino un relámpago.

Y vosotros estariáis unidos conmigo bajo la claridad del rayo, y vosotros querriais en vano sentir lo que yo siento, porque solo a Dios le es dado ser mi árbitro. Para juzgarme es necesario no estar cerca de mí, sino en mí mismo.

Yo sigo mi camino, vosotros volved a casa.  
17 de abril de 1821.

Madre Polonesa.

¡Oh madre polonesa! cuando el relámpago del génio brille en los párpados de tu hijo, y el antiguo valor y la fiereza antigua tejan una aureola a su frente juvenil; cuando huyendo los juegos de sus camaradas, se va a la casa del anciano a que le cante los aires de la patria, ó bien la frente abatida, escucha pensativo la historia de sus abuelos, ¡oh madre polonesa! preserva tu hijo de esas distracciones tan terribles: corre entonces a echarte de rodillas delante de la imagen de la Virgen

dolorosa y mira la cuchilla que despedaza su pecho, porque la suerte va a herirte de un golpe tan cruel.

Si, en tanto que la paz hace florecer el mundo entero en una alianza de pueblos, de dogmas y de opiniones, tu hijo está llamado a combates sin gloria, a los dolores del martirio... Sin esperanza de resurrección.

Mándale mas bien a meditar en la caverna solitaria, tendido sobre la paja, respirando un vapor húmedo y de nieve, partiendo su lecho con la inmunda serpiente.

Allí, que aprenda a disimular su alegría y su cólera; a hundir su pensamiento como en un abismo, a volver sus discursos misteriosos y funestos como la peste, a componerse como la serpiente y sin apariencia de frío y de humildad.

El Salvador, en medio de los hijos de Nazareth, ya llevaba la cruz sobre la cual ha salvado el mundo: ¡oh madre polonesa! yo entretendría mas bien a ese niño con los instrumentos de sus juegos venideros.

Que sus manos se acostumbren a la cadena, que aprendan a arrastrar el infame carro del suplicio; que su frente no palidezca delante del bacha del verdugo, ni se enrojezca al aspecto de la cuerda.

Porque él no irá como los guerreros de otro tiempo a enarbolar el pendon de la victoria sobre los muros de Soliman, ni como los soldados de la bandera tricolor a surcar el camino de la libertad regándolo de sangre.

Un espion tenebroso le lanzará el desafío, y tendrá necesidad de combatir un tribunal perjuro; el campo del combate será una cárcel subterránea, y un enemigo poderoso será su árbitro y su juez.

Vencido, el árbol disecado de la potencia será su monumento fúnebre; su gloria y su inmortalidad, los lloros bien pronto consolados de una mujer, y las largas conversaciones nocturnas de sus conciudadanos.—1830.

Oda a la juventud.

¡Por todas partes pueblos sin corazón y sin alma!—¡pueblos esqueletos!—Juventud, préstame tus alas y yo tomaré aliento fuera de los viejos mundos, en los caminos de la ilusión dichosa, donde el entusiasmo crea maravillas, las siembra con las flores del pensamiento, y las reviste del color de la esperanza.

Que no ose salir del estrecho horizonte que le describen sus débiles miradas, aquel a quien haya marchitado la edad, cuya frente arrugada se incline a la tierra.

Juventud, toma tu vuelo de águila mas allá de las llanuras del mundo; y con el ojo del sol, de un polo a otro, abraza la humanidad.

Mira a tus piés esa masa opaca, ahogada en un diluvio de eternal desprecio; ¡esa es la tierra!!

Mira como sobre las aguas cenagosas sobrenada una navecilla; a la vez, navio, piloto y limon, persiguiendo otras moleculas mas pequeñas que ella misma; tan pronto se lanza a la superficie, tan pronto se sumerge hasta el profundo.

Ella no se adhiere a la onda que la lleva; la onda tampoco se une a ella, y a cada momento, como una bola, se rompe haciendo ruido contra el arrecife; como nadie conocia su vida, nadie sabe su muerte... ese es el egoismo...

¡Oh juventud! el néctar de la vida solo me es dulce cuando apuro la copa con vosotros: los corazones, ligados con vínculos sagrados, pueden solos nutrirse con celestiales delicias...

Abraçémonos, jóvenes amigos! ¡la felicidad comun! Hé aquí nuestro objeto: fuertes con la union; ilustrados por el entusiasmo, jóvenes amigos, abraçémonos.

¡Dichoso aquel que sucumba en la carrera, engañado por tan noble ardor; otros lo seguirán; su cuerpo será un escalon mas para el templo de la gloria!

¡Abraçémonos, jóvenes amigos! que el camino sea rudo y resbaladizo, que la violencia y la bajeza nos disputen la entrada; rechacemos la violencia con la violencia, y la bajeza aprendamos a aterrarla.

El niño que desde la cuna supo destruir la frente de la hidra, apenas hombre, ahogará los centauros: al infiel no le arrencará sus víctimas, y al cielo le robará sus laureles.—Subid adonde nunca haya subido la vista,—romped aquello que no es bastante la razón a romper.—¡Juventud! tu vuelo es el del águila y tu brazo es parecido al rayo.

Abraçémonos espalda con espalda, encadenemos la redondez del mundo, en un mismo foco concentremos nuestros pensamientos y en un mismo foco nuestras almas.

Sal de tus fundamentos, viejo universo,—nosotros vamos a empujarte en nuevos caminos, y quitándole tu superficie podrida, tú renacerás a los días floridos de tu primavera.

Como en la region del caos, y de la noche turbada por el choque de los elementos, al fiat del divino maestro, el mundo se afirmó sobre su eje, los vientos gimieron, la onda buscó su nivel, las estrellas sembraron los cielos de su claridad, lo mismo en las esferas de la humanidad, donde reina una profunda noche, donde las pasiones luchan todavía, pero donde la juventud se abrasa en un fuego creador, el mundo de las almas saldrá del caos, el amor lo hará germinar en su seno, y la amistad lo asegurará sobre eternas bases.

Los hielos del corazón se rompen: las preocupaciones hacen plaza a la luz ¡Salud, aurora de la independencia: despues de tí el sol de la libertad!

A D. D.

Elegia.

¡Oh si permanecieras un solo día en mi alma... todo un día no... no... yo no te deseo un tormento semejante; pero una hora, una sola hora! ¡Dichosa criatura! Tú sabrias entonces lo que es sufrir.

La turbación está en mi mente, la tormenta en mis sentimientos, la cólera en mi corazón; a veces vuelve sombrías mis miradas, a veces la tristeza me sumerge en mortal abatimiento, mis ojos se cubren de lágrimas ardientes de remordimiento,—¡y tú, tú, huyes los arrebatos de mi locura, tú temes los dolores del importuno!

Tú no me conoces; la pasión ha arrugado mis facciones, pero mira el fondo de mi alma,—allí es donde tu encontraras tesoros de lealtad, de amor, de indulgente bondad, de la imaginación que presta su brillo soberano al destino de los hombres.

Hoy día tu no puedes apercibirlos; lo mismo que en el seno de los mares cuando se agita la tormenta y los abraza el rayo, no pueden verse las conchas rosadas ni los racimos de perlas brillantes,—antes de juzgarme, aguarda la vuelta del sol y del cielo azul.

Pero al menos que tenga yo la dulce seguridad de tu amor! Que pueda yo arrojar lejos de mí el temor de tu inconstancia, en la cual, mi corazón tantas veces víctima de la traición, ha conservado el espanto. ¡Oh! que yo sea dichoso un solo instante y tu me conocerás.

Como un genio esclavizado por los encantos poderosos de una maga, vivirá para cumplir, para adivinar tus pensamientos. Si alguna vez el orgullo desenrenado empujara al esclavo a darse aires de amo, tu sonreirás, y el amo se volverá tu

esclavo,—¿y qué tendrá que mandar? que te dignes detener un instante tu partida, arreglar tus cabellos ó tus vestidos, según su deseo; que olvides los pequeños cuidados de la casa, para escuchar los antiguos juramentos y sus nuevas canciones.

Todo eso puedes hacerlo sin grandes esfuerzos... con una hora de paciencia, un cuarto de hora de aburrimiento y algunos instantes de falsa atención.

Cuando yo creé que escuchas mis versos, podrás dormir en paz, y aunque tus ojos me demuestren otros sentimientos, traduciéndolos siempre en bien, yo no veré en ellos sino amor; confiando en tus manos mi suerte y todo mi porvenir, depositaré sobre tu seno mi razón y mi voluntad; mis recuerdos mismos quedarán profundamente olvidados en mi corazón á fin de que no esperemente nada que no le venga de ti.

Entonces el salvaje delirio que hasta ahora me posee, caerá de mi alma, como de una barca que se vuelca cae el malhechor cuya frente ha provocado las tempestades y ha hecho hervir las ondas del mar. Y nosotros vogaremos dulcemente en el lago de la vida, aun cuando la suerte, al rededor nuestro, haga rugir las tempestades; elevándose sobre ellas como un cisne, yo cantaré por tí.

#### Meditación.

Ángel que volabas sin esperanza sobre la tierra, plegaste tus alas á mi lado, y yo coroné tu cabeza con el amor de mi alma; te lo enseñé todo, todo... y te di un consejo, hijo de las arrugas de mi frente; no confíes en la inocencia de la juventud ni en la honradez de la vejez. Durante algún tiempo fuí el cielo de tus ilusiones. Mis sonrisas fueron tus sonrisas... mis lágrimas tus lágrimas. Cuando no estaba á tu lado, se nublaban tu frente de tristeza... «No ames otra virgen, me decías, porque ninguna tiene ni mi cuerpo ni mi alma...»

Y mi alegría, mi tristeza y mi desaliento y mi esperanza, fuiste tú sola en el mundo... Viví con la luz de tus ojos: donde ellos no estaban, todo era desierto y oscuridad. Un día me dijiste: me he arrodillado al pie del altar, y el hombre de Dios ha oído mi confesión. Nuestro amor se acabó para siempre: ¡ay! ¿cuando llegará la hora de mi muerte?..

#### Del destierro.

Al cerrar al sueño tus ojos azules inundados de melancolía ¿no te acordarás de que tu pobre amigo vive solo en el mundo, sin una voz que consuele sus penas, sin una mano que enjague sus lágrimas?

Sentada en tu lecho, al decir tu oración, ¿no se vendrá á tus labios el triste nombre del infeliz que desde la tierra extranjera te bendice lleno de angustia, sin poder nunca conciliar ni el sueño, ni la tranquilidad?..

¿Puede ser que otro corazón menos fiel te engañe con sus caricias; que otros ojos menos amantes se adormezcan en la ternura de tus miradas; que otra voz menos leal toque con fingida dulzura tu corazón de ángel.—

¡Ay! Yo fui el primero que llegué á tu alma: yo grabé sagrada y misteriosamente en las alas de tu inocencia mi memoria... ¿Podrá olvidar el blanco jazmín, la primera gota de rocío que cayó del cielo á secarse en su virginal y purísimo caliz?

#### Al Niemen.

¡Niemen, mi río natal! ¿Adónde están las ondas que en otro tiempo, niño aun, cojía en el hueco de mi mano? ¿Sobre las cuales joven, luego, bogué por los lugares solitarios buscando calma y frescura para mi alma intranquila?—Aquí, Laura, admirando con orgullo, sobre tu corriente el reflejo de su hermosura, gustaba coronar su frente de rosas trenzándolas á sus cabellos; aquí en el seno de la onda de plata, joven insensato, muchas veces con mis lágrimas turbé su trasparente imagen.

¡Niemen, río natal! ¿Dónde están tus manantiales de entonces? Y cerca de ellos, ¿tanta dicha y tantas esperanzas! ¿Dónde están las dulces alegrías de nuestros primeros años?..

Y las penas, aun mas dulces, de la edad de las tempestades? Y Laura ¿dónde está? ¿Qué se han hecho mis amigos? ¿Todo ha pasado! Mis lágrimas no pasarán nunca...

#### Reminiscere.

Laura, ¿te acuerdas todavía de los dulces años de nuestra juventud, cuando ocupados únicamente de nosotros mismos, éramos indiferentes al resto del universo?

Acuérdate del fresco retiro trenzado de ramas verdosas de jazmín; del riachuelo que serpenteaba en la pradera con dulce murmurio; allí era donde el velo amoroso de la noche protegía nuestras dulces declaraciones.

Y la luna mecida sobre nubes de ópalos, alumbraba tus bucles dorados y la nieve de tu seno, añadiendo una celeste delicia á tus atractivos.

Entonces un dulce éxtasis se amparaba de nuestros corazones: mis labios tocaban tus labios; mis miradas se perdían en tus miradas; mis lágrimas buscaban tus lágrimas, y mis suspiros tus suspiros.

Apenas te he apercebido, poniéndome colorado, busco en una mirada desconocida, el recuerdo de otro tiempo; y veo el rojo esparriado en tu mejilla, responder al mío, como sobre el seno de una rosa que la mañana ha abierto.

Apenas has comenzado el canto, me he puesto á llorar... tu voz penetra en mi corazón y se ampara de mi alma; y me parece que el ángel me llama por mi nombre y marca la hora de mi salud eterna en el cuadrante de los cielos.

¡Oh alma mía!... Si mi voz, si mis miradas pueden conmoverte, que las tuyas no teman decirme; poco importa que la suerte y los hombres nos sean contrarios.

Yo debo huir y amarte sin esperanza; que los terrestres compromisos le den tu mano á otro; pero confíesame al menos que Dios me ha unido á tu alma para siempre.

#### El Pharis.

Casida en honor de Amir Fadj-oul Fekher.\* Esta traducción la hizo Mickiewicz, y se la dedicó á Mr. David Statuario, en señal de amistad, el 15 de setiembre de 1829.

Que dichoso es el árabe, cuando lanza su corcel de la roca al desierto, cuando los pies de su caballo se hunden en la arena con ruido sordo, como el que hace el acero enrojecido cuando se templea en el agua!... vedlo como nada en el árido Océano, y corta las secas ondas con su pecho de delphin.

Mas aprisa... mas aprisa... ya dehora la superficie arenosa: mas adelante... todavía mas adelante... ya se lanza en un torbellino de polvo.

Es negro mi corcel como una nube tempestuosa; una estrella brilla en su frente como la aurora. Tiende al viento su crin de avestruz y sus pies blancos arrojan centellas...

Vuela; vuela, mi bravo de los pies blancos... selvas... montañas, paso paso.

En vano la verde palmera me ofrece su sombra y sus frutos; me arrancó de su abrigo... La palmera, avergonzada huyó, y se ocultó en un oasis, y con el ruido de sus hojas parece reírse de mi temeridad...

Las rocas, guardianas de la frontera del desierto, vuelven hácia mí sus gemblantes sombríos y negros, y repitiendo los ecos de mi galope, parecen amenazarme diciendo «¡insensato!... ¿A dónde corres?... Allí, su cabeza no encontrará abrigo contra las flechas del sol; ni bajo la verde cabellera de una palma; ni bajo el seno de una blanca tienda... allí no hay mas tienda que la de los cielos... solo las rocas duermen... solo viajan las estrellas...!»

Yo corro, corro;... y cuando vuelvo los ojos, veo las rocas avergonzadas huir á esconderse las unas tras de las otras.

Pero un buitre ha oído sus amenazas: y cree locamente hacerme su prisionero en el desierto. Se lanza en los aires á perseguirme, tres veces rodea mi cabeza, como una corona negra, y grita: husmeo... husmeo el olor de un cadáver. ¡Oh ginete insensato!... ¡Oh corcel insensato!... Ginete, ¿buscas camino? Caballo, ¿buscas el pasto?... El viento solo encuentra aquí su camino... las serpientes su pasto. Aquí solo duermen los cadáveres;... aquí solo viajan los buitres...»

Y grita, y me amenaza con sus garras lucientes: tres veces nos medimos con los ojos: ¿cuál de nosotros se espantó? ¡El buitre quedó espantado!...

Yo corro, corro... y cuando volví los ojos, el buitre estaba bien lejos, bien lejos; suspendido en el espacio como una mancha negra del tamaño de un gorrion; despues como una mariposa; despues como un mosquito, y mas tarde se hundió en el azul del cielo.

Vuela, vuela, mi bravo de los pies blancos... ¡rocas, buitres, paso, paso!...

Pero una nube ha oído las amenazas del buitre y desplegando sus blancas alas sobre el cielo azul, se pone á perseguirme: quiere ser en el cielo un corredor tan intrépido como yo sobre la tierra: se coloca sobre mi cabeza y me hace esta amenaza, silvando como el viento.

«¡Insensato!... ¿Adónde corres? Allí, el calor derretirá su pecho... ninguna nube labará con la lluvia su cabeza cubierta de ardiente polvo; ningún riachuelo lo llamará con su voz argentina; ni una sola gota de rocío llegará hasta él, porque antes que caiga, el árido viento la habrá cojido al vuelo.»

Es en vano que me amenace... yo corro, corro... la nube cansada de fatiga, comienza á desmayar en el cielo: y dobla su cabeza y se apoya sobre una roca, y cuando volví los ojos, ya todo un horizonte estaba entre nosotros. Apercebida todavia la nube y vi en su figura lo que pasaba en su corazón: se puso toda encarnada de cólera; despues amarilla de envidia; luego morada como un cadáver; y al fin se sepultó detrás de las rocas.

¡Vuela, vuela, mi bravo de los pies blancos; buitres y nubes, paso... paso.

Entonces di con los ojos vuella al horizonte, como si yo fuera el sol, y no vi á nadie á mi rededor.

Aquí la naturaleza dormida no ha sido despertada por el hombre: aquí los elementos permanecen tranquilos como los animales que en una isla descubierta por la primera vez, no se espantan de la primera mirada del hombre.

Pero ¡oh Alah! Yo no soy aquí el primero ni el único. En un campo atincherado de arena, veo brillar una tropa: ¿son caminantes? ¿Son ladrones que espian al viajero? ¿Que blancos son los gineles!... ¿Sus corceles son de color deslumbrante! Me acerco; ellos no se menean; grito; ellos no responden.

¡Oh Alah! ¿Son cadáveres... de una vieja caravana sacada por el viento del fondo de las arenas!... Sobre las osamentas de los camellos, están sentados esqueletos de árabes; por los agujeros, donde estuvieron en otro tiempo los ojos y por las mandíbulas descarnadas, corre la arena y parece murmura una amenaza.

«¡Insensato! ¿Adónde corre?... mas lejos encontrarán huracanes» yo corro... corro; cadáveres, huracanes, ¡paso, paso!

Un huracán, el mas terrible de los agitadores del Africa, se pasea solitario sobre el Océano de arenas; me apercebe de lejos; se admira; se detiene y girando sobre sí mismo, dice:

«¿Quién es ese viento, entre mis jóvenes hermanos, que con su estatura enferma arrastrando su vuelo, osa aventurarse hasta mis desiertos hereditarios?»

Y ruga y marcha sobre mí como movible pirámide: reconociendo que soy un mortal, y que no cedo el paso, furioso sacude con su pié la tierra y remueve la mitad de la Arabia: me agarra como el buitre cojería un gorrion, y me azota con sus alas torbellinosas; me quema con su aliento inflamado; me lanza al aire y me tira en tierra.

Yo salto y combato, rompo los nudos gigantes de sus torbellinos: lo destrozo, lo muerdo, desbago entre mis dientes los pedazos de su cuerpo arenoso... El huracán quiere escapar de mis brazos en forma de columna; y no puede arrancarse y se rompe en mil partes. Su cabeza retumba disuelta en lluvia de arena, y su cadáver enorme se tiende á mis pies como la rampa de una ciudad.

Entonces respiro, levanto la frente y miro con orgullo las estrellas, y todas fijan en mí sus ojos de oro, porque ellas no ven mas que á mí solo en el desierto.

¡Oh! que dulce es respirar aquí con toda la extensión del pecho!... Yo respiro libre; entera, y anchamente libre... todo el aire de la Arabia es poco para mis pulmones... ¡Oh! qué dulce es mirar aquí, con toda la extensión de los ojos... mis ojos se agrandan y refuerzan y penetran mas allá de los bordes del horizonte...

¡Oh! Cómo es dulce extender aquí los brazos franca y libremente en toda su extensión... me parece que estrecharía entre ellos de Oriente á Occidente... mi pensamiento se lanza como una flecha mas alto, mas alto y mas alto todavía, hasta el abismo del cielo.

Y como la abeja entierra su vida con el aguijón que clava, así yo con mi pensamiento, sumerjo mi alma en el cielo.

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

### CÓMO SE TRANSFORMA UN DRAMA EN 82 AÑOS.

Emilia Galotti (1772.)

UN DUELO Á MUERTE (1860.)

La humanidad, en sus fastos históricos, no recuerda una época tan gloriosa ni tan llena de extraños acontecimientos, como la segunda mitad del siglo XVIII. Todas las grandes ideas, filosóficas ó religiosas, artísticas ó científicas, sociales ó políticas, que vagaban desconocidas ó perseguidas, unas ateneadas en los potros de la Inquisición, sepultadas otras en las mazmorras del despotismo; pero todas energicas, todas libres, todas armadas de su largo martirio, preparáronse á una lucha decisiva, en la que el mal omnipotente parecía contar segura la victoria. La segunda mitad del siglo XVIII fué un extenso anfiteatro. La sociedad del pasado, desentaulaba sus fieras, azuzaba sus preocupaciones que, bajo bárbaras formas, amenazaban con suplicios eternos á los atrevidos que así venían á combatirla; y los gladiadores de la idea, sin miedo, de pié firme y cara á cara, pelearon con esas fieras, las vencieron,

embalsamaron en sus pieles sus tradiciones, y empezaron á fundar sobre las ruinas de esas odiosas preocupaciones la bases de una sociedad nueva, que siendo la obra de esas grandes ideas, sería la verdadera manifestación de la humanidad rejuvenada.

Todo escrito, toda obra de arte, llámese tragedia, comedia, drama, novela, poema, en los que aparece como principio creador la inteligencia humana, trae el sello de su origen, conserva las mismas luces y las mismas sombras que han iluminado ó oscurecido esa inteligencia, y es imposible comprender esa obra y encontrar la razón de sus tendencias sin los estudios preparatorios que nos den el conocimiento de la época en que fué escrita. La imaginación, esa tela delicada en donde se estampan todas las creaciones en su primer boceto recibe las impresiones externas, se ensancha plácidamente, ó tímida se sobrecoje, según que esas impresiones son favorables ó adversas; y el pensamiento del hombre va desarrollándose y formándose bajo la influencia de esas impresiones, como se forma y se desarrolla el fruto en el árbol bajo la influencia de la atmósfera.

Antes de ocuparnos del hermoso drama del Sr. García Gutiérrez, *Un duelo á muerte*, imitado del que escribió el célebre Lessing con el título de *Emilia Galotti*, y que es considerado por hábiles críticos competentes como uno de los mejores del teatro alemán y como el primero de su época, procuremos, aunque sea muy rápida, echar una ojeada retrospectiva y explicarnos las teorías dramáticas de Lessing y su drama mismo por el estado social y político de la Alemania de aquel tiempo.

Voltaire reinaba en Francia. Conquistador como Carlomagno, su nombre resonaba en todas las bocas desde el Sena hasta el Beresina; y ¡cosa nunca vista hasta entonces! sin ejércitos que defendiesen sus conquistas, sin que brillase en su frente la corona de los unidos, ese hombre pálido, extenuado por las vigiliadas del estudio, recibía en su pobre cuarto los plácemes y los enviados de los reyes que de todas partes le llegaban, y unos, felicitándole, y otros, rindiéndole homenaje. El nuevo Rey, que los demas Reyes trataban de igual á igual, tenía por corona la inteligencia y por cetro una pluma. Muy pronto sus obras se generalizaron; devorábanse sus folletos y sus cartas, y comentábanse sus palabras como axiomas ó vaticinios. El jesuitismo tenebroso, derrotado por la verdad, y los privilegios del nacimiento ofuscados por el derecho divino de la inteligencia; la razón en frente de la autoridad, forzaban la entrada del mundo moderno, los unos, para levantarle murallas de ignorancia, los otros, para levantarle cátedras de enseñanza.

Federico II de Prusia, á quien sus conciudadanos apellidaban con razón el Grande, porque extendió sus dominios, venció á sus enemigos y se enseñoreó victoriosamente de un gran reino, fiel á las tradiciones de su raza, sostuvo la libertad de la conciencia, protegió á los sábios, los llamó á su corte y abrió de par en par las puertas de las universidades á la ciencia libre. Calavera en su juventud, mal flautista, escritor mediocre despues y refutador de la política de Maquiavelo, cuyas lecciones aprendió y puso en ejercicio como el mejor adepto del embuste satánico, Federico II amaba las letras y las artes, imitando en esto la vanidad cortesana del Rey de Bastos de Versalles, que llamaba á Moliere su ayuda de cámara, y que asalariaba pintores para que le trazasen cuadros de hazañas quijotescas, y escultores para que le representasen de Júpiter Tonante, creyéndose héroe y Dios en su fátua manía de grandeza. Sin embargo, Federico II, más sensato y más varonil que Luis XIV, no imitó sus excesos ridículos y adquirió mayor y mas merecida gloria. Amigo íntimo de Voltaire, cuyas obras leía y recomendaba leer, él fué quien popularizó en Prusia las ideas francesas, y por medio de ellas, estableció, como sistema de gobierno, lo que se llamaba entonces «despotismo ilustrado» á la francesa. Costumbres, artes, vestidos, el idioma mismo alemán, todo se contajó; se vivía, se vestía, se componían dramas ó comedias y se hablaba aun á la francesa ó en francés. De Francia se recibían las leyes y las reglas del arte. Voltaire y los Enciclopedistas dominaban absolutamente en la ciencia, y Nicolás Boileau era el legislador del Parnaso. Obra de arte ó obra de ciencia, se desechaba anticipadamente si no reconocía estas autoridades, y el verdadero genio alemán vagaba silencioso y desconocido por la selva encantada de sus patrias tradiciones, oyendo con disgusto ese lenguaje extraño.

Lessing, con el gran filósofo Kant, de quien no nos corresponde hablar en tan sucinto estudio, dedicado exclusivamente á la literatura dramática, Lessing fué el primer campeón que se armó en defensa del verdadero genio alemán, y con su ingenio y con su ejemplo logró libertarlo y darle fuerzas y armas para la lucha. Lessing es el libertador del espíritu alemán, dice un sabio crítico, y sin su poderosa voluntad, sin su indomable vigor para el trabajo y sin su acendrado amor pátrio, que nada ni nadie podía debilitar en su alma ni desviarle de su gran propósito, Herder, Göthe y Schiller, no habrían encontrado á la Alemania tan dispuesta á escucharlos, dándoles en seguida su corona de inmortalidad. Lessing, con sus escritos teológicos y arqueológicos, descubrió nuevos horizontes al pensamiento indagador del hombre, abrió el arca de ciertos misterios, hasta entonces recelosamente guardados, y le dijo á la historia: busca, examina, contempla! las piedras tienen su lenguaje, las huellas del hombre permanecen en las ruinas, el porvenir hereda el pasado! Con sus opúsculos literarios y críticos, su Laocoon y su dramaturgia, combatió la plaga del francesismo, opuso á las falsas teorías de lo bello, introducidas por los malos imitadores, las suyas, basadas en el largo y profundo estudio del arte antiguo y en el examen prolijo de las obras de los grandes genios, desde Esquilo hasta Shakespeare; y mostró á los artistas un nuevo ideal de belleza, mas humano y mas eterno que el ideal de Boileau.

Con los trabajos estéticos de Lessing, el genio alemán se nacionalizó y empezó ese prodigioso renacimiento que con Lessing, Herder, Göthe y Schiller, dió á luz desde su principio sublimes obras maestras. Tanto el autor de *Fausto* como el autor de *Wallenstein*, de algo son deudores al autor de *Minna de Barnhelm*, *Nathan el Sábio* y *Emilia Galotti*.

Ninguno de los dramas de Lessing sorprende ni por la novedad ni por las peripecias de su argumento, y *Emilia Galotti* mucho menos. Pensador y crítico profundo, mas bien que poeta ó artista, sobresale en la pintura de los caracteres y el interés del drama, la acción, está, no en tal ó cual hecho externo que empuja fatalmente á sus personajes, sino en la pasión que los anima y cuyo desarrollo, sabiamente presentado á los ojos del espectador, conmueve mas profundamente su alma. Como Shakespeare, el drama de Lessing es mas espiritual que corpóreo, si es que puede admitirse esta distinción, porque habla mas á la idea que á los sentidos. Tan poco embrollado en su enredo, que la imaginación no se fatiga buscando los hilos; pero en cambio ¡qué multitud de tiernos sentimientos recibe el corazón y qué pensamientos tan nobles la inteligencia! ¡Qué estudio del hombre! ¡Qué naturalidad en las transiciones de la pasión! ¡Qué bien conoce los distintos pretextos que el malvado acepta como raciocinio lógico de sus crímenes; y con cuánta honradez,

con cuánta austeridad defiende y propaga los principios de humanidad y de justicia! En cada uno de sus dramas hay una idea matriz, generadora de todas, y que aparece en todo él como un elemento de vida. En *Nathan el Sábio*, es la idea civilizadora de la fraternidad humana con la reconciliación de todas las religiones; en *Emilia Galotti*, es la de la virtud triunfando del vicio y prefiriendo la muerte a la violación de su pureza. Ambos son la expresión de sus reglas de estética, y en ambas se columbra el bello ideal del arte que él señala para que el arte no sea una mera distracción de desocupados y si un poderoso atleta de la civilización y del progreso humano.

Lessing divide su drama de *Emilia Galotti* en cinco actos. La escena pasa en el ducado de Guastalla. La primera del primer acto nos presenta al príncipe, sentado en su bufete y recorriendo memoriales de peticiones ó de reclamaciones. Se fastidia como un príncipe inepto. Sin embargo, lee en una de las peticiones el nombre de Emilia Brunescu; este nombre le recuerda el de Emilia Galotti, á la cual solo una vez ha visto y que desea poseer. Su deseo es propicio para la peticionaria, concede y firma.—Desacostumbrado á dominar sus caprichos, sus deseos alteran su tranquilidad de soberano y echa en olvido sus antiguas pasiones. La condesa Orsina, su favorita, le escribe y sin abrir su carta y con desagrado la arroja en la mesa. El príncipe es también un Mecenas para los artistas y pretende tener, como otros príncipes de Italia, sus pintores áulicos. Uno de ellos, Conti, se presenta trayéndole el retrato de la condesa. El príncipe se disgusta, no quisiera ver ese retrato y maldice en silencio al pintor, temiendo que haya embellecido á la querida que ya no ama, y cuyo recuerdo irrita mas su nueva pasión. Critica al pintor y se empeña en probarle que ha favorecido por lisonja la fisonomía de la condesa, y que su carácter está velado por esa belleza postiza. Conti, que no ignora, como buen cortesano, los medios de captarse el afecto de su príncipe, lleva, con el de la condesa, el retrato de Emilia, á cuya vista se despierta con mas violencia la codiciosa lujuria del déspota, y ofrece la suma que el artista pida por hacerse dueño del retrato. Se extasia contemplándole y los ojos, la boca, la sonrisa, todo lo que el lienzo traza es un incentivo de su atroz lascivia.—¿Qué no daría yo por obtenerle, exclama, maravilla de la naturaleza?—Marinelli, su chambelán y su privado, le trae noticias de lo que sucede en el pueblo. Le habla de la Condesa, de su retiro, de su consagración al estudio por la frialdad de su amor, y el príncipe se disculpa con su próximo matrimonio con la princesa de Massa. Marinelli, abyecto como un palaciego, adula sus vicios y procura adivinar sus caprichos. Dándole cuenta de las novedades del día, le habla del enlace del conde Appiani con Emilia Galotti. Esta noticia le sorprende, y llama enfurecido contra Marinelli y contra todos los que le rodean porque lo han hecho desgraciado. Marinelli, diestramente, deja que se calme y luego se le queja también por no haberle hecho partícipe de ese secreto. Sin embargo, busca un medio de satisfacer la voluntad de su amo y forja el diestro malvado su intriga. El marido es un obstáculo, es preciso que desaparezca.—Idos, le dice al príncipe, á vuestra quinta de Dosalo. El camino de Sabionetta, en donde vive el padre de Emilia, pasa por los muros de sus jardines. Es necesario que enviéis á alguien á Massa. Se enviará á Appiani. Lo demás queda á mi cargo.—El príncipe queda solo y empieza á acariar en su pensamiento su venturosa conquista. Recuerda que Emilia acostumbra ir á misa á la iglesia de Santo Domingo y se dispone á partir. Los consejeros se anuncian, pero él no quiere oír largos discursos. Otras cosas le ocupan y no las del Estado. Le presentan una sentencia de muerte y él responde que la firmará con mucho gusto. ¡A qué abismos no conduce la tiranía unida á la lujuria desenfrenada! El dibujo de esos dos personajes y la exposición del drama, es perfecto. Poco á poco se completará el cuadro con su colorido conveniente.

El segundo acto empieza en casa de Galotti. Eduardo Galotti, padre de Emilia y activo republicano, huye de la ciudad porque odia á los cortesanos, y ha elegido su morada en Sabionetta. Llega á asistir á las bodas de su hija. Claudia, su esposa, le recibe y le dice que Emilia ha ido á la iglesia. El anciano no aprueba la conducta de la madre que permite que su hija salga sola, aunque sea á la iglesia inmediata. En las cortes corrompidas la castidad mas pura peligraba. Angelo, un bandido, un ladrón, salvado de la muerte por Marinelli, para servirse de él en caso oportuno, ha conocido á Pirro, servidor hoy de la casa Galotti y en otro tiempo su compañero de erimenes. Habla con él, arregla ciertas cuentas atrasadas y logra averiguar lo que desea y arrancarle la promesa de que le servirá lealmente. El anciano Galotti partirá solo á caballo á Sabionetta y en la tarde le seguirán su esposa, la hija, el conde y los testigos para celebrar allí las bodas. El golpe se prepara á las mil maravillas por los traidores. Galotti, impaciente, no quiere esperar mas tiempo á su hija, y desea hacer una visita al conde que va á ser su yerno y de quien aprueba la decisión de separarse de la corte en donde no tiene necesidad de disputar honras ni favores que avergüenzan al hombre digno. La madre teme separarse de su hija, pero el anciano ve mejor los peligros detrás del ropel cortesano, que perderla al conde y deslumbrarla quizás á Emilia. Claudia le cuenta que el príncipe se ha mostrado muy obsequioso con ellas y que habló largamente con Emilia en la última fiesta del canceller Grimaldi, y que había elogiado su belleza con corteses palabras.—Madre vanidosa é inconsecuente, exclama Galotti, que cuentas estas cosas con tanto placer. Nada hiera tan hondamente mi corazón de padre, como que un joven disoluto se haya atrevido á mirar á mi hija y manchar su pureza con sus torpes miradas.—En esta escena la adusta y severa virtud de Galotti, contrasta con la indomable liviandad del príncipe. Emilia entra azorada y temblando. Su plegaria, que nunca mas pura que en ese día debía elevarse al cielo, ha sido interrumpida. Un hombre le ha hablado de su belleza, de su amor... En vano ha querido cerrar sus oídos; las palabras de ese hombre han turbado sus devotos éxtasis, con su sacrilego amor. Cuando ha reconocido que era el príncipe, ha huido, y en la puerta de la iglesia, el audaz se ha acercado á ella, la ha tomado la mano, la ha hablado, pero no sabe qué cosa ni lo qué ella ha respondido. La ha seguido y ha sentido sus pasos caminar detrás de ella y subir los escalones de su propia casa. La madre la tranquiliza, calma su inquietud y la prohíbe que diga nada de ese incidente ni á su padre, que se irritaría, ni al conde, en cuyo pecho, por una bagatela, infundiría sospechas que harían daño al esposo, que es muy distinto que el amante. Emilia, en su candor inocente, cree que sería mas leal una revelación, pero la madre, que cree saber mejor como andan las cosas del mundo, la disuade. Emilia no comprende la galantería, ignora que los príncipes son galantes y que es preciso dar el verdadero significado á sus palabras. Emilia se convence y empieza á creer que sus temores han sido vanos y que el conde tomaría su revelación mas bien como alarde de orgullo que de virtud. Appiani entra y saluda á Emilia y á su madre. Les anuncia que Galotti les aguarda. Emilia debe componer su tocado, pero no adornarse con los ricos presentes que le ha enviado el conde. Las joyas

le hacen daño y las aborrecería sino fuesen regalo de su amante. Esas joyas han turbado su sueño con horribles pesadillas. Ha soñado que esos diamantes en su tocado se han transformado súbitamente en perlas, y que perlas significan lágrimas! No se vestirá con adornos, sino sencillamente y como estaba la primera vez que se encontraron, y como siempre se presenta su imagen á los ojos de su amante. La adornarán sus propios cabellos, cayendo en bucles, como los hizo la naturaleza, y una rosa les irá mejor que un diamante. El conde se queda pensativo y triste. Marinelli llega en su busca para ofrecerle en nombre del príncipe la embajada á Massa; el conde no la acepta y Marinelli, con el objeto de servir mejor á su amo, insulta irónicamente al conde, quien le contesta con dignidad. Marinelli le desafía, pero se marcha sin darle sitio ni hora.

El tercer acto pasa en la quinta del príncipe. Marinelli le dice que no ha podido decidir al conde y que rechaza la embajada. El déspota se enfada y Marinelli le refiere en tono de adulación y de queja lo que ha hecho por él; que viendo que eran inútiles sus esfuerzos, ha procurado irritar al conde y después, fingiéndose ofendido, lo ha desafiado. De todos modos el príncipe gana, ya sea que él mate al conde ó que el conde lo mate á él. En este segundo caso, el conde tendría que huir y abandonar el campo á su rival.—Pero el conde, insinúa el pérfido, ha retrasado el duelo para ocho días después de su matrimonio.—De eso os vanagloriais? responde el príncipe. ¿Qué habeis hecho? retiraos.—Si pudiésemos apoderarnos de la novia, exclama Marinelli, el matrimonio no sería ya un inconveniente.—Un hombre resuelto, con un piquete de mi guardia, podría arrebatársela en el camino y traerla á mis brazos, dice el príncipe.—Pero es mejor, contexta Marinelli, obtener el mismo resultado, sin que se sospeche el cómo, porque pueden suceder desgracias... Se oye un tiro á lo lejos y Marinelli exclama. El golpe está dado. Mis hombres apostados en el camino se habrán portado y mi camarero ya conducirá á Emilia á estos lugares. Retiraos de aquí, que no os vean.—Angelo, el cómplice asesino de Marinelli, le anuncia que Emilia llegará pronto y la segura muerte del conde, que vá herido mortalmente. Marinelli se goza en su venganza, pero no revelará esa muerte á su débil amo, cuya alma vacilante se espantaría del crimen, sin renegar por eso de sus vicios. El príncipe divisa á Emilia que viene corriendo por el jardín y pregunta á Marinelli si su madre no vendrá con ella.—¿Qué haremos entonces?—Persuadirla, responde el descarado cortesano, y emplear los medios que un príncipe enamorado tiene en sus manos para agradar. A pesar de esos pérfidos consejos, el disoluto príncipe teme encontrarse en presencia de Emilia y encarga á Marinelli que la hable y que él volverá cuando lo crea oportuno. Marinelli se retira hácia otro lado y Emilia entra desalentada con el camarero de Marinelli, á quien ella pregunta por su madre y por el conde.—Decidme, ¿esos tiros habrán herido á alguno de ellos?—La infeliz nada sospecha y quiere volver en busca de su madre y del conde. Marinelli se adelanta y la contiene, asegurándole que muy pronto tendrá á su lado á esas personas queridas. El demonio empieza á destilar el veneno frío de su corrupción en esa alma inocente, con lisonjeros elogios para el príncipe. Emilia retrocede asombrada al saber que está en la casa del príncipe. Este entra hipócritamente, como buscando á Emilia y diciéndole que su madre y el conde la aguardan. Emilia duda si debe ir con él y se arroja á sus pies, implorándole protección. El príncipe la levanta y la conjura á que lo siga sin desconfianza, y casi por fuerza la arrastra consigo. Marinelli se queda burlando y gesticulando como un mono lúbrico. Claudia Galotti llega pidiendo á su hija y al encontrarse con Marinelli, lo reconoce y recuerda que la última palabra pronunciada por el conde ha sido, Marinelli, y esto le explica todo. ¿Pero y su hija?—Vuestra hija, le dice Marinelli, con la malicia rencorosa de la venganza, está en ese cuarto vecino y ya sin duda mas tranquila. El príncipe se ocupa en consolarla.—Al oír esto, la pobre madre tiembla. El anciano Galotti la espanta, escucha sus palabras, que antes le repitió. ¡Oh! ¡sí! ¡exclama! ¡Todo se explica! ¡Ahora han consumado el crimen! ¡Asesino! ¡vill! ¡cobarde para matar, pero diestro para hallar cómplices! ¡Siervo complaciente del libertinaje de tu amo!—A los gritos de su madre, Emilia responde desde dentro y Claudia se precipita hácia la pieza, con la cólera faz de una madre ofendida.

En el cuarto acto, el príncipe empieza exponiendo sus dudas á Marinelli sobre la muerte del conde Appiani y amenazándole con la responsabilidad de ese asesinato. El diestro enredador de intrigas, olfatea las intenciones de su amo y procura distraerlo y dominarlo con halagüeñas promesas é inciertos temores que asustan al príncipe liviano. El camarero anuncia la llegada de la condesa Orsina, que el príncipe no quiere volver á ver. Marinelli se encarga de recibirla y el príncipe se encierra en uno de los cuartos vecinos. La condesa viene en busca del príncipe, que debe hallarse en Dosalo y haber recibido la carta de ella que le pedía una entrevista. Esta carta es la que ha recibido el príncipe en el primer acto y que arrojó sin leer. Como para el príncipe trata de atizar el fuego de la lujuria, Marinelli, para la condesa, trata de calmar la furia de los celos. La condesa se exaspera, pide venganza, teme que una rival favorecida ocupe ya su lugar en el corazón del príncipe, y este sale al fin de su escondite para socorrer á Marinelli y ostentar su desden por la condesa, á quien dirige unas cuantas palabras, pretextando que negocios de Estado le llaman á otra parte. La condesa ruega á Marinelli que le descubra el misterio que ella cree adivinar en la situación del príncipe, y Marinelli refiere una parte de lo sucedido; el asalto al coche del conde por unos bandidos; Emilia, asilada en Disalo, á quien el príncipe protege, y la condesa, arrastrada por sus celos, halla la verdad de sus sospechas en las retenciones del cortesano. El príncipe ama á Emilia; él es el asesino del conde Appiani. Mañana Guastalla sabrá la causa de ese crimen y el nombre del criminal. Eduardo Galotti que ha sabido el desdichado acontecimiento, viene en busca de su esposa y de su hija. Marinelli le amenaza con las iras del príncipe, porque quiere separarlo de la condesa, y no pudiendo evitarlo, le dice por bajo á Galotti que desconfíe de ella porque es loca. La condesa revela á Galotti el amor del príncipe por Emilia, su entrevista en la iglesia en donde se convinieron quizás para todo lo que después ha sucedido. El infortunado padre no puede creer en la maldad de su hija, y lanzando terribles miradas de amenaza, se encuentra desarmado. La condesa, que ve en sus ojos la expresión del furor mas resuelto, saca un puñal que llevaba oculto y se lo entregó á Galotti. Ese puñal, en manos de la condesa, iba á ser quizás el vengador de la mujer seducida, abandonada y despreciada inhumanamente; en las manos del padre ultrajado será la defensa y la salvaguardia de su honra. Claudia, al ver á su esposo, corre á su encuentro diciéndole: somos inocentes. El altivo republicano, el alma fiera, que adora la virtud como Catón, pregunta á su esposa si es verdad que el conde ha muerto y si lo es que el príncipe ha hablado con su hija en la iglesia. Todo eso es verdad. Galotti medita y recobra su dignidad que la sorpresa de su dolor había turbado. Su esposa volverá á Guastalla. Emilia partirá con él. Si en la fisonomía del anciano se ven cruzar las nubes de la indignación, todavía se ignora cuándo reventarán, y si los rayos caerán en

la cabeza de los culpables ó en la de una víctima inocente. El final de este cuarto acto es un golpe maestro á lo Shakespeare.

En el último, Marinelli y el príncipe, observando á Eduardo Galotti, procuran adivinar sus proyectos. El corrompido palaciego cree que el anciano será tan vil que soportará como tantos otros su deshonra. Pero el déspota teme y, siempre irresoluto entre sus vicios y el crimen, se deja arrastrar por el mismo astuto de su fiel cortesano. Eduardo Galotti después de haber despedido á su mujer para Guastalla, viene en busca de su hija para llevarla consigo. Marinelli se opone á ello y trata insidiosamente de hacer comprender al padre que su hija no depende de su voluntad, sino de la del príncipe. Este se empeña en persuadir á Galotti que no debe alejar de Guastalla á Emilia y que un convento marchitaria tanta belleza. Galotti responde inflexible que la honrada viuda debe llorar á su esposo en una celda. Marinelli, viendo que todos los esfuerzos se estrellan en la tenaz voluntad del anciano, forja entonces una trama infernal é inesperada. Se muera que no han sido bandidos, sino un rival correspondiente el que ha asaltado al conde para librarse de él. Es preciso interrogar á la dama, y esto solo lo pueden hacer los jueces del tribunal en Guastalla. Hay asesinato y la ley es terminante. Galotti se somete. Pero hay mas todavía. Es preciso separar á la madre y á la hija, y á ésta colocarla bajo una guardia. El anciano se estremece y busca el puñal en su bolsillo. El príncipe lo tranquiliza y le asegura que Emilia no irá á un calabozo, y que él la conducirá á casa del canceller Grimaldi. Galotti conoce la depravación de esa familia y pide que su hija sea conducida á una cárcel; en vano suplica, en vano ruega. El déspota lo manda y el anciano, absorto, vencido, se decide á recurrir por fin al último medio de salvar su honra. Obtiene la promesa de que su hija vendrá á verle. Está decidido, pero duda. Cerca ya de cumplir su sacrificio, invoca á Dios para que salve la virtud de su hija, y esta aparece llamándole. La calma inocente de su hija lo tranquiliza. Quiere huir, pero es imposible. Emilia no se espanta, nadie podrá vencer su virtud; pero la morada en casa de los Grimaldi le será perjudicial. Puede resistirse á la violencia pero no á la seducción que penetra invisible y que corrompe invisible, y la mujer es mujer y no tiene corazón de mármol. Emilia le pide el puñal, que el padre iba á emplear contra el déspota, é implora al cielo para que le dé fuerzas y valor. El anciano padre la contiene, y ella entonces le recuerda que hubo un padre que en otro tiempo salvó á su hijo de la infamia con un puñal redentor. Pero esto sucedía en otros tiempos y hoy no hay ya padres como ese. ¡Oh! los hay aun, exclama el anciano, y sepulta el puñal en el corazón de su hija! El príncipe y Marinelli entran inquiriendo por el extraño rumor, y al divisar á Emilia anegada en sangre, Galotti les responde:—He tronchado una rosa antes que la tormenta la hubiese ajado!—Palabras que Emilia le dirige, en acción de gracias, al recibir la puñalada. Héla allí, prorrumpe el anciano indignado, mostrando el cadáver al disoluto príncipe. ¡Héla allí! ¿Os agrada todavía? Y arrojando el puñal, prosigue;—no penseis que yo me lo sepulte en el corazón para morir como se muere en el teatro. Yo soy el criminal. ¡Encarceladme! Seréis aquí mi juez, ¡yo os espero delante del juez de todos!—El príncipe se vuelve á Marinelli y balbucea torpes palabras de enojo que no escusan su debilidad ni su lujuria, causas únicas de su villana conducta y de la pérdida de su siervo infame. El drama concluye magníficamente y la lección moral y el objeto del autor se completan en su desenlace.

Intencionalmente hemos procurado exponer y desarrollar el asunto del drama de Lessing, quizás con extremada prolijidad, para confrontar de este modo las ventajas y desventajas, lo que es imitado y lo que es de propia invención en el bello drama de García Gutiérrez. Lessing, escribía en 1772 y bajo la presión del absolutismo que divinizada á los Príncipes, como á seres que no pertenecían á la naturaleza humana, y le era preciso ser cauto en sus consejos y arrojar con ingenio la semilla de las buenas ideas, para que no fueran á perderse á la ventura en eriales desiertos. El teatro era para él una cátedra de enseñanza. García Gutiérrez escribe en 1860, ochenta y dos años mas tarde, y cuando las transformaciones que nuestro mundo político ha sufrido, han traído otras sociales y políticas que necesariamente influyen en todas las obras literarias de este siglo, con tal que sus autores quieran vivir racionalmente como viven los hombres, con los ojos abiertos siempre á la luz y no como los topos que buscan la sombra. Las principales tendencias del siglo se encuentran reflejadas en el drama de García Gutiérrez, y mas bien que una imitación es, y creemos que la palabra explica con exactitud nuestro pensamiento, una trasmutación del drama alemán. Analizándolo, veremos cómo resaltan y cómo se encarnan en los personajes mismos los principios mas vigorosos, los principios mas humanos que animan á las sociedades modernas y que han sido la mayor conquista de nuestro siglo. Nadie, que no sea un loco, se atreve á negar el derecho; nadie, que no sea un insensato, se atreve á negar la inteligencia!

No conocemos al Sr. García Gutiérrez y no sabemos cuáles hayan sido sus propósitos; pero de toda obra de arte, inspirada por el genio, se deducen fatales consecuencias que es imposible rehuir, y que el que la estudia detenidamente puede y debe analizar con rectitud y buena conciencia. ¿Sería acaso extraño que el Sr. García Gutiérrez, como Lessing, en circunstancias idénticas, hubiese querido protestar en contra de la influencia francesa, que pervierte, en su mayor lozanía, al genio español? Hoy á España, como entonces á Alemania, llegan los dramas de *presidio* y de *burdel*, y recorren todos los teatros, disfrazados en mal castellano y con cierta ropa decente. Paris no es Atenas, y sus Alcibiades irasojados, sus Aspacias de contrabando, sus Shyloks vergonzantes, no tentarán jamás la pluma de un Menandro ó de un Shakespeare. Se corre aprisa tras de vulgares novedades; Paul de Kock ó Bouchardy adquieren derecho de nacionalidad, y se consideran como extemporáneos, cuando no por inferiores á esos bastardos del arte, á Lope, á Calderon y al filósofo Alarcón, tan respetados y tan traducidos por los extranjeros. Y en el mismo Paris, sin embargo, en el teatro francés, el gran Molière, Corneille, Racine y Beaumarchais, ocupan el lugar que les corresponde y son acogidos con grande entusiasmo por la ilustrada concurrencia que allí acude. Mientras en otras partes se imita á Paris, en Paris mismo se conserva y se conservará siempre, á lo menos en literatura, la fisonomía verdadera del genio francés. El francés sabe que está conquistado á medias un país que se deja influir de otro en lo que toca al pensamiento; y que el país que olvida su carácter nativo, original, pasa á ser, por el espíritu, humilde siervo de aquel. ¿Por qué, repetimos, el Sr. García Gutiérrez, en quien bulle varonil la independencia del genio español, no ha de haber tenido la misma intención de Lessing? La independencia en el arte es correlativa de la independencia social, y si el ideal del arte es lo bello, el ideal de la sociedad, que también lo tiene, es la libertad.

Analizemos ahora el drama por actos, como lo hemos hecho con el de Lessing, y así la comparación entre ambos será mas fácil y mas fácil también desentrañar las consecuencias que esperamos deducir. Hemos dicho antes que: *Un duelo á*

muerte, no es una imitación, sino una trasmutación de *Emilia Galotti*, y vamos a probarlo. En *Un duelo á muerte* la escena pasa en Florencia en los tiempos de Cosme II de Médicis. El primer acto nos muestra una sala del Palacio Pitti, esa célebre fábrica de Brunelleschi, que apenas habitó su primer dueño y que fué por siglos la morada deleitosa de los afortunados mercaderes, que se compraron un trono con sus riquezas, revendiéndolo á dominadores extranjeros y negociándolo con Papas usureros. Marinelli entra con un criado que trae un cuadro cubierto con un lienzo. El duque aparece con varios memoriales en la mano y se los alarga á su chambelán Marinelli para que los examine. Este, que ha llegado á sospechar la inclinación del duque por Emilia Ricci, lee una solicitud de una tal Emilia Brunetti, con el objeto sin duda de despertar su pasión. El duque accede y la demandante obtendrá lo que pide. Lee en seguida un memorial de Conti, pintor del duque, en el que pide lo que se le debe. Ha terminado el retrato de la condesa Alina, la favorita del duque y que es el que está allegado á la pared y cubierto con el lienzo. Marinelli, que no es un cortesano vulgar sino un malvado de raza pura, y de esos que saben adular los vicios de sus amos y apoyarse en la debilidad de sus ridículos fastidios, entretiene al príncipe con la descripción de una lucha de fieras. Una pantera africana y una hiena de Java serán los protagonistas de esta fiesta. Conti viene á impedir del príncipe una gracia. Este le recibe con agrado y se entusiasma con él hablando de las delicias del arte, de la grandeza del amor, que hace crecer las alas del génio para elevarlo á la contemplación de la belleza. Conti le pregunta si está satisfecho del retrato de la condesa, y el príncipe, que no lo ha visto, pregunta en secreto á Marinelli, qué tal; este responde con duda y el príncipe lo imita. El príncipe está cansado del amor de la condesa y hay otro deseo que aguija su corazón á una nueva conquista. El tiempo que tardó el pintor en hacer el retrato tardó el príncipe en olvidar ese amor. Anuncian la llegada de la condesa y el príncipe encarga á Marinelli que la haga entender su situación y que él volverá á apoyarle. La condesa entra agitada, preguntando por el duque; pero Marinelli, esperto y astuto, empieza á distraer la atención de la condesa y trata de disculpar á su amo, halagando la vanidad de la mujer. La dice que el duque ha andado triste y que quizás por eso no acudió á una cita que ella le había dado. La condesa cree que pueden ser celos, y al volver sus ojos á la pared, en la que se apoya el retrato cubierto, se dirige á él, arrepentida de las sospechas y de las dudas que ha abrigado hacia el amor del príncipe. Marinelli quiere contenerla y ella, tirando el velo que cubre la pintura, retrocede al ver una imagen de la Caridad que semeja en todo á una mujer que ha visto en el palacio de Doria. Esa es su rival. Esa es la causa de la tibieza del príncipe.

A las exclamaciones de la condesa, el príncipe y Conti aparecen; y ambos, al fijar los ojos en el cuadro, se quedan sorprendidos. En el duque se pinta la sorpresa del deseo, en Conti, la del amor indignado. La pintura es bellísima, la belleza de la imagen es un modelo. Pero ¿será una belleza que no existe mas que en la fantasía del pintor? No, ese lienzo ha sido sustraído por Marinelli del taller de Conti y traído á palacio en lugar del retrato de la condesa, y es la imagen de la elegida del pintor, de la que va á ser su esposa, Emilia Ricci. La condesa se retira enojada y el príncipe, que con la extratagema de Marinelli, arde en deseos de poseer joya tan linda, propone al pintor que le venda el cuadro. Conti se niega, y el príncipe, admirado de la belleza y de la nobleza de Emilia, que es hija de una ilustre familia, se sorprende de la felicidad del pintor y le pregunta si no ha tenido rivales. Ha tenido uno, que es noble, pero de esos que manchan la cuna de su nacimiento con su indigna conducta, que insultó á esa dama y á quien él azotó el rostro, porque es tan vil, que no merecía otro castigo. Marinelli, que es ese rival, ahoga su cólera y jura vengarse, que no hay reconciliación posible entre dos hombres que se odian y á quienes el ultraje y el amor han hecho enemigos. El odio se pagará con odio y la venganza con la venganza. Marinelli ama á Emilia y ama desdenado, y, en las almas corrompidas, el amor desdenado es un veneno que infesta. Emilia no será de él, pero tampoco de Conti. El duque la ama y el duque será el instrumento de su venganza. Ese ángel de caridad será la víctima de perversas tramas, y la virtud apagará su aureola al contacto del crimen. Conti y el hermano de Emilia, llegan á pedir la venia del duque para las próximas bodas que deben celebrarse ese mismo día. El duque, con vanos pretextos, quisiera retardarlas, pero Conti y el hermano de Emilia se oponen á ello, porque ambos se han apercebido de la pasión del duque, y han resuelto también abandonar la Toscana y dirigirse á Módena. Marinelli empieza á excitar diestramente los celos del duque, y aprovechándose de la ceguera que enferma la inteligencia de los hombres débiles colocados en altas posiciones, logra persuadirlo de que Conti ha cambiado el retrato de la condesa por el cuadro que representa á Emilia para insultar su amor. El déspota lujurioso le cree, aunque siempre titubeando, y le arranca la orden de dar libertad á un bandido condenado á muerte, el cual le servirá para llevar á cabo la venganza que medita, y obtener para el duque la posesión de Emilia. Los magistrados traen la sentencia del rey, y al oír que el duque ha ordenado su libertad, el presidente le pide que acepte su dimisión. La conciencia del magistrado condena la conducta del disoluto mandón, y Marinelli no ve en eso mas que un empleo vacante para un pariente suyo. El duque vacila, se intimida, y Marinelli está allí para empujarlo suavemente al abismo que lo atrae. Emilia estará en la iglesia á esas horas, y es preciso que la hable, que la deslumbe, que la venza. La serpiente lucirá á los ojos de la virgen sus escamas doradas, y la tentación ayudará á la vanidad femenina.

El segundo acto pasa en casa de los Ricci. Marinelli llega para informarse de la hora exacta en que debe celebrarse el matrimonio, y trae el regalo de boda del duque. Todo esto puede servirle para sus intrigas. Camilo dá sus órdenes para emprender el viaje inmediatamente, y Emilia aparece agitada y desalentada. Refiere á Camilo sorprendido su encuentro con el duque en la iglesia del Bautista.—No podemos dejar de elogiar este hermoso romance que tiene toda la suavidad y la ternura de la inocencia y que no desmerecería en boca de la Tecla de Schiller.

Emilia querría comunicar todo esto á Conti, pero su hermano la disuade y la dice que están decididos á celebrar ese mismo día su boda y á ausentarse de Toscana. Su madre, anciana venerable y ya caduca, les acompañará. Conti llega anheloso y después de darle las gracias á Emilia por la felicidad de que va á ser poseedor, ella entra á saludar á su madre, y Conti refiere á Camilo cómo la amó y cómo la virtud que destella su alma á su rostro, fué la que le inspiró su cuadro de la Caridad. La condesa Alina, rabiando de celos, viene á pedir cuenta á Emilia del corazón que le arrebató. Ella ha observado los galanteos del duque en la iglesia del Bautista. Emilia la confunde con la altivez dominadora que posee el alma sin pecado, y la condesa Alina se retira avergonzada y arrepentida. Ella ha escarnecido el nombre honroso que su madre le

legó intacto y las hembras de la familia Ricci hasta ahora solo han mostrado al universo:

Nobles y castas matronas  
pero manechas, jamás!

Angelo Gubbio, el criminal perdonado por el duque y á quien Marinelli ha encargado la ejecución de sus proyectos, seduce á Lázaro, criado de los Ricci y antiguo compañero suyo, y se concerta con él para que al pasar por la quinta del duque vuelque el carruaje de sus amos, debiendo así asegurar mejor el golpe que intenta. El duque, aleccionado por Marinelli, viene á felicitar á Emilia que está en su tocador. Para dar un viso de atención á su atrevimiento, entra á ver á la viuda Ricci, siempre esperando triunfar de la virtud de Emilia. Esta, entretanto y sin acordarse del duque, se deleita con el que va á ser su esposo en dulces coloquios de mútua felicidad, que les traen recuerdos tiernísimos de su amor inocente y abnegado.—La descripción en que Emilia refiere como prendió el amor en su pecho, es uno de los trozos de poesía mas bellos que un gran poeta ha podido imaginar. La pureza y el amor pocas veces han sido tan bien comprendidos.—Todo está ya preparado para la ceremonia. El duque todavía no desespera, pero Emilia rechaza con indignación sus infames propuestas, y se arroja para recibir de su anciana madre la bendición, y en su cabeza la corona de rosas blancas, simbolo de cándida virginidad y de legítimo cariño.

En el tercer y último acto, el duque y Marinelli están en la quinta. El crimen se ha perpetrado y Emilia está en poder de sus raptores. Ella no sospecha la intriga y acepta la hospitalidad que el duque le ofrece. Nada sabe de su esposo, pero el duque la tranquiliza. Marinelli asegura que vive, y vuelve á despertar en el alma del príncipe sus lujuriosos deseos. Angelo, su cómplice, le anuncia que Conti quedó con sus compañeros en rehenes, y que lo matarán cuando Marinelli cumpla lo pactado. Marinelli paga y le intimida que lo mate. La condesa Alina, llega en busca del duque, y Marinelli, que ya se cree dueño de su venganza, le confía los proyectos amorosos del duque con Emilia; y cuando vé que la condesa duda y que no teme nada de la casta virtud de Emilia, el rencoroso enemigo procura convencer á la celosa desdenada y forja un embuste, en el cual hace aparecer á Emilia como su cómplice. La condesa, cegada por el astuto engañador, acusa al duque de asesino de Conti y de raptor de Emilia. El duque amenaza á Marinelli, y cuando todos creen que Conti ha sido asesinado, éste llega desahogado y en busca de su esposa. Angelo lo ha salvado, como Conti salvó en otro tiempo á su mujer y á sus hijos. Marinelli, viéndose perdido, recurre al arbitrio de proponer al duque la detención de Emilia.

Le dice es preciso que la justicia se encargue de averiguar lo que hay de oculto en todo esto. Hay desacato y homicidio, un cadáver á la puerta de palacio, un rapto escandaloso y esto no puede ser obra sino de un rival y amante poderoso. El duque apoya á Marinelli y Emilia no irá á una cárcel sino á la casa de Doria. La condesa Alina revela á Conti todo lo que él ignora, las persecuciones del duque, su entrevista en la iglesia con Emilia, y el propósito de enviarla á la casa de Doria para realizar mejor los deseos del príncipe. Conti duda un momento, pero la virtud de Emilia le inspira confianza. Alina le dá la llave de una puerta secreta para que pueda huir con su esposa y sustraerla al poder del duque. Pero Marinelli está alerta y su odio no descansa. El duque se confiesa vencido por la virtud de Emilia y Marinelli toca todos los resortes de esa alma débil y viciosa que olvida su arrepenimiento, le lujurja y los celos se renuevan, y el déspota, exasperado, le exige que á cualquier precio le entregue á Emilia, amenazándolo con la muerte sino la obtiene. El tirano se ofusca y Marinelli perecerá ó vencerá. Medita el modo de atraer á Conti, para que el celoso amante se venga de él y cumpla así su vengaza apetecida, y Conti entra por la puerta secreta. Emilia, ignorante todavía de la trama urdida en su contra y de la maledicencia que ultraja su reputación de casta esposa, se asombra y se indigna de las sospechas de Conti; pero cuando este la explica y la hace ver lo que sus infames enemigos han tramado para perderlos, exclama llena de ira y de compasión.

¡ Todo ya! Todo se vicia!  
¡ Señor! ¡ Qué abismo profundo  
de iniquidad y maldicia  
han hecho de tu justicia  
los poderosos del mundo!

Y prefiere la muerte, antes que someterse á la voluntad de sus pérfidos raptores. Conti vacila; pero ella lo fortalece y le dice que si no puede salvar su honor es preciso que él salve su dignidad! Entre caricias y lágrimas recibe la puñalada y espira virtuosa y pura. El duque, que viene engañado por Marinelli, al ver el cadáver de Emilia, avergonzado y furioso, manda arrojar á su hiena á su pérfido privado. La virtud sucumbe, pero como ofrenda pura del deber.

Por la exposición que hemos hecho de ambos dramas, nos parece que tenemos razon en llamar al del Sr. García Gutiérrez una trasmutación del de Lessing. Todo lo que en el de este habia de dogmático y filosófico, consecuencia natural de las tendencias de su autor y de la época en que vivía, se ha transformado en político y social, consecuencia natural también de las tendencias del Sr. García Gutiérrez y de las de la época en que vive. Lessing escribía cuando alboraba á lo lejos la revolución francesa, y el Sr. García Gutiérrez escribe en pleno siglo XIX. Los sentimientos se han transformado mucho desde entonces, porque el corazón humano es como el cielo, y son en él tan innumerables y de tan varios giros esos mismos sentimientos, que han existido incógnitos, como tantos astros del firmamento. A medida que la civilización avanza, á medida que la libertad social regenera á la humanidad y trae consigo nuevas manifestaciones de las verdades eternas, el hombre multiplica su existencia, y nuevas sensaciones, nuevos móviles ignorados hasta entonces descubre en el fondo de su corazón, como á medida que la ciencia astronómica avanza y que el espíritu investigador penetra en los secretos del universo, nuevos astros, nuevos mundos ignotos aparecen en el infinito.

García Gutiérrez, como gran poeta, ha comprendido estas tendencias de su época y ha condensado en tres actos los cinco del drama de Lessing. Ha variado las situaciones dramáticas, ha inventado otras y refundido en uno solo dos ó tres personajes. Muy feliz ha sido en las que ha imitado y mucho mas en las que ha inventado. El pintor Conti, por ejemplo, no es únicamente el simple artista, pintor del príncipe de Guastalla, es Eduardo Galotti y el conde Appiani. El artista que, en el drama de Lessing, apenas tiene personalidad, en el de Gutiérrez es un hombre mas digno que los nobles y mas noble que ellos. Su ejecutoria está escrita en su ingenio. El hombre de la inteligencia está colocado á mas altura que el hombre del favor.—El duque de Toscana no es el disoluto príncipe de Guastalla. El sentimiento artístico es para su alma corrompida una luz vaga que le muestra á veces la virtud.—Marinelli no es el perro que lame su cadena con placer, y el amor á Emilia, aunque desdenado, lo eleva, siquiera, al rango de un malvado feroz.—La condesa no es la prostituta sin vergüenza, puesto que todavía reconoce la

virtud y se humilla ante ella.—El bandido, el criminal empedernido, tiene también su instante de contrición, que casi es un signo de rehabilitación.—Y Emilia Ricci, no es la paloma inocente que busca las alas de la madre para esconder sus temores, si no la mujer digna, en cuya alma purifica y fortalece el amor, el convencimiento incontrastable de los mas altos deberes. En el arte y en la vida, el amor es la virtud, y quien ama se eleva y se engrandece. El tierno abandono de Julieta y la Venus de Médicis, por estar desnuda, no hieren el pudor de los ojos mas castos.

Mucho se engañaría el que negase al Sr. García Gutiérrez el mérito de la originalidad, porque su drama ha sido la transformación de otro. A veces la mayor originalidad no está en la invención de un asunto, sino en el desarrollo y en las diversas manifestaciones de una idea ya concebida por alguno. Ningun gran génio sería verdaderamente original, y la originalidad sería la extravagancia, si hubiésemos de aceptar, como dogma, semejante proposición; porque desde Homero hasta Victor Hugo, todos los grandes génios han vivido con la humanidad, han seguido con ella las evoluciones de su pensamiento y apenas hay un argumento de drama, de poema ó novela que no haya sido ensayado por muchos poetas simultáneamente. Es casi imposible trazar la genealogía de las ideas y descubrir al verdadero padre. Original y muy original ha sido el Sr. García Gutiérrez en la caracterización de sus personajes, y todos llevan el destello de su propio génio. El autor alemán, no tiene una escena tan bella; y nosotros no conocemos ninguna que le sobrepuje en el teatro moderno, como la escena entre la condesa Alina y Emilia. La régia concubina se humilla ante la honesta dama, y el contacto de la mujer virtuosa: es una redención para la mujer perdida, novedad muy extraña en tiempos en que el vicio se pasea insolente y con traje de gala por los salones, y la virtud modestamente y muchas veces ultrajada y hambrienta por las calles. Original y muy original es el Sr. García Gutiérrez en la escena en que el juez presenta su dimisión al oír de la boca del tirano el perdón y la impunidad del asesino; porque la justicia es mas respetable que la autoridad, y la conciencia es un espejo divino que no puede reflejar mas que lo justo; novedad muy extraña también en estos tiempos en que la justicia es la máscara del interés ó del egoísmo, y la conciencia la bolsa elástica en que cabe la hostia sagrada y el dinero de Judas.

Después de elogios tan merecidos, creemos que el drama del Sr. García Gutiérrez se presta á una crítica también merecida. El desenlace hace daño, y esa puñalada es tan injusta que casi destruye una parte del efecto producido por él. En el drama de Lessing todo está muy bien preparado para esta inmolación, y la nueva Virginia será la víctima ofrecida al despotismo absoluto. Creemos que si el Sr. García Gutiérrez hubiera transformado también la puñalada, su drama habria producido mejor efecto, habria sido mas lógico en su consecuencia moral, arrojando á Marinelli, como él lo hace con ese rasgo suyo propio, á la pantera africana, y salvando á Emilia. De ese modo habria evitado ese aire de vaguedad confusa que debilita el carácter de Conti en el último acto. El drama no es histórico, ninguna crónica refiere semejantes amores de Cosme II de Médicis, tampoco es histórico el de Lessing, y ninguna razon plausible se opondría á esa transformación de catástrofe sangrienta. Al decir que el drama no es histórico, no pensamos hacer un cargo al Sr. García Gutiérrez por haber escogido á un Médicis y á la Toscana, como personaje y sitio de su drama. En los dramas sociales, los nombres nada importan y mucho las ideas porque las obras del arte no se juzgan por apellidos históricos, cuando no se apoyan en la historia para ponerla en acción.

Hemos juzgado el drama del Sr. García Gutiérrez como obra social y como anuncio de renacimiento. ¿Y por qué no ha de empezar un renacimiento en una nacion vigorosa que cuenta tantísimas inteligencias? ¿Quién puede negar que hoy alborca un porvenir que aun no despunta? Para los escritores dramáticos se abre un campo vastísimo que aguarda cultivadores. La democracia y la libertad levantan las nacionalidades, y el teatro es quizás el terreno mas propicio para echar los nuevos gérmenes. En los libros se razona, en el teatro se ejecuta; el libro es la teoría, el drama es la acción. ¿Quién ignora, por ejemplo, que los dramas de Schiller son los que casi ya han realizado la difícil obra de la unidad alemana? ¿Y que las tragedias de Manzoni y de Niccolini son las que han sostenido y sostienen ahora todavía, la abnegación de esos héroes ciudadanos que luchan por la independencia y la unidad italianas? Mazzini es quizás el Arnaldo de Breseia y Garibaldi el Felipe Strozzi de la redención de Italia.

Al reprobar como pernicioso la influencia literaria francesa, nos referiamos á esa influencia dañina que nada representa en el arte y que, si representa algo, es una negación del arte mismo. El país que se contagia con ella, enferma del espíritu y decae. Al contrario, benéfica y necesaria es esa influencia literaria, aire animador de las inteligencias, que llega de todos los países con el progreso, que se asimila con el carácter original de cada pueblo, y que es la irradiación del arte verdadero. Para el arte verdadero no hay fronteras y habla con todas las naciones el mismo idioma. Como el sol, que ilumina diversos países y regiones, ya quebrados valles ó gigantescas cimas, populosas ciudades que la civilización engrandece, y retiradas aldeas en donde trabaja el labriego, y en todas partes, sin que disminuya un ápice de su luz, igual para todos, magnífico para el hombre ilustrado como para el ignorante, para el verdugo como para la víctima, para la madre como para la virgen, así el arte alumbra á todos, puede ser concebido por todos, sin distinción de razas, sin distinción de orgullos, en nacion pequeña como en grande imperio, habite en una bohordilla ó en un palacio; y así también, como para la luz del sol no hay mas que creación, universo, para la luz del arte no hay mas que idea, humanidad!

Ya es tiempo de concluir tan largo artículo que un aficionado del arte se atreve á firmar, analizando la obra de un célebre ingenio. Para la actual escena española *Un duelo á Muerte* ha sido una aparición notable, como lo fué también en un tiempo *El Trovador*. En este, su autor rindió culto al arte romántico, ese Mágico que embellece el fantasma del pasado; en *Un duelo á Muerte* lo rinde al arte moderno, que es el evangelio del porvenir y verdadero culto de las almas grandes!

GUILLERMO MATTA.

Hé aquí el texto de la proclama dirigida por el presidente de los Estados Unidos al pueblo de la Union, y de que nos ocupamos en otro lugar:

«Asociaciones de ciudadanos piadosos y patrióticos me han dirigido numerosas exposiciones relativas á la condicion peligrosa y aflictiva de nuestro país, para que se recomiende que se consagre en toda la Union un día especial á la humillación, al ayuno y á la oración. Acce-

diendo a sus instancias y al sentimiento de mi propio deber, designo al efecto el viernes 4 de enero de 1861 y recomiendo que el pueblo se reuna en ese día, según sus formas respectivas de culto, para celebrarlo como un ayuno solemne. La union de los Estados se halla amenazada actualmente de un peligro alarmante é inmediato: el peligro y convulsiones de un carácter terrible, reina en todo el país: nuestra poblacion laboriosa carece de trabajo, y está privada por lo tanto de los medios de ganarse la subsistencia. Parece, en verdad, que la esperanza ha abandonado el espíritu de los hombres. Todas las clases se hallan en un estado de confusion y de espanto, y son desoidos los consejos mas prudentes de nuestros mejores y mas puros conciudadanos.

En esta hora de calamidad y de peligro, ¿a quién pediremos auxilio sino al Dios de nuestros padres? Solo su brazo omnipotente puede salvarnos de los terribles efectos de nuestros crímenes, de nuestras locuras, de nuestra ingratitude y de nuestras culpas hacia nuestro Padre celestial.

Unámonos, pues, humildemente con profunda contriccion y con arrepentimiento ante el Altísimo, confesando nuestros pecados individuales y nacionales y reconociendo la justicia de nuestro castigo. Pidámosle que borre de nuestro corazon ese falso orgullo de opinion que nos podría inclinar á perseverar en el mal por obstinacion antes que ceder por una justa sumision á las exigencias impetivas que nos rodean en la actualidad.

Supliquémosle con profunda veneracion que restablezca la amistad y benevolencia que reinaba antes entre los pueblos de los diversos Estados, y sobre todo, que nos salve de los horrores de la guerra civil y de los crímenes de sangre. Que nuestras fervientes oraciones suban hasta su Trono para que no nos abandone en esta hora de peligro extremo, y antes bien se acuerde de nuestros padres en los dias mas sombríos de la revolucion, y preserve todavía nuestra Constitucion y nuestra Union, obra de sus manos, por los siglos venideros.

Una Providencia omnipotente puede reemplazar los males actuales con un bien permanente; puede obligar á la ira del hombre á humillarse ante ella y á apaciguar esa ira.

Permitidme que suplique á cada individuo, cualquiera que sea la esfera de existencia en que se halle situado, que medite en su responsabilidad personal hacia Dios y hacia su país, á fin de que santifique ese día y contribuya con todas sus fuerzas á hacer desaparecer nuestras calamidades actuales y las que se preparan.—Washington, 14 de diciembre de 1860.—James Buchanan.»

**Sucesos de Italia.**

Publicamos al pie de estas líneas el texto del manifiesto que Francisco II ha dirigido á los pueblos de su antiguo reino.

Sin duda el lenguaje del joven príncipe es elevado y digno, pero desgraciadamente para él, los ojos del monarca destronado se han abierto demasiado tarde; espía, no solamente sus propios crímenes, sino que es víctima también de las faltas de sus antecesores.

Por lo demás, los reproches que dirige al rey Victor Manuel y á Garibaldi, prueban que no ha comprendido el sentimiento que domina el movimiento italiano y las causas generales que lo prepararon y que aseguraron su triunfo.

Las palabras de Francisco II son estas:

«Gaeta, 8 de diciembre de 1860.

»Pueblos de las Dos Sicilias:

»Desde esta plaza, donde defiendo mas que mi corona, la independencia de la patria comun, vuestro soberano eleva la voz para consolarnos en vuestras miserias y para prometernos tiempos mas dichosos. Aborrecidos igualmente, igualmente despojados, nos volveremos á levantar juntos de nuestros infortunios. La obra de la iniquidad no ha durado mucho tiempo nunca, y las usurpaciones no son eternas.

»He dejado caer en el desprecio las calumnias; he mirado con desden las traiciones, en tanto que traiciones y calumnias han atacado solamente á mi persona. He combatido, no por mí, sino por el honor del nombre que llevamos. Pero cuando veo á mis muy amados súbditos presa de todos los males de la dominacion extranjera; cuando los veo, pueblos conquistados, llevar su sangre y sus bienes á otros países, agoviados por un pueblo extranjero, mi corazon napolitano late de indignacion en mi pecho, consolándome solamente la lealtad de mi valiente ejército con el espectáculo de las nobles protestas que de todos los puntos del reino se levantan contra el triunfo de la violencia y de la piratería.

»Soy napolitano; nací entre vosotros; no he respirado otro aire; no he visto otros países; no conozco otro suelo que el natal. Todas mis afecciones están en el reino; vuestras costumbres son las mías; vuestro idioma es el mío, vuestras ambiciones son las mías. Heredero de una antigua dinastía que durante muchos años reinó en esas bellas comarcas despues de haber reconstituido la independencia y la autonomia, no vengo, despues de haber despojado á los huérfanos de su patrimonio y á la iglesia de sus bienes, á apoderarme por la fuerza extranjera de la mas hermosa parte de Italia. Soy un príncipe vuestro y que ha sacrificado todo á su deseo de conservar entre sus súbditos la paz, la concordia y la prosperidad.

»El mundo entero lo ha visto; por no verter sangre, he preferido arriesgar mi corona. Los traidores, pagados por el enemigo extranjero, se sentaban en mi consejo al lado de los fieles servidores; en la sinceridad de mi corazon, no podía creer en la traicion. Me costaba mucho castigar; sufría por abrir, despues de tantas desgracias, una era de persecuciones; y así la deslealtad de algunos y mi clemencia facilitaron la invasion que se operó por medio de aventureros, paralizandome despues la fidelidad de mis pueblos y el valor de mis soldados.

»Al cabo de continuas conspiraciones, no he hecho verter una gota de sangre; y se acusa mi conducta de debilidad. Si el amor mas tierno por mis súbditos, si la confianza natural de la juventud en la honra de otro, si el horror instintivo á la sangre merece ese nombre, sí, ciertamente soy débil. En el momento en que la ruina de mis enemigos era segura, detuve el brazo de mis generales para no consumir la destruccion de Palermo.

»He preferido abandonar á Nápoles, mi casa, mi querida capital, sin ser arrojado por vosotros, por no exponerla á los horrores de un bombardeo como lo que hubo mas tarde en Capua y Ancona. Creí de buena fé que el rey del Piemonte, que se llamaba hermano mio y mi amigo, que me protestaba que desaprobaba la invasion de Garibaldi, que negociaba con mi gobierno una alianza íntima para los verdaderos intereses de Italia, no habría roto todos los tratados y violado todas las leyes para invadir mis Estados en plena paz sin motivos ni declaracion de guerra. Tales son mis culpas. Prefero mis infortunios á los triunfos de mis adversarios.

»He dado una amnistía, he abierto las puertas á todos los espatriados, he concedido á mis pueblos una Constitucion, no he faltado ciertamente á mis promesas. Me preparaba á garantizar á Sicilia de las instituciones libres que hubieran consagrado con su Parlamento separado su independencia administrativa y económica, y apartado de un solo golpe las causas de desconfianza y descontento. Había llamado á mis consejos á los hombres que me parecían mas aceptables á la opinion pública en estas circunstancias, y mientras me lo permitió la incensante agresion de que he sido víctima, he trabajado con ardor en las reformas, en el progreso, en la prosperidad de nuestro comun país.

»No me arrancan las discordias intestinas mi reino. He sido venci-

do por la injustificable invasion de un enemigo extranjero. Las Dos Sicilias, á excepcion de Gaeta y Messina, últimos asilos de su independencia, están en manos del Piemonte. ¿Qué es lo que ha dado esa revolucion á los pueblos de Nápoles y Sicilia? Ved la situacion que presenta el país. La Hacienda, antes floreciente, está arruinada completamente; la administracion es un caos; la seguridad individual no existe. Las cárceles están llenas de sospechosos: en lugar de la libertad, el estado de sitio reina en las provincias, y un general extranjero publica la ley marcial, decreta el fusilamiento de todos mis súbditos que no se inclinan ante la bandera de Cerdeña. Se recompensa el asesinato; el regicidio obtiene una apoteosis; al aspecto al culto santo de nuestros padres se le llama fanatismo; los promovedores de la guerra civil, los traidores á su país, reciben pensiones que paga el pacífico contribuyente.

»La anarquía reina en todas partes. Los aventureros extranjeros han puesto la mano en todo para satisfacer la avidez ó las pasiones de sus compañeros. Hombres que no ha visto jamás esa parte de la Italia, ó que en una larga ausencia han olvidado las necesidades, constituyen nuestro gobierno. En lugar de las libres instituciones que es di y que deseaba desarrollar, habeis tenido la dictadura mas desenfrenada, y la ley marcial reemplaza ahora la Constitucion. Bajo los golpes de vuestros dominadores desaparece la antigua monarquía de Roger y Carlos III, y las Dos Sicilias han sido declaradas provincias de un reino lejano. Nápoles y Palermo serán gobernados por prefectos procedentes de Turin.

»Hay un remedio á estos males y á las calamidades mas grandes todavía que preveo; concordia, resolucion y fé en el porvenir. Uníos al rededor del trono de vuestros padres. Que el olvido cubra para siempre los errores de todos; que el pasado no sea nunca un pretexto de venganza, sino una leccion saludable para el porvenir. Tenga confianza en la justicia de la Providencia y, cualquiera que sea mi suerte, permaneceré fiel á mis pueblos como á las instituciones que les he concedido. Independencia administrativa y económica entre las Dos Sicilias, con Parlamentos separados, amnistía completa para todos los hechos políticos, tal es mi programa. Fuera de estas bases, solo habrá para el país despotismo y anarquía.

»Defensor de la independencia de la patria, permanezco y combato aquí para no abandonar nunca un depósito tan santo y tan querido. Si la autoridad vuelve á mis manos, será para proteger todos los derechos, respetar todas las propiedades, garantizar las personas y los bienes de mis súbditos contra toda clase de opresion y de pillaje.

»Si la Providencia, en sus profundos designios, permite que el último baluarte de la monarquía caiga bajo los golpes de un enemigo extranjero, me retiraré con la conciencia tranquila, con una fé inquebrantable, con una resolucion inmutable, y esperando la verdadera hora de la justicia, haré votos fervientes por la prosperidad de mi patria, por la fé lícita de estos pueblos que forman la mas grande y mas cara porcion de mi familia.

»Dios Todopoderoso, la Virgen Inmaculada é invencible, protectora de nuestro país, sostendrán nuestra causa comun.—Firmado.»

De un diario inglés tomamos la siguiente carta de Caprera, donde reside el ilustre general italiano:

»Hoy, desde el amanecer, todo es movimiento. En la plazuela frente á la casa del general, se ve por un lado al coronel D... afilando un cuchillo; por el otro á H... componiendo una azada; Menotti, su hijo, prueba aquí un mosquete; B... se ocupa allí en remedar una red; G... escoge semilla. Nadie está ocioso; quién, dirige la reja del arado; quien, la plantacion de la vid; algunos se dedican á la pesca, otros á la caza. Y el general todo lo vigila, en todas partes está, adoptando los mejores métodos agrícolas que su entendimiento le sugiere.

A medio día, durante una ligera y sóbria colacion, se cuentan uno á otro sus diversiones campestres, interpolando episodios militares, aventuras de la vida de soldado, y otras cien cosas que contribuyen al grato recreo de tan felices horas. En seguida su hija, de improviso, hace resonar la casa con los acordes de un excelente piano (solo artículo de lujo que el general posee en Caprera), y toca, primero el alegre *Dagli avanti un passo*, y despues *Va fuori d'Italia*, himnos que recuerdan tantos pesares y tantas alegrías nacionales. Por la noche, despues de un corto paseo, el dictador se retira á su cuarto, y allí, á solas con sus pensamientos, medita sobre el destino futuro de la Italia, á la que nunca nombra sin un estremecimiento de patriótico afecto.

Olvídeis deciros en mis anteriores, que el gobierno había enviado á Magddalena, á disposicion del dictador, el vapor nacional *Washington*, el mismo que tan eficazmente auxilió el desembarco en Tierra-Firme. Pero Garibaldi, agradecido á tal solicitud, mas no queriendo que el estado sufragase gastos, en su sentir inútiles, se ha negado á aceptar. La semana última fué á cozar con varios amigos á la casa de Cerdeña. Apenas se supo la llegada de Garibaldi, cuando miles de fogatas brillaron en las montañas vecinas y multitud de gente acudió de todas partes. Entre aquellos campesinos pasó un feliz día.

Esta mañana he recorrido á Caprera y visitado la casa de la co-propietaria de la isla, una señora inglesa que por misantropía ó por otra causa, se ha sepultado allí hace muchos años.

La *Gaceta de Gaeta* ha publicado la orden del día del rey Francisco II á las tropas que se hallan en los Estados-Pontificios. Hé aquí su contenido:

«Soldados: Separado de vosotros por la fuerza de los acontecimientos, mis afecciones están siempre con vosotros. El recuerdo de las fatigas sufridas en estos ochos últimos meses, y de los gloriosos hechos de armas ejecutados, estará presente en mi memoria.

Me veo obligado á disolver, provisionalmente, los cuerpos de que formais parte. Tengo la firme confianza de que pronto estareis reunidos tal vez para combatir y aumentar la gloria de las tropas napolitanas.

Llevaréis sobre vuestro pecho un recuerdo de vuestro valor con las medallas que recordarán los combates en que habeis dado tan bellas muestras de valor y de bizarría, volviendo por el pronto á vuestros hogares, donde hallareis á vuestros compañeros que, combatiendo heroicamente en 1848 y 1849, supieron ganar las medallas de fidelidad del sitio de Sicilia y de Roma. Uníos á ellos y seréis como ellos, honrados y respetados por todos los buenos y honrados ciudadanos.

Día vendrá, ciertamente, en que tendreis que tomar de nuevo las armas que tenéis en las manos en defensa de vuestro país, de vuestras familias y de vuestros bienes.—Francisco.

Gaeta 26 de noviembre de 1860

Segun dicen de Turin, Victor Hugo ha dirigido la siguiente carta á Mr. Alejandro Dumas:

»En el punto en que se hallan las cosas en Italia, y con la reaccion que allí se ha verificado, debo abstenerme de hablar de vuestro héroe. Dije en el mes de junio lo que esperaba de la democracia, no tan solo italiana, sino europea; mientras Garibaldi esté allí debemos callarnos. La cuestion se reduce á lo siguiente: ¿Garibaldi es un Washington ó un Lafayette? Es preciso que elija. Hasta entonces, silencio en las filas.»

El 25 llegó á Génova el general Bixio:

La curacion del general está muy adelantada, si bien no puede todavía hacer uso de la pierna donde recibió la herida.

El *Daily-News* publica la siguiente carta que, segun dice, escribió en abril próximo pasado desde Florencia el rey Victor Manuel á Francisco II:

«Mi querido primo: En vano llamaría yo vuestra atencion hácia el estado político de la peninsula, despues que las grandes victorias de Magenta y Solferino han concluido con la influencia que Austria ejercia en nuestra patria. Ya desde hoy los italianos no pueden ser conducidos como rebaños por un príncipe como sucedia treinta años atrás. Tienen conciencia de sus derechos y están ademas dotados de suficiente fuerza y prudencia para defenderlos.

Por otra parte, la opinion pública ha sancionado el principio de que toda nacion tiene indisputablemente derecho á gobernarse como mejor le parezca. Una vez domada la tiranía influencia de Austria, era muy natural que los italianos rechazasen á sus señores de orden secundario y procurasen constituirse en nacion independiente y fuerte.

Hemos llegado á una época en que Italia debe dividirse en dos esta-

dos poderosos, uno al Norte y otro al Sur, cuya tarea consista en apoyar con idéntica política la grande idea predominante en Italia: la idea de unidad. Mas para esto imagino que es absolutamente necesario que V. M. abandone desde ahora la funesta política que ha adoptado.

Si rechazáseis este consejo que me inspira únicamente (podeis creerlo) el sincero afecto que os profeso y el interés que me tomo por vuestra dinastía; si rechazáseis una proposicion amistosa, podría llegar para mí el caso de verme en la alternativa terrible de comprometer los mas graves intereses de mi corona ó ser el principal instrumento de vuestra pérdida. El dualismo cuyo principio se ha sentado con tan general satisfaccion y que tan noblemente se ha practicado, afianzará nuestra dicha y la de nuestro país, y aún puede ser acepto á todos los italianos.

Si dejais por algunos meses de aprovecharos de mis amistosos consejos, tengo motivos fundados para creer que experimentaréis toda la amargura de estas terribles palabras: «ya es tarde,» tal como lo sintió en 1830 un individuo de vuestra familia. Entonces los italianos concentrarian en mí todas sus esperanzas, y hay deberes que por penosos que sean, no puede menos de cumpliros un príncipe italiano. Trabajemos juntos por la noble empresa; hagamos patente un día y otro día al Padre Santo la necesidad de entrar en la via de las reformas; unámonos nuestros respectivos Estados con lazos de verdadera amistad, cuyo resultado inevitable será la grandeza de nuestro país.

Otorgad una Constitucion liberal á vuestros súbditos; rodeaos de los hombres que hayan padecido por la causa de la libertad; desvaneced la desconfianza de vuestro pueblo, y fundése una eterna alianza entre los dos Estados mas poderosos de la Peninsula.

Entonces trabajaremos juntos para asegurar á nuestro país la realizacion de sus destinos. Vos sois joven, y la experiencia no suele acompañar á la juventud; dispensadme, pues, que os repita mi advertencia sobre la necesidad de seguir los consejos que, como príncipe italiano y pariente próximo, os he dado.

Espero ansioso una respuesta satisfactoria de V. M. á la vuelta del correo confidencial que le entregará la presente, siendo de V. M. el mas afectísimo primo, Victor Manuel.

Florencia 15 de abril de 1860.»

Varios carteles sediciosos que han aparecido en las esquinas de las calles de Roma, no han causado persecucion alguna. El pueblo se agolpa en grandes grupos á leerlos y la policía se cruza de brazos; á que hace ver á qué estado de impotencia ha llegado la autoridad pública en aquel país.

Segun dicen de Palermo, el caballero Terrearsa ha sido encargado de la formacion del Consejo de lugar-tenencia.

Garibaldi ha escrito una carta renunciando á figurar en toda candidatura de diputados para el nuevo Parlamento. En la misma carta exhorta á la concordia como medio para conseguir la emancipacion del Véneto.

Victor Manuel, en un discurso de 1.º de año, ha dicho:

«La marcha de los negocios públicos es satisfactoria, pero es preciso prudencia y concordia para triunfar de los obstáculos que quedan aun por vencer: al efecto, es preciso estar acordes con nuestros verdaderos aliados.»

Un viajero, que acaba de recorrer la Italia, dice que por todas partes se manifiesta allí casi unánimemente el instinto y la voluntad de la unidad, no habiendo quien dude de que serán inútiles cuantos esfuerzos se hagan para evitar la caída definitiva del rey de Gaeta.

El mismo viajero traza la mas lígubre pintura de Venecia. «Allí, dice, no hay comercio, no hay animacion, no hay vida. El silencio reina en toda la ciudad, interrumpido apenas por alguna que otra góndola que se desliza por los canales. Lo único que allí se vé son oficiales austriacos que fuman y se pasean en la plaza de San Marcos, y negociantes arruinados que casi piden limosna. A dos pasos de allí, en Milan, todo es agitacion, vida, movimiento. Unos afilan sables, otros rayan fusiles, y los garibaldinos disertan en los cafés sobre la próxima campaña. En el teatro se canta el himno del gran patriota, y en las calles no se oye mas que la *Cancion de la primavera*, que comienza así:

*Garibaldi é nel Caprera  
Sperando la primavera.*

Y continúa traducida al castellano:

«En el mes de abril montará á caballo, y todos estareis dispuestos entonces para el gran baile. Nuestros enemigos no podrán resistir á este hombre enviado de Dios.»

Hé aquí lo mas importante de la última allocucion pronunciada en Roma, que juzgamos digna de leerse por la *templanza* que en ella campea:

«Venerables hermanos: El inmenso dolor que nos oprime viendo á la Iglesia reducida á miseria extrema y despojada de su sagrado patrimonio por obra de hijos suyos extraviados y malévolos, no tiene mas consuelo que la fé en la divina promesa: *porta inferi non prebalebunt adversus eum*.

Un puñado de revoltosos, salido del infierno, ha volcado sin temor tronos de soberanos que, en virtud de un derecho legítimo, poseidos por ellos desde largos años há, reinaban en los diversos Estados de Italia. Pero mas especialmente sus infernales maquinaciones se han dirigido contra la Santa Sede, confiados en que, despojada la Iglesia de su patrimonio, podrán deprimir mas fácilmente la dignidad de su cabeza y causar holgadamente el mayor mal posible á nuestra Santa Religion.

Lo que mas nos apesadumbra es ver asociado con los revoltosos á un Rey que había recibido de Dios el cetro para protegerlos. Movido por una vergonzosa ambicion, no ha temido anexionar á sus Estados las Romanías, que eran pertenencia nuestra; y para secundar más y más á la revolucion frenética, ha invadido las Marcas y la Umbria, donde los fieles defensores de la Santa Iglesia han sido, no vencidos, sino abrumados por el número, y han muerto mártires de la Santa causa recibiendo nuestras bendiciones.

Vosotros, venerables hermanos, que compartís nuestras tribulaciones, comprenderéis fácilmente cuán profunda ha sido nuestra afliccion, y nuestra indignacion cuán grande, al ver al monarca mas fiel y devoto súbdito de la Santa Sede, no solo arrojado de su trono, sino tambien sitiado en su último asilo, en su última roca, donde su augustó padre nos acogió cuando ínvimos que salir desterrados. Mientras invocamos la celestial proteccion para ese augustó monarca, y derramamos nuestras santas bendiciones sobre todos sus defensores, esperamos que la bondad divina protegerá la justa causa y castigará la perdida de un rey que usa de todos los medios de destruccion para lanzar de sus Estados á un soberano legítimo.

Confiemos en que la mano de Dios descargará terrible en los enemigos de la Santa Iglesia, que están hoy ofendiendo la moral pública con representaciones obscenas en los teatros, donde aparecen puestos en ridiculo los ministros santos y todo lo mas sagrado. La irreligion y la inmoralidad están triunfando con la publicacion de los libros y periódicos mas impíos. La barquilla de San Pedro está sufriendo los mas violentos embates de esos impíos á quienes Dios exterminará, pues que han cerrado los oídos y el corazon á nuestras exhortaciones y han menospreciado nuestras censuras.

No os ocultaremos, carísimos hermanos, que á pesar de las numerosas ofensas que diariamente nos llegan de todos los puntos de la tierra, estamos hoy privados de lo necesario; y que si Dios, en su inmensa Providencia, no se digna auxiliarnos, si todas las potencias católicas no acuden en nuestra ayuda con todos los medios que estén á su alcance, serán graves nuestros apuros, y solo la divina misericordia, que imploramos aunque indignos, puede sacarnos de tanta angustia.

La venganza divina será tanto mas terrible, cuanto mas tarde en manifestarse, y nosotros la invocamos sobre los impíos que han atribulado á la Iglesia con tantas amarguras... Vendrá, sí, vendrá el día del arrepentimiento para los poderosos que han hecho estrecha alianza con la revolucion, cuando ella los ataque tambien y los abruma y aniquile.»

Dicen de Sicilia que las autoridades de la isla habían intimado al general Fergola la rendicion de Messina. El general reunió en consejo de guerra á todos los oficiales de la guarnicion, y se decidió por unanimidad defenderse hasta el último trance. En vista de que la posesion

de dicha ciudadela no es de urgente necesidad, se ha desistido por ahora de atacarla.

En Turin se ha festejado la vuelta del rey. Primero se le quiso ofrecer por suscripción un cetro con estas palabras: *Rey de Italia*; pero se concibió un pensamiento mas ingenioso, que consistía en ofrecerle una magnífica corona de laurel adornada con una estrella de piedras preciosas, y debajo este mote de un antiguo duque de Saboya: *Espero mi astro*.

El 31 de diciembre continuaba un vivo fuego por ambas partes en Gaeta. Los sitiadores dirigían la puntería al polvorín y construían nuevas baterías. Las defensas son también formidables. Se espera un resultado definitivo antes que concluya enero. La escuadra francesa está delante de la plaza formando una sola línea, y á la cabeza el navio almirante la *Bretagne*.

Muchos napolitanos han dirigido una exposición á Garibaldi pidiéndole que vaya á ponerse al frente de ellos. Garibaldi se ha negado diciendo que necesitaba reposo, porque mas tarde Roma y Venecia necesitarían de sus esfuerzos.

Segun la *Opinión*, la dominación austriaca en el Véneto se ha cambiado en una dominación militar, violenta y amenazadora. Puede asegurarse que la última y próxima guerra de la independencia será para los venecianos una guerra de entusiasmo. Las deserciones aumentan en la congregación central, especie de representación bastarda del país. La mayor parte de los consejos municipales de las provincias están en plena disolución.

En la cárcel de Pádua gimen sesenta y nueve detenidos políticos de Módena, víctimas inocentes de Francisco V, que yacen confundidos con los malhechores. El Austria continúa torturando á estos desgraciados. Hace algun tiempo que una sociedad filantrópica de Módena enviaba de cuando en cuando algunas sumas para mitigar los sufrimientos de estos detenidos políticos; pero el gobierno austriaco acaba de llevarles todo su dinero bajo el pretexto de que este dinero podía proceder de algun comité revolucionario.

### Correspondencia de Ultramar.

**Méjico.**—Guadalajara 29 de noviembre de 1860.—El 27 de octubre determiné trasladarme desde Lagos, donde me hallaba, hasta San Pedro, (preciosa villa situada á una legua de distancia de Guadalajara, con el objeto de presenciar de cerca las operaciones del sitio de la segunda ciudad de la República. Invertí dos dias en este viaje, y entre en ese pueblo al son de los repiques de cañonazos. San Pedro es un arrabal de Guadalajara, y es pueblo esencialmente de recreo. Está rodeado de una hermosa campiña y de lindos paseos. En aquellos momentos albergaba á todas las familias distinguidas de la ciudad.

El ejército de Castilla estaba muy envalentonado con la noticia de la próxima llegada de Marquez, quien habia salido de la capital con nuevos refuerzos de tropas y municiones. Los liberales estaban posesionados ya de una parte de la ciudad, y los conservadores ocupaban solamente el centro de ella. Un día y dos noches de incansante cañoneo me tenia aturdido. Creo que ni en Solferino se batieron con tanto encarnizamiento. El 30, por fin, oí el toque de parlamento. Castilla ofreció salir de la plaza y alejar su ejército á cierta distancia por quince dias, dejando en la ciudad un general con una pequeña fuerza. Los liberales abandonarían también sus posiciones, y podrían ir á batir á Marquez. Mientras tanto, los conservadores de la ciudad debían permanecer neutrales, y se puso por condición precisa que la plaza se desocuparía por unos y por otros en el término de dos dias, y que se nombraría una comision formada de individuos de los dos cuerpos beligerantes, para que durante los quince dias de tregua, trabajasen para unir los dos ejércitos. Despues de firmados los tratados, se alejaron los ejércitos á ocupar sus respectivas posiciones.

Hallándose ya expedita la ciudad, resolví visitarla; primero, movido por la curiosidad de ver los estragos causados por el bombardeo, y luego por abrazar á mi amigo el general Uruga, á quien no habia visto desde antes de la batalla de Lagos, donde desgraciadamente perdió una pierna y fué hecho prisionero. El pobre general aun sufría bastante de resultas de la amputación. Salí comovido de la entrevista de ver á este valiente militar, á quien seis meses antes habia dejado en todo su vigor y lozanía, mutilado y con muestras visibles en su franco semblante de los padecimientos físicos y morales que habia sufrido durante su cautiverio. Apesar de esto, siempre conservando en su conversación esa distinción de modales cultos y elegantes, que tanto lo han distinguido siempre. La ciudad presentaba un aspecto horrible; enteramente desierta; tres ó cuatro fortines en cada calle; la cúpula de la iglesia del Carmen completamente destruida; Santo Domingo y todas las casas horadadas y minadas, cargadas estas para en un caso dado hacerlas volar. Muchas manzanas de casas habian desaparecido totalmente, formando en su lugar grandes plazas de escombros. Las calles son rectas y los edificios muy bellos. Visité la catedral, cuyo altar mayor de plata, hábilmente esculpida, habia desaparecido para ser profanado por el troquel y convertido en moneda. También conocí un indio que poseía el arte de hacer admirables retratos con barro sin mas maestro que el génio y la inspiración.

El día 2 de noviembre supe la completa derrota de Marquez con todas sus fuerzas, y empecé á notar agitación en la ciudad. Los *muchos*, como llaman vulgarmente á los conservadores, querían desconocer á Castilla, porque los conventos eran muy favorables á los liberales y poco á ellos. Además, habiéndoseles intimado por los liberales que evacuasen la ciudad en el término de dos horas, se resistieron á ello, y hubo que amenazarlos con emprender de nuevo las hostilidades para obligarlos á cumplir. Apesar de esto, solo se logró que se marchasen cuando vieron aproximarse el ejército triunfante que volvía de derrotar á Marquez. Fueron perseguidos y completamente destruidos.

Con este episodio terminó el célebre sitio de Guadalajara, que será memorable por el valor y perseverancia de que han hecho alarde ambos ejércitos en una lucha harto sangrienta y desastrosa.

(DE NUESTRO CORRESPONSAL).

**Perú.**—Lima 28 de noviembre de 1860.—En la madrugada del 23 de noviembre estalló en esta capital un motin contra el digno general Castilla, para apoderarse de su persona; pero su buena estrella la triunfado nuevamente de sus enemigos, y fracasó, gracias á la reacción operada por los soldados de la compañía que atacó su casa. Murieron tres de los principales que atacaban, uno era hijo del general Aparicio, jóven de veinte y tres años. El jefe del ataque, un jóven capitán llamado Lara, se salvó por milagro: este y el jefe de la revolucion, D. José Galvez, están asilados en la Legación de Chile.

(DE NUESTRO CORRESPONSAL).

**Estados- Unidos.**—Nueva York 15 de diciembre.—La sesion que celebró el 13 una comision de la Cámara de representantes, compuesta de treinta y tres individuos, y encargada de examinar el actual estado del país, uno de ellos, Mr. Rusk, de Arkansas, propuso una resolución que decía:

«Que en el concepto de esa comision, son altamente lamentables el descontento que hoy existe en el pueblo del Sur y su creciente hostilidad contra el gobierno federal; y que, tengamos ó no justa causa ese descontento y esa hostilidad, deben concederse prontamente y de buen grado cualesquiera remedios nacionales, propios y constitucionales, como también garantías efectivas para sus intereses pecuniarios, y que sean necesarios para salvar la paz y la perpetuidad de la union.»

Sometida á discusión, fué aprobada por veintidos votos contra ocho, siendo de observar que dos enmiendas presentadas por Mr. Morrill, de Vermont, y Mr. Ferry, de Connecticut, y en las cuales se suprimia lo de «tengamos ó no justa causa», y lo que es más, la siguiente frase: «garantías efectivas para sus intereses pecuniarios» fueron rechazadas por un gran número de votos, mientras que la primitiva resolución obtuvo en su favor hasta los de ocho representantes republicanos.

En el Senado, Mr. Johnson, de Tennessee, presentó una serie de resoluciones que comprenden varias enmiendas á la Constitución, las cuales no fueron discutidas inmediatamente por haber pasado el Senado á ocuparse en otros asuntos, hasta que, volviendo á entablarse la discusión sobre el actual estado del país, tomó la palabra el senador demócrata de Tejas, Mr. Wigfall, para reanudar el hilo de un violento dis-

curso que desde el dia anterior habia comenzado á pronunciarse en favor de la independencia de la Carolina del Sur.

Con este discurso terminó la sesion del 13, última de la semana; pues tanto en el Senado como en la Cámara de representantes convinieron en no volverse á reunir hasta el 17, no sin haber aprobado antes el bill que autoriza al gobierno para emitir bonos del Tesoro por valor de diez millones de duros. Este bill ha pasado ya al poder ejecutivo, y es de creer que haya sido inmediatamente sancionado, pues urge á la Hacienda nacional la consecución de recursos para salir de su embarazosa situación actual.

Dicen de Washington, que para el 1.º de febrero entrante se habrán separado la Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Mississippi y la Florida, y muy luego otros tres Estados mas.

Con este motivo circulan ya en los Estados- Unidos varios proyectos de confederaciones particulares para cuando se haya roto definitivamente el vínculo federal. Uno de ellos, el mas probable al sentir de todos, consiste en establecer una República meridional, compuesta de los Estados esclavistas, excepto el de Delaware y el de Missouri.

Viene luego el de una República occidental, incluso los siete Estados del Noroeste; y sucesivamente y conforme al número respectivo de probabilidades, se anuncian tres Repúblicas mas, á saber: una denominada Central, de que formarán parte Nueva-York, Pensilvania, Nueva-Jersey y Delaware; otra compuesta exclusivamente de los seis Estados de la Nueva-Inglaterra, Maine, Nueva-Hampshire, Vermont, Massachusetts, Rhode Island y Connecticut; y, por último, otra en el Pacífico con la California, el Oregon y el territorio de Washington, y acaso despues con Utah y Sonora. Háblase también, y esto encuentra mucho eco en los altos círculos políticos de Washington, de la emancipación aislada de la ciudad de Nueva-York, la cual se constituirá en ciudad libre, subordinada á Hamburgo y demás ciudades anseáticas, bajo la base de una estrecha alianza con la República meridional.

**San Salvador.**—De cerca de cien comprometidos en la rebelion de Punta-Arenas, ocho han sido condenados á muerte por el Consejo de Guerra, veinticinco á destierro, treinta y dos á trabajos públicos, y el resto perdonados ó multados, segun sus facultades pecuniarias.

Los gastos ocasionados á la República por la última rebelion, ascienden á 80,000 pesos. Sobre otros 80,000 costaría la revuelta de principios de año.

**Nueva Granada.**—Ninguna noticia importante hemos recibido de nuestro corresponsal en esta república. Segun las últimas noticias de Santa Marta, el país continúa desolado por la guerra civil. Los facciosos se quejan de que los ingleses ayudan indirectamente al gobierno.

El secretario de la redacción, EUGENIO DE OLAVARRIA.

### REVISTA DE LA QUINCENA.

Concluida la discusión de los presupuestos en el Congreso, los examina en este momento el Senado, si bien están ya planteándose, pues nos hallamos en 1861, y son ley que comiencen á ejecutarse desde 1.º de enero. Pocas veces se han discutido en España los presupuestos, y todavía menos se han planteado legalmente en primeros de año. En los veinte y siete años que llevamos del nuevo régimen desde 1834, solo dos ó tres veces se han cobrado las contribuciones y rentas públicas despues de estar votadas por las Cortes. Generalmente se ha hecho el cobro antes, y luego ha venido la votación.

A la verdad se han puesto las cosas de tal modo, que el resultado siempre es el mismo, vótese antes de cobrarse ó vótese despues las contribuciones. Las Cortes conceden al gobierno, no solamente todo lo que pide, sino también mucha parte de lo que no pide: efecto venturoso y nunca bien ponderado de la influencia moral y de la centralización administrativa.

Nos queda, sin embargo, el derecho que vulgarmente se llama de pataleo, es decir, el derecho de que media docena de diputados y dos ó tres senadores pronuncien cuatro palabras demostrando que esto va malo y que las cosas deberían hacerse de otra manera; y el otro derecho análogo de que unos cuantos periódicos, á riesgo de ser recogidos, ó lo que es peor, denunciados por el fiscal, ó lo que es todavía peor, señalados á la condenación por un diputado de la mayoría, escriban cuatro artículos, cuya sustancia, si la tienen, se olvida al cabo de una semana.

Eso sí; la union liberal asegura este precioso derecho y le cuida y vigila su conservación con todo esmero. Respecto del pataleo que podemos llamar parlamentario, hay un reglamento, segun el cual, el gobierno tiene la facultad de esquivar todas las cuestiones, y además se mantiene vigente la Constitución Narvaez-Noceidal, uno de cuyos artículos tiende á suprimirlo. En cuanto al pataleo periodístico, restringido por otra ley Noceidal-Narvaez, se trata de arreglar sus evoluciones y zapateras por medio de disposiciones nuevas, de las cuales hablaremos luego un poco.

Ahora digamos algo sobre las discusiones del Senado. Allí han llamado también la atención los aumentos de la casa real y las pensiones á D. Sebastian, designadas con el nombre de cargas de justicia. Pues que el año pasado nos nació una infanta, dice el gobierno y dicen los Cuerpos Colegisladores, vayan dos millones de aumento á la dotación de la casa real: y puesto que D. Sebastian tuvo una abuela y Carlos III fundó un mayorazgo, debemos dar á D. Sebastian 2,600,000 reales por este año. Al año que viene todo se arreglará. Los que en el Senado han usado del derecho de pataleo, han sido los señores Tejada, Huelves y Camaleño, contestados por los señores Gonzalez (D. Antonio) y Santa Cruz (D. Francisco).

Si, señores; D. Antonio Gonzalez y D. Francisco Santa Cruz, aquellos progresistas que *quondam*... han defendido el aumento de dotación á la real casa y la pensión á D. Sebastian: hay mas, esos señores han sido de la comision, como si dijéramos, candidatos del gobierno para esta defensa. A lo menos en el Congreso, los resellados en gran parte se salieron sin votar: pero en el Senado han levantado su voz en pró de la propuesta del ministerio.

Ahora se comprenderá perfectamente por qué en España las revoluciones han sido estériles. El pueblo, despues de hacerlas, ha permitido que se pongan á su cabeza los que hoy se llaman resellados, que, ó no participaban de las ideas que dieron origen á la revolucion, ó eran absolutamente inhábiles para plantearlas de un modo regular y ordenado.

Por lo demás, en esta parte, nosotros celebramos en el alma que cada cual, aunque algo tarde, ocupe su puesto, y que los resellados vayan de una vez á formar en el campo doctrinario, donde quizá puedan ser algun dia tan útiles al país, como perjudiciales le han sido mientras han militado en el campo progresista.

Pues, como íbamos diciendo, arreglado ya el punto de los presupuestos y de las dotaciones, se trata ahora de arreglar definitivamente (esta vez va de veras) el derecho de pataleo periodístico, ó sean los diversos arduces, ingenios y alquitarras por donde ha de correr el espíritu público destilado por la prensa, para que no dañe á la sociedad y no sea necesario acudir á salvar esta señora por los medios que acostumbramos sus habituales salvadores. Ya hemos hablado varias veces del proyecto del Sr. Posada Herrera. Ese proyecto, asi como ha pasado á una comision en las anteriores legislaturas, ha pasado á otra comision en esta. Hasta aquí nada hay de particular. Pero la comision actual, á diferencia de las anteriores, ha creído que podría presentar un proyecto aceptable, y ha comen-

zando á darle vueltas al del Sr. Posada, y á echarle remiendos; y cortando por aquí, añadiendo por allí, cosiendo por este lado, y descosiendo por el otro, ha dado por resultado una obra que, segun *La Epoca*, es el *non plus ultra* de la conciliación de lo inconciliable y de la limitación de lo ilimitable.

Segun este proyecto, hay delitos de imprenta, y hay delitos que se cometen por la imprenta, pero que no son de imprenta, sino delitos comunes.

Delitos comunes que deben ser juzgados por los tribunales ordinarios, es decir, por los actuales tribunales unipersonales de primera instancia, por jueces nombrados por el gobierno, sin responsabilidad, con miedo de perder y esperanza de ganar en su carrera, amovibles, siendo uno mismo el juez de instrucción y el que sentencia, y sentenciando por un Código penal reformado en ciertos capítulos de una manera absurda, y con arreglo á unos procedimientos largos, costosos y del antiguo régimen; delitos comunes, decimos, que deben ser juzgados por estos tribunales: los eseritos que de cualquier modo ataquen al Rey, á sus prerogativas, á la dinastía y á la religion. Delitos de imprenta: los demas.

Ataques contra el trono y el altar, que decían antes los absolutistas: á los jueces de primera instancia para que les impongan las penas del Código, de las cuales, la menor es de siete á doce años de prision.

Ataques contra la Constitución del Estado: al jurado y penas pecuniarias.

Por nuestro dinero podremos hablar contra la Constitución en aquellos artículos que no tratan de la religion ni del Rey, es decir, en los que tratan de las garantías populares; y aun si hablamos pidiendo que se restrinjan, lejos de costarnos el dinero, seremos tenidos por hombres de orden y de gobierno. Pero en todo lo que concierne ó se roce con el Trono estaremos sujetos á juez ordinario y caeremos en manos de la curia, formándose causa como se hacia en 1823 por *desafectos á la real persona de S. M. y á sus imprescriptibles derechos*.

Así ha logrado la Comision conciliar la teoría de los que creen que no hay delitos de imprenta, con la de los que sostienen que deben considerarse como tales todos los que puedan cometerse en un impreso. Ha tomado de cada escuela un poco; ha hecho una amalgama y formado un conjunto con principios diversos, y va á presentarlo ante el Congreso. Dios nos la depare buena.

Parece que en las relaciones con Marruecos se temen algunas dificultades, y que los cuarenta millones que habia en Mogador destinados al pago de una parte del segundo plazo de la indemnización marroquí, no vienen por ahora. De esperar es que no tengamos que lamentar desgracias.

Poseemos una garantía del pago de los demás plazos, que es la plaza de Tetuan. O vienen los plazos ó nos quedamos con la plaza. Pero si nos quedamos con la plaza, va á ser preciso ponerla en estado de producir, porque tal como está nos cuesta ya tanto como nos han dado los marroquíes. De modo, que si evacuada Tetuan totalmente, fuésemos, como dice un periódico, echando en una hucha lo que cuesta el sostener esa garantía, al cabo de poco tiempo tendríamos reunidos los trescientos millones que faltan de la indemnización marroquí. Si porque los marroquíes no pueden pagar mas, se les ha de condonar lo que deben, y si por ser ciudad santa Tetuan quieren que la evacuemos, que nos den á Tángier ó Larache, que no son ciudades santas, y que tienen mejores puertos y pueden aprovecharse á menos coste.

De todos modos, es preciso que el gobierno haga alguna cosa para salir de esta situación desairada y un tanto ridicula en que nos hallamos; y que si es posible lo haga sin recurrir á las armas, por la vía de las negociaciones, echando mucho, sobre todo, de no cometer, para enmendar, un yerro, otro mayor.

Las lluvias y la baja temperatura de los últimos quince dias, han desecho las nieve de las montañas, y los rios han engrosado de tal manera, que han producido innumerables desgracias. En Zamora llegan á setecientas las casas arruinadas; pueblos enteros han desaparecido bajo las aguas como en los tiempos del diluvio: en las provincias de Valladolid, Soria, Segovia, Granada, Ciudad-Real, Madrid; en los valles que cruzan el Duero, el Guadiana, el Ebro, el Tajo, el Darro y el Genil, las pérdidas han sido inmensas y las aguas han llegado á puntos á donde jamás pensaron los nacidos que pudieran llegar.

Escitado el gobierno para presentar un proyecto de ley á fin de aliviar á los mas desdichados, dijo que ya lo tenia pensado y que calculaba en cientos de millones las pérdidas; y al dia siguiente llevó al Congreso un proyecto pidiendo un crédito de cuatro millones de reales para esta atención.

¡Valgan la union liberal! Los socorros á los que han quedado en la miseria necesaria en acaso cien millones: sería preciso: Primero, destinar siquiera cincuenta en un crédito especial; Segundo, abrir una suscripción nacional, á cuya cabeza se pusiese el gobierno, á fin de reunir mayores fondos; Tercero, abrir también suscripciones especiales en las capitales de provincia; Cuarto, nombrar una comision de diputados y senadores, encargada de reunir las noticias y datos de las pérdidas, y distribuir equitativamente los fondos; Quinto, eximir de contribuciones los distritos que mas hubieren padecido. En cambio de esto, el gobierno dice: dénseme cuatro millones que yo haré con ellos lo que pueda: y por de pronto, anuncio que no pienso tocar al fondo de calamidades públicas, que es de un millón, porque no quiero quedarme desarmado si viene otra calamidad.

Esperamos que la comision del Congreso dé al proyecto del gobierno la forma conveniente ampliándole á los extremos que hemos indicado. De otra suerte habria sido mejor no hacer nada.

Dicen los periódicos ministeriales que el gobierno no tiene obligación de indemnizar las pérdidas que los particulares han sufrido. Es verdad: tampoco el rico tiene obligación de dar limosna al pobre: ni hay ninguna ley que diga ni pueda decir que las obras de misericordia son obligatorias. Pero hay deberes morales que un gobierno tiene que cumplir siempre y, sobre todo, cuando ese gobierno es tan centralizador, tan absorbente como el actual. ¿Por ventura ni las diputaciones ni los municipios pueden votar socorros sin su permiso?

Ha venido una gran calamidad: justo es remediar lo posible los daños causados, no porque la ley lo diga, sino porque lo dicen los sentimientos de caridad que deben adornar á todos los gobiernos y á todos los poderes públicos.

En otra organización política, en otra clase de gobierno, acaso no pediríamos al poder central lo que ahora le pedimos. Pero puesto que nada se mueve en España ni para bien ni para mal sin su permiso, no le es permitido carecer de iniciativa ni tenerla tan mezquina como la ha tenido.

Lo repetimos, esperamos que las Cortes enmienden el error del gobierno.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EDITOR, Mariano Moreno Fernandez.

IMPRESA DE LA AMERICA, Á CARGO DEL MISMO, BAÑO, 1, 3.º